

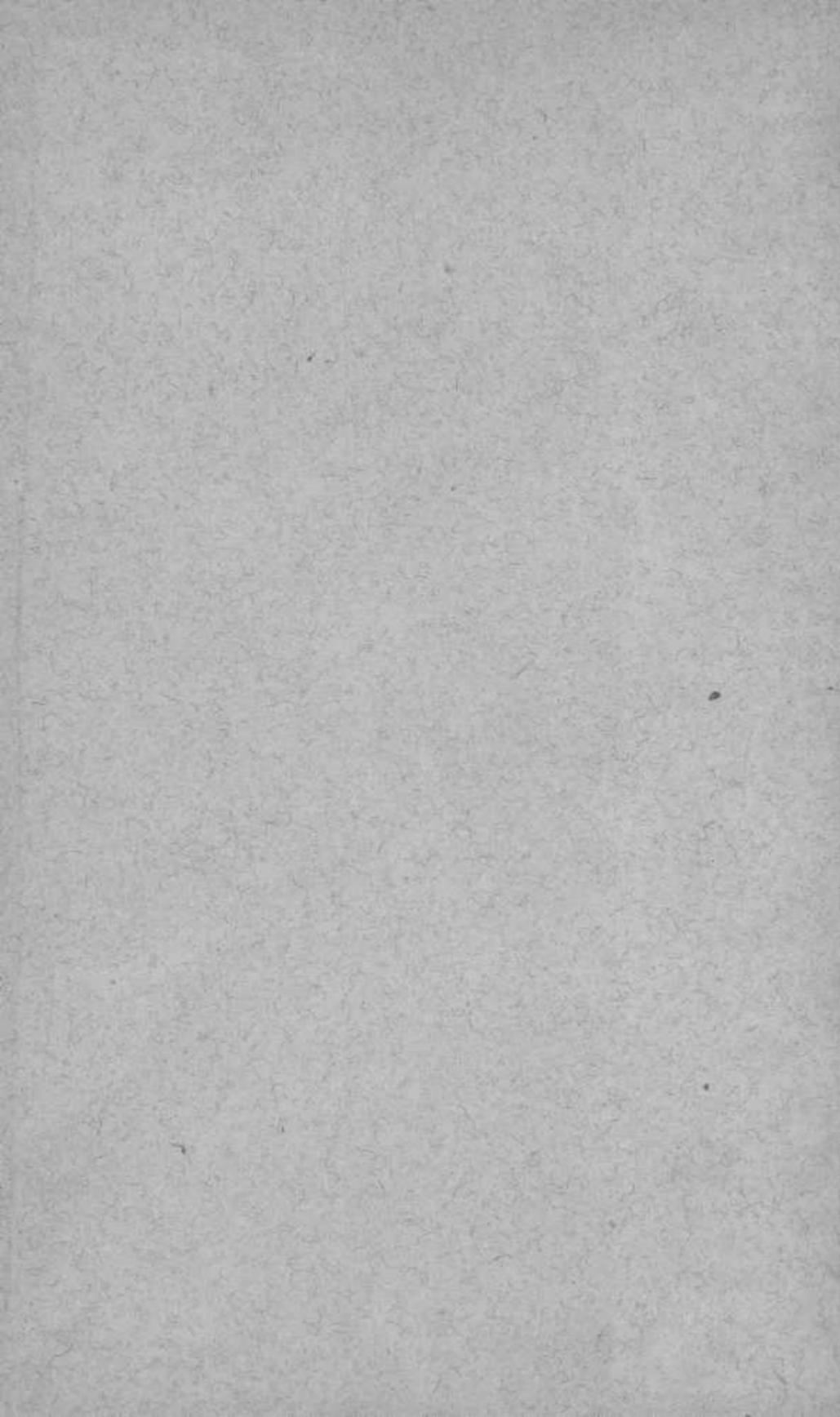


BIBLIOTECA

AMENA

I

2
02



B.P. de Soria



61039810

D-2 23602

LA ILUSIÓN

OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

LA ILUSIÓN

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

111089

BILBAO

IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7

ES PROPIEDAD



ADVERTENCIA PRELIMINAR

ESTAMOS seguros de que satisfacemos un deseo de las personas de buen gusto al reproducir en nueva edición las *Conferencias familiares* del P. Van Tricht. Así las bautizamos en nuestra lengua por no ocurrírse nos término más adecuado y que corresponda á lo que el autor llama modestamente *Causeries*.

Este género entre literario y piadoso, entre profano y ascético, desconocido por completo en nuestra patria, ha valido á su autor muchos plácemes y aplausos en las principales ciudades de Bélgica. Allí, en grandes salones destinados á sesiones científicas ó literarias, á congresos ó academias públicas, el P. Van Trich ha logrado cautivar la atención de entendimientos harto disipados, conmover más de una vez á su distinguido y numeroso auditorio de señoras y caballeros, y despertar quizás profundos sentimientos cristianos en mucha gente del gran mundo que no suele frecuentar las iglesias ni oír la palabra de Dios.

El autor, que nos ha dado autorización exclusiva para traducir sus obras, nos dice á propósito de estas Conferencias, en carta que tenemos á la vista, lo siguiente: «Esas sencillas Conferencias ó *Causeries* se tienen siempre á beneficio de alguna obra de caridad. Los asientos cuestan dos ó tres pesetas en las poblaciones de poca importancia; y cinco y á veces diez pesetas en las grandes capitales. Ahora bien; en mis excursiones durante estos cinco últimos años, la suma total recaudada por este medio para obras de caridad, ha llegado á muy cerca de 400.000 pesetas».



MONSEÑOR, SEÑORAS Y SEÑORES (1):



ON todo mi corazón os doy gracias por los aplausos con que me habéis acogido en medio de vosotros. Esos aplausos me alientan, y en este momento, no quiero ocultároslo, tengo necesidad de ser alentado; la verdad, no me encuentro aquí muy á mis anchas.

Ciertamente, cuando Monseñor tuvo la bondad de invitarme para hablaros esta noche, exaltóse mi amor propio ante tan lisonjera invitación... ¿Dónde encontrar, Señores, un auditorio más envidiable?... ¿más acostumbrado á las

(1) Esta conferencia tuvo lugar en la Universidad de Lovaina, en presencia de su ilustre Rector Mons. C. F. Pieraerts, de numeroso concurso de la juventud escolar, de distinguidas señoras y de ilustrados caballeros.

cosas de ingenio y espíritu, más abierto al entusiasmo, en comercio más frecuente con los sentimientos generosos y los grandes pensamientos?

Mas esta encantadora emoción de mi amor propio ha cedido pronto su lugar á yo no sé qué temor congajoso... ¿Dónde encontrar un auditorio más temible? ¡Sí, Señores, más temible!

Permitidme que os lo diga, queridos jóvenes; ¡tenéis una severidad aterradora!

¡Ese es el honor de vuestra edad, de esa edad llena de aspiraciones, llena de fe, llena de savia y de esperanza; de esa edad entusiasta de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno; de esa edad en la que lo ideal fascina y trasportal...

¡Ah! qué extremadas son vuestras exigencias! El peso ligero de vuestros años no ha encorvado todavía vuestras frentes hacia la tierra. ¡No sabéis aún resignaros con lo imperfecto!... Lo imperfecto os repugna; huís de ello, porque os deja helados, os hiere y os desgarrá.

¡Y, sin embargo, con lo imperfecto es con lo que os vais á encontrar esta noche!

Y á este mi temor venía á juntarse una angustiosa perplegidad. ¿De qué podría yo hablaros convenientemente? ¡De seguro no habréis soñado siquiera que yo había de hablaros de ciencia! ¡Yo, hablar de ciencia, aquí, delante de la Universidad, delante de vuestros profesos-

res, delante de esos sabios cuya gloria ilustra á nuestro país y nos envidia el extranjero! Si aquí se tratara de ciencia, no tendría yo más que un partido que tomar: irme á sentar á vuestro lado en esos bancos.

En vano miraba en mi derredor á los cuatro puntos cardinales de mi horizonte; solo distinguía, sentadas, á las cuatro Facultades revestidas de su toga augusta: por todas partes me sentía con la mayor humillación reducido al silencio.

¿Qué hacer?... ¡Vuestra misma severidad, Señores, me ha salvado ahora; me ha salvado ese vuestro amor de lo ideal, tan vigoroso aún, tan ingenuo, tan sencillo!... He pensado en los desencantos que os tiene preparados la vida, y me ha venido la idea de hablaros de ella.

La ciencia de la vida... ¡Oh, Señores! sin pretensión se puede hablar de ella á mi edad; porque ¡ay! se la adquiere sin mérito; viene sin que se la busque, con las canas y las arrugas... Si se pudiera... por mucho que se la estime, cuando se anuncia, de buen grado se la obligaría á hacer antesala largo tiempo.

Sí, ¡dejadme que yo os hable de la vida!

«De las dos pendientes de la vida—decía Jouffroy á los jóvenes del colegio *Carlomagno*—de las dos pendientes de la vida vosotros no

conocéis más que una, aquella por donde vais subiendo, la cual es risueña, bellísima, perfumada como la primavera. Todavía no os es dado como á nosotros contemplar la otra, con sus aspectos melancólicos, con el pálido sol que la esclarece y la ribera helada que la termina. Si nosotros tenemos la frente triste, es porque la vemos».

¿No os ha sucedido alguna vez, Señores, por el invierno, en horas de ocio ó de fastidio, recostaros en vuestro sillón, extender los pies delante del hogar en que sobre rojos carbones se balancean confortadoras llamas, y con los brazos pendientes ó con las manos cruzadas tras del cuello, con los ojos vagamente fijos en algún dibujo de la tapicería, dar rienda suelta á vuestra imaginación, y dejar á vuestros pensamientos flotar como las nubes?

¡Goza entonces el espíritu de tan deliciosos momentos! Se imagina una vida á su capricho, en que á su tiempo va realizándose toda la serie de vuestros incoherentes deseos, en que todos los sucesos se encadenan, en que el gozo que se extingue descubre ya otro gozo que se acerca, en que las dichas más embriagadoras se acumulan y amontonan. El cielo es azul, la tierra se halla alfombrada de encantadoras flores, los

bosques despiden deleitosos murmurios, las brisas están embalsamadas y retozan en torno nuestro, y el arroyuelo que se desliza murmurando forma coronas de blancas perlas á las rocas que enlaza con sus brazos. El espíritu, el corazón, los sentidos mismos gozan de una paz serena y dulce: allí nos adormecemos, con un semisueño suave, como sobre un lecho de mu-llidas rosas.

¡Todo eso es ensueño, Señores, vano ensueño! Bien lo sabemos; y por eso nos guardamos de referirlo, temerosos de que nos tengan por ridículos. En esos ensueños fantásticos uno es príncipe, obispo, papa, rey; es uno hermoso, rico, elocuente, magnífico; llega á ser uno todo lo que se imagina.

¡Todo sueño!... algo así como los cuentos de Perrault, en que nos escogemos para madrina á la bellísima *hada de las lilas*. En la vida del hombre tales sueños deben incluirse en la cuenta de los tiempos perdidos.

Pero tal vez os suceda, Señores, que fijáis vuestros pensamientos en consideraciones más graves y transcendentales.

Os ponéis á pensar en la vida... No se franquean sus dinteles sin que la angustia deje de subir al corazón.

El porvenir se abre ante vosotros como una

galería profunda, sombría, llena de misterio, por la que debéis enderezar vuestros pasos; y vuestro espíritu va adelante, procurando penetrar hondamente en esa cosa desconocida que nada ilumina, como la mirada inquieta busca en la noche vacía y tenebrosa algún vago contorno de sombra en que fijarse. ¡El porvenir!... ¡el porvenir!... ¿Cuál será el porvenir para vosotros? ¿Qué serán, cómo serán los veinte, los treinta, los cuarenta años que vais á vivir en este mundo?

Evidentemente, nadie lo sabe con seguridad; pero se conocen las circunstancias normales por donde suele trascurrir la vida del hombre, y partiendo de ellas es como forjáis de antemano en vuestro pensamiento el trazado de vuestra vida.

Si no me engaño, hela aquí dibujada á grandes rasgos.

De seguro que os habéis escogido *in mente* vuestro género de vida; el foso de los exámenes os separa todavía de ella; pero aun cuando tuvierais que tomar por otras dos veces aliento y carrera para superarle, al fin le franquearéis. Surgirán acaso algunas dificultades en los primeros pasos que deis por ese camino nuevo,

mas se allanarán; y heos, por fin, en plena marcha. Lográis, Señores abogados, adquirir una buena reputación en el bufete, y os llegan clientes de todas partes. Se esparce vuestra fama, Señores médicos, y los enfermos os llaman á porfía. Consigue vuestro crédito, Señores ingenieros, que os encarguen la dirección de nuestras explotaciones mineras, de nuestras fábricas metalúrgicas, de nuestras estaciones agrícolas. Llegáis, Señores filósofos, con vuestras investigaciones científicas á penetrar los misterios de la inteligencia humana, á poner en claro, bajo nuevos aspectos, la formación y desarrollo del pensamiento, y hacéis avanzar las conquistas del espíritu humano por las regiones de lo abstracto.

¡El éxito feliz viene á coronar vuestros esfuerzos, y con él la riqueza y quizás la gloria! ¿por qué no la gloria?...

¿Por qué no habéis de llegar vosotros á recoger las palmas de la elocuencia?... ¿Por qué el espíritu de los descubrimientos no ha de iluminar vuestra inteligencia?... ¿Por qué vuestro nombre no ha de conquistar su porción de inmortalidad?...

Nada hay, Señores, en todo eso que exceda los límites de una legítima ambición.

Mas semejante porvenir egoísta y personal

no sería capaz de satisfaceros plenamente. Aspiráis sin duda á dejar sentir vuestro peso en la balanza de los destinos del mundo, á colocar en el platillo del bien vuestra parte de energía, de honor y de virtud. Pretendéis honrosamente llegar á ser los soldados de todas las grandes causas.

¡Manos á la obra, Señores!

He aquí, ante todas, la causa de Dios. La serviréis en el secreto de vuestra alma, modelando vuestro corazón conforme á la virtud, plegando vuestra voluntad al deber y vuestra inteligencia á la fe católica. La serviréis en la arena pública, con la frente levantada, á la faz del sol, defendiendo á la Iglesia y su doctrina y sus derechos.

¡La patria, Señores! ¡He ahí también otra causa grande y noble!...

En estos tiempos de confusión y división en que reinan como soberanas pasiones tan venenosas y tan enconadas, en que se oye por todas partes, en el hogar y en la plaza pública, en el foro y en las asambleas, silbar á la maldita y helada serpiente de la discordia, en estos tiempos la causa de la patria ha llegado á ser la causa de un partido.

¡Serviréis pues á vuestro partido; pero con altiva nobleza si os place!... Seréis su abandonado, no contentándoos con llevar su librea.

«Ellos y yo—exclamaba D'Aubigné en su desgracia refiriéndose á los cortesanos que habían condescendido con todos los caprichos de Enrique IV—ellos y yo hemos servido fielmente; ellos á los extravagantes deseos y prescripciones del amo, yo á las de mi conciencia, lo cual me sirve de satisfacción».

Servid de ese modo, Señores.

¿Es esto todo? ¡No!

Si vuestra vida se redujera á eso: á seguir vuestro camino, á ganar oro, á conquistar gloria, á servir á las grandes causas, sería indudablemente noble; pero ¡cuán fría también!... ¡Hay algo mejor que todo eso para la felicidad del hombre!

¿De qué sirve para la felicidad el tener el espíritu henchido de ciencia? ¿De qué sirve el aspirar los vanos vapores de la gloria mundana? ¿De qué sirve aun el encerrar en su alma la conciencia de haber cumplido con su deber, y esa paz soberana que comunica la posesión de la justicia, si á la vez se siente en el corazón el frío de la soledad y el tétrico silencio del desierto? ¡Soledad del corazón, suprema tortura del hombre!

Mas vosotros no estaréis solos, Señores; vosotros tendréis en derredor vuestro, junto á vuestro corazón, toda una corona de amistades

vivas, profundas, ardientes y afectuosas. «Es una cosa divina la amistad—ha dicho no recuerdo en qué parte Lacordaire—es el distintivo de un alma grande y la más alta de las recompensas visibles aseguradas á la virtud».

Tendréis algo mejor todavía.

No habiéndoos llamado Dios al honor del sacerdocio, tendréis vuestra familia, tendréis vuestro hogar, tendréis ese nido encantador, en que parece que se han dado cita todas las dulzuras que el cielo ha dejado á la tierra. Ese hogar os le forjáis ya en vuestro pensamiento. Es acaso como la casita de Horacio, coqueta y sonriente en medio de su jardín, con un arroyuelo que, saliendo de fuente vecina, baña sus pies y serpentea en derredor suyo, y un bosquecito de verdes árboles que, formando el fondo de su perspectiva en el cielo, le prodiga refrigerante sombra.

*«Modus agri non ita magnus
Hortus ubi, et tecto vicinus jugis aquae fons,
Et paulum silvae super his foret».*

¡Yo os contemplo regresando allá, después de los trabajos del día, después de las luchas del foro y de la tribuna, después de las fatigas de la vida pública! Yo os veo abrir en el cercado de espinos aquella puertecita blanca cuya llave

guardáis en vuestro bolsillo... Al primer paso que dais, serénase vuestra frente, y pasando vuestros dedos por entre vuestros cabellos como para echar lejos de vosotros todas las preocupaciones, cuidados é inquietudes que vuelan en torno vuestro, os preparáis para sonreír.

¡Ah! ¡cuán grato es el aire que se respira en medio de los árboles que uno mismo ha plantado! ¡Qué grata y perfumada es la mullida yerba, cuyos contornos ha dibujado uno mismo! ¡Qué alegremente se refleja el sol en las aguas de aquel estanque que uno abrió y formó por sus propias manos!

¡Y he aquí que desde el extremo de la senda que conduce á la casita, corre á vosotros, con los brazos abiertos, con gritos de júbilo, con los labios rebosantes de besos, el mayor de vuestros hijos, mientras que el más pequeñito, en los brazos de su madre ensaya sus primeras sonrisas en vuestro obsequio, y se agita como queriendo arrojarle en vuestros brazos!...

¡Oh, Señores, si habéis sufrido, cuán presto lo olvidaréis entonces todo!... ¡Si vuestro corazón se ha visto angustiado, cómo se dilatará en medio de aquellos corazones que os esperan! ¡Qué satisfacción produce el vivir allí en medio de la paz, de la calma y del amor!

Ampère, el grande Ampère, en la cumbre de

su gloria, soñaba con aquella «casita blanca» en que había vivido con su esposa y con su hijo. «¡Oh! —exclamaba— yo no debiera haber venido jamás á París. ¿Por qué no he permanecido allí toda mi vida? Yo nunca he sido feliz más que allí, durante aquel tiempo tan corto. ¡Allí, con ella, yo hubiera llegado á ser un grande hombre!»

¿No es cierto, Señores, que así es como concebís la vida? Cada uno de vosotros, sin duda, añadirá ó quitará algo al cuadro que de ella acabo de hacer; cada cual variará en sus detalles el tejido de su existencia y entrelazará en ella á su manera la seda y el oro, pero el fondo y la trama no cambiarán. Porque el corazón del hombre es siempre el mismo, Señores, y por variadas que sean las ideas que nos formamos de la felicidad, responden siempre á los mismos deseos.

Lo repito, no he presentado como objeto de vuestras aspiraciones nada que exceda la ambición, ni las esperanzas legítimas de un corazón animoso que se lanza en medio del mundo.

De seguro, esto no es sueño.

¿Qué es, pues?

¡Ah, Señores, voy á deciros una palabra
cruell

¡No, eso no es sueño! ¡Eso es... ilusión! ¡Es ilusión, os digo! ¡No! eso no es la vida; es la ilusión de la vida!...

Tenéis ahora, Señores, unos veinte años; pues bien, yo os supongo trasladados á cuando tenáis otros veinte años más...

¿No habéis visto nunca, Señores, en vuestros jardines, al llegar los primeros días de Marzo, florecer las plantas de jacintos? A través de la capa de tierra lanzan fuera el montón de sus hojas pálidas, largas, estrechas y abultadas, y de su seno brota un tallo erguido y coronado de un racimo de verdes botones. Á los primeros rayos del sol todos empiezan á colorear, todos se entreabren. Se diría que cada una de aquellas florecitas purpúreas, azules ó blancas tienen prisa por vivir; se oprimen, se deslizan entre sus compañeras, quieren llegar á la luz, desplegar el terciopelo de sus pétalos y esparcir en la brisa que las balancea la onda de sus penetrantes aromas.

Pero el cielo de Marzo es pérfido; el sol huye ante los fríos de la tarde; y envuelto en las sombras de la noche, como si fuera á cometer un crimen, el invierno volviendo sobre sus pasos, extiende el blanco velo de sus últimas heladas.

¿Habéis contemplado las pobres flores al día siguiente? El tallo que las sostenía se ha doble-

gado y quebrantado, y las flores penden con sus hojas macilentas sobre la tierra que las enloda y las marchita. No morirán quizá, pero no se levantarán ya más... están heridas en el corazón; pálidas, mustias, parecen pedir que la muerte las deshoje.

¡Oh! ¡qué imagen tan exacta de la vida humana!

¡Jóvenes, un sol de Marzo es el que ilumina vuestras frentes y comunica su fuego á vuestras miradas!

Guardaos del congelado manto de las ilusiones del mundo... ¡Qué frío siente el corazón á quien él ha cubierto con sus melancólicos pliegues!

¡Á los cuarenta años, Señores, á los cuarenta años!... El éxito habrá coronado vuestros esfuerzos, habréis podido beber el vino de la gloria, habréis podido adquirir fortuna, habréis podido gustar los frutos del trabajo, habréis podido ver de cerca á los campeones de las santas causas, habréis podido reposar largo tiempo bajo el techo de vuestra familia.

Y bien, ¡qué dirá de todo esto vuestro corazón? qué dirá á los cuarenta años?

Á esa edad, Señores, hablaba Fausto de este modo:

«He estudiado filosofía, derecho, medicina y

hasta teología, ¡ay!—Este «¡ay!» no es mío, es de Fausto.—¿De qué me han servido tantos esfuerzos? ¡Pobre loco! ¡Me hallo como el primer día, sin haber adelantado un paso!... Mi corazón está consumido por el desaliento... ¡No tengo ni dinero, ni honores, ni consideraciones en el mundo; un perro no querría vivir á semejante precio!... «¡Privación! ¡Impotencia!» Insoportables palabras que como estribillo de monótono canto vienen á retumbar incesantemente en mis oídos. Cada mañana acojo con terror la llegada de un nuevo día; y lloro pensando en que no ha de satisfacer ni uno solo de mis deseos. Luego llega la noche, espero tener reposo, y el reposo huye también de mí; sueños extravagantes me espantan... ¡Ah! yo maldigo á esos fantasmas de mi imaginación que me ligan todavía á este mundo; maldigo á ese desdeñoso orgullo del espíritu que pretende bastarse á sí mismo; maldigo á todas esas representaciones sonrientes que me impelen y atraen mis sentidos. ¡Malditas sean esas ilusiones mentirosas de gloria y de inmortalidad! ¡Maldito sea todo lo que el hombre posee acá abajo, todo lo que lisonjea sus deseos, y la felicidad de un esposo, y la de un padre, y los tesoros y los esclavos! ¡Maldito sea Mammon, príncipe de la tierra, cuando despliega á nuestros ojos sus riquezas para inflamar

nuestro aliento y cuando nos adereza voluptuosos lechos! ¡Maldición sobre el néctar de los racimos y sobre la embriaguez del amor! ¡Maldición sobre la fe! ¡Maldición sobre la esperanza! ¡Una y mil veces maldición sobre la paciencia!»

Al lado de esos gritos de horrible desesperación arrancados al alma enfermiza y avinagrada de Fausto, colocad estas admirables palabras de Salomón:

«Yo he sido rey de Israel y he buscado el conocimiento de todo lo que pasa bajo los cielos. Esta ocupación penosísima ha dado Dios á los hijos de los hombres. Yo he visto cuanto se hace debajo del sol y he hallado ser todo vanidad y aflicción de espíritu. Entonces me dije: heme aquí más sabio que todos los que me han precedido en Israel; voy á dedicarme á la prudencia y á la sabiduría. El prudente y el sabio tienen los ojos en la frente, y el necio anda en tinieblas; mas tanto el necio como el sabio y el prudente deben morir de igual modo; entonces, ¿de qué sirven la prudencia y la sabiduría? Y en esto también encontré vanidad y aflicción de espíritu.

»Entonces dije en mi corazón: iré á bañarme en delicias y á gustar de todos los bienes. Y me edificué palacios, y formé jardines, y construí

estanques de agua para regar el plantío de los árboles. Yo tenía los rebaños más numerosos y las caballerizas más ricas de todo Israel; tenía vasos de oro y de plata, siervos y esclavas, cantores y cantatrices; tenía todas las delicias de los hombres. No negué á mis ojos nada de cuanto desearon, ni vedé á mi corazón el que gozase de todo género de deleites. ¿Quién, pues, ha experimentado tanto como yo los goces de los sentidos y la embriaguez de los placeres?

»Y he visto que la risa era una mentira y la alegría un engaño. Y me he disgustado de la vida. No, no vale nada cuanto hay bajo el sol. Todo es vanidad y aflicción de espíritu. ¡Que el corazón del necio sueñe con la alegría!... ¡el corazón del sabio se adherirá á la tristeza!»

Evidentemente, Señores, Entre Fausto y Salomón hay la distancia de muchos siglos. Fausto y Salomón no se hallan en las mismas circunstancias para juzgar de la vida. Fausto no tiene un céntimo; él mismo acaba de decírnoslo; no es, pues, el caso de Salomón. Fausto resume su vida en una palabra: «privación»; tampoco este es el caso del rey sabio. Ambos, sin embargo, concluyen por maldecir; porque realmente maldición hay en ese grito amargo y desgarrador: «¡Vanidad, vanidad!...»

¿No es todo más que vanidad?

¡Qué quiere decir esto, Señores! ¿No será la vida más que una farsa engañosa?

Me propongo responder á esta pregunta; mas, si me lo permitís, quisiera hacer antes una breve digresión.

He leído ú hojeado al menos estos últimos días á vuestra intención, Señores, un gran número de literatos, de poetas, de moralistas, de ascéticos y aun de sabios, con el fin de saber lo que piensan acerca de la vida. Todos están unánimes, Señores; hablan como hablaba Fausto, como hablaba Salomón.

¡Cierto que no todos hablan con la desesperación escéptica del químico alemán, ni con la amarga melancolía del rey profeta; pero todos lloran! El gusano del desencanto les ha mordido en el corazón, y prosiguen tristemente su camino, encorvados, pálidos y descorazonados, procurando elevar al cielo sus ojos para encontrar allá la esperanza. ¡Parece que un gran crespón ha extendido sus fúnebres pliegues sobre la vida que les pareció tan sonriente!

Uno solo, no obstante, forma excepción, uno solo parece dichoso y da por ello gracias á Dios con una piedad y una ternura que conmueven el alma: escuchadle; es Ozanam.

«Hoy cumplo cuarenta años, más de la mitad ordinaria de la vida. Sé que tengo una esposa joven y muy amada, una hija encantadora, excelentes hermanos, una segunda madre, muchos amigos, una carrera honrosa, trabajos conducidos precisamente al punto en que podían servir de fundamento á una obra largo tiempo soñada. Señor, ¿cuál de todos estos afectos mundanos es preciso que os inmole? Si yo vendiera mis libros para entregar su precio á los pobres, si consagrara el resto de mi vida á socorrer á los indigentes, ¿estaríais satisfecho, Señor?... ¿Me dejaríais vivir? ¿Me concederíais el dulce consuelo de envejecer junto á mi esposa y de educar á mi hija?... ¡No! no! lo presiento; es á mí á quien queréis. ¡Pues bien, allá voy, Señor, allá voy!»

¡Ah! Señores, no hemos contado con esa huésped invisible del mundo... hemos olvidado esa fatal muerte, que dos meses después ahogaba á Ozanam en su lecho.

¡La hemos olvidado, y estaba cerca de nosotros!

Estaba en medio de nosotros, como esos diablillos burlones de las catedrales de la Edad Media, que desde lo alto de sus bóvedas de piedra hacían muecas á la muchedumbre. Allí estaba; pareceme ver sus gestos y risas malicio-

sas y escuchar su voz: «¡Andad! andad siempre, arreglaos la vida á vuestro gusto!... ¡soñad, mis bellos jóvenes!... ¡sueña tú también, viejo religioso!... vosotros, vosotros no sabéis la hora; yo, ¡ah! yo sí que la sé!... y seré fiel, y bien pronto habré cumplido mi cargo».

¡Ah! la muerte! ¿Debíais, pues, vosotros también contar con ella?

¡Sí, Señores, con ella debíais contar!

Reconoceréis que este nuevo elemento, la muerte, introducido entre las condiciones del problema de la vida, le comunica tal indeterminación que le hace completamente insoluble.

Por esto dejáremosle á un lado esta noche. Para que vuestros pensamientos no sean demasiado sombríos, no hablaremos más de ella... admitiremos que tengáis asegurada una larga carrera.

Ahora bien; esa vida, esa larga vida, ¿será una farsa engañosa? será cierto que no cumpla ninguna de sus promesas? que es tan páfida como un espejismo en el desierto?

Fijémonos bien en las palabras, Señores. La vida, esa vida de que venimos hablando, ¿qué es?

¿Es una deidad del aire ó de las aguas, que

un día se os ha aparecido radiante sobre una carroza arrastrada por cisnes ó palomas? ¿Os ha tendido la mano, prometiéndoos con risueña faz mil maravillas?

¡De ningún modo, Señores! La vida, tal cual aquí la entendemos, es un conjunto de personas y de cosas, de circunstancias, de acontecimientos y de hechos que se desarrollan en torno vuestro y que os envuelven en la cadena que forman.

Pero esas cosas no os han prometido nada, Señores; esas personas, esos acontecimientos, esas circunstancias, esos hechos nada os han prometido... no estarán, por consiguiente, obligados á cumplir promesas que jamás han hecho ni han podido hacerlos.

¡La vida!... ¡una farsa engañosa!... ¡Ah! tal vez sí... pero observad! Yo veo perfectamente al engañado, este será cada uno de vosotros, ¡ay! y eso es triste... Mas el criminal farsante autor del engaño, ¿quién es? ¡Ah, Señores, esto es más triste todavía, porque ese engañador es cada uno de vosotros mismos!

Sí, vosotros sois los que os habéis engañado á vosotros mismos; vosotros sois los que arbitrariamente os habéis formado de la vida ese cuadro encantador; vosotros sois los que en vuestra imaginación de veinte abriles habéis

hecho brotar todas las flores de ese ramillete de ilusiones que llamáis vuestra vida...

¿Por qué os habéis ilusionado de ese modo? ¿Á través de qué prisma habéis mirado los hombres y las cosas para haberlos visto bajo tan risueños colores? ¿Por qué habéis esperado de ellos y de ellas lo que ni los unos ni las otras podían daros?... ¿Por qué?

¡Ah! Os lamentáis á los cuarenta años, lanzáis vuestros gritos desgarradores y vuestras maldiciones á todos los ecos del mundo; pero, si sufrís á consecuencia de ese desencanto que envenena la vida, si lloráis hilo á hilo vuestras ilusiones perdidas, ¿á quién debéis culpar de todo ello, sino á vosotros mismos?

Habéis contado con la fortuna, y acaso, como Fausto, no tenéis ni un céntimo... ¡Ah! Señores, ¿quién os ha prometido que la fortuna vendría á visitaros? ¿De cuándo acá se cuenta la riqueza entre los derechos naturales del hombre? ¿No es, pues, la pobreza uno de los lotes que pueden caer en suerte á cada uno de nosotros? ¿Con qué título pretenderíais escaparos de ella, cuando tantos desgraciados, hombres como vosotros, y como vosotros deseosos de la felicidad, pasan sus días, bajo el sol que los abrasa, cor-

tando leña en los montes, segando trigo en los campos ó picando piedra en las canteras?

Supongamos que hayáis hecho fortuna... ¡De seguro que esperabais de ella algo mejor! ¡Esperabais obtener más alegría y gozo, de ese oro que habéis acaudalado con tanta pena y trabajo! ¡Qué locura! ¿Cómo habéis podido creer que ese oro iba á reavivar vuestro corazón, á regocijar vuestra alma y á daros la paz?

¡Habéis conseguido gloria, y la encontráis vana!

No me extraño, Señores... Porque, ¿qué es la gloria? Me ha venido la idea de recurrir al diccionario para ver cómo la define Littré; escuchad bien: «Celebridad grande y honrosa». ¡Hela ahí!

La enciclopedia, que de ordinario tiene en estas definiciones más pretensiones filosóficas, no se expresa de otra suerte: «Es, dice, la reputación unida á la estima». ¡Apurados os veréis si de esa gloria habéis de sacar vuestra dicha!

«¡Celebridad grande y honrosa!» ¿No os parece que eso es muy embriagador? «¡Celebridad grande y honrosa!» ¿Cuánto tiempo se podría vivir bien, contando con eso? ¡Oh! qué irrisión, Señores!... ¡Pero si todo eso está fuera de vosotros mismos!... Pero, de todo eso, ¿qué es lo que puede llegar hasta vosotros, sino un eco?... ¡Un eco!... Convengo en que hay momentos en

que esos rumores de gloria halagan deliciosamente los oídos, mas ¡cuán fugitivos son esos instantes y qué presto vuelan!... ¡Un eco! ¡Donoso recurso para el hombre tener que sacar su felicidad del seno de una vibración sonora que recorra gradualmente el cordón nervioso para venir á extinguirse en la masa gris ó blanca de su cerebro!

Debierais, Señores, haber sabido todo eso, y no edificar sobre tan vano cimiento el edificio de vuestras esperanzas.

Madama Staël, en su *Corina*, tiene un delicadísimo pensamiento acerca de la gloria: «Buscando la gloria — dice — esperaba siempre que ella haría que me amaran». La gloria sería de esta suerte como una moneda delicada con que se pagaría el amor. ¡En este sentido podría tenerse en algo, sería buena para alguna cosa... si pudiera uno fiarse del amor!

¡La ilusión de la virtud y del deber!... ¿Cómo? aun acerca de la virtud y del deber os habríais engañado? ¡Sí, Señores! Habéis querido cultivar la virtud en vuestra alma, habéis querido conformar vuestra voluntad al deber. Eso era ambición noble y santa, y parece que Dios debiera haberla recompensado con la felicidad. Á los cuarenta años os quejáis. La virtud, el deber os han sido duros y penosos, os ha sido preciso á

cada instante hacerles el amargo sacrificio de vuestros gustos y de vuestros deseos... Salís con las manos ensangrentadas de ese incesante combate en que habéis tenido que domaros á vosotros mismos, mataros, sacrificaros á vosotros mismos, y ante esas rebeliones interiores, siempre comprimidas y siempre renacientes, estáis ya cansados, desalentados, dejáis caer los brazos... ¡Si al menos pudierais gozar de las alegrías de la virtud; pero apenas habéis gustado de ella más que las amarguras!...

¡Os habéis equivocado lastimosamente, Señores! No habéis sido cuerdos en creer que la virtud y el deber os serían fáciles, y que la felicidad era su segura recompensa en este mundo. ¡Por qué habéis olvidado á San Pablo? ¿No gemía también él ante la rebelión obstinada de sus pasiones? Por tres veces había pedido á Dios que le librase de ella, y Dios había permanecido sordo á sus ruegos, Satanás continuaba abofeteando su rostro. Habéis olvidado á ese gran monje de nuestros *Campines* escribiendo en su inimitable libro estas tristes palabras: «¡Ah! el vivir es una verdadera miseria!... Cuando quiero perfeccionar mi voluntad, se me hace amarga la vida, porque cuanto más avanzo en ella mejor veo cuán imponente y cuán inclinada al mal es mi naturaleza».

¡No debierais haberos engañado de ese modo, Señores! No es en este mundo donde la virtud nos pone á cubierto de la prueba y del dolor.

¡Habéis querido servir á la patria sirviendo á vuestro partido, y he aquí que la luz de la realidad os ha deslumbrado!... ¡En ese ejército, donde tan valerosamente habíais sentado plaza, habéis quizás descubierto intereses egoístas, bajas concupiscencias, rivalidades mezquinas, emulaciones torcidas, rastrerías, intrigas, traiciones tal vez; y los principios, la abnegación, el sacrificio, el patriotismo, todas esas cosas grandes y santas sirviendo á veces de cobertera á un hervidero de pasiones fétidas... y vuestro corazón ha saltado de ira, y os habéis indignado hasta el fondo de vuestras entrañas!

¡En esto sí que habéis dado muestra de simplicidad suprema, Señores! ¿Pues no sabíais que tendríais que tratar con hombres? ¿Y no sabíais lo que es un hombre?...

Habéis servido á Dios, á la fe y á la Iglesia... y á los cuarenta años os sentís decaídos. Aquella fe tan sencilla, tan ingenua, tan viva, ha sido sacudida por el tiempo y por la edad. Ha venido la duda á solicitar vuestra razón aventurera: la habéis desechado, ha vuelto á venir con más ímpetu, y con mayor atractivo á zumbiar en

vuestros oídos; entonces habéis investigado en vuestro espíritu, en vuestros libros — debierais haberlo hecho, Señores, al pie del altar — mas no importa, habéis inquirido, habéis estudiado, y la luz no os ha venido sino con parsimonia, como á través de una nube que ocultase su brillo; habéis necesitado entonces doblegar vuestra inteligencia; hubiera querido esta ver las razones íntimas de lo que creía, y no habéis podido mostrarla más que razones para que creyera, de lo cual os ha resultado una especie de sentimiento de inquietante fatiga.

La Iglesia... ¡Tal vez la concebíais muy de otra manera de como la habéis encontrado, más pura, más bella! No habéis comprendido nada de los secretos designios de los que la dirigen. ¡Os parece que caminan á los abismos, cuando sería tan fácil dirigir el rumbo hacia el puerto de salvación por otro camino!

¡No debía la Iglesia llevar este carácter con que la marcó Jesucristo: «Amaos los unos á los otros?» Y, sin embargo, á ciertas horas repentinos descubrimientos os han hecho ver, á través de un pliegue desgarrado del velo del templo, la división y la discordia.

Señores, los Apóstoles han tenido que franquear el mismo paso; también ellos habían acariciado ilusiones como las vuestras.

También ellos han tenido sus dudas... «Duro es este lenguaje; y ¿quién es capaz de escucharle?»

También ellos habían soñado una Iglesia á su manera, potente, gloriosa, invencible, y viendo que Jesús no se apresuraba á establecerla: «¿Maestro—le preguntan—cuándo estableceréis vuestro reino?» Á lo cual Jesús les respondió hablándoles de su muerte y de su cruz.

Os habéis forjado ilusiones, Señores, al pensar que vuestra fe se conservaría sin esfuerzo y sin lucha. Os habéis forjado ilusiones al creer que ninguna debilidad, ningún error humano encontraría lugar en la gran familia de los cristianos. Nadie os había prometido semejante cosa. Os habéis engañado á vosotros mismos.

Voy á tocar, Señores, á la última flor de vuestras ilusiones, y quisiera poder hacerlo con la mayor delicadeza y ternura, porque es la flor que con más sangrienta herida del corazón ve el hombre marchitarse lentamente entre sus manos, y deshojarse perdiendo uno á uno sus pétalos descoloridos que, arrebatados por el viento, van á caer en el fango.

A vuestra edad, y en todas las edades, tiene el corazón del hombre sed de afecto y de amor.

Le parece, y tiene razón, que en eso consiste la mejor parte de su vida. Cuando sufre, cuando llora, en su corazón es donde se refugia. La vida de los sentidos es demasiado baja; la vida de la inteligencia es demasiado fría; á ninguno de cuantos han procurado experimentarla, ha podido satisfacer. ¡Mas la vida del corazón! ¡Esta es dulce, fervorosa, fortificante! «¡Poder de amar... poder de ser dichoso!—escribía Luis Veillot en una de sus más bellas páginas.—Nada es tan bello, nada es tan grande, nada es tan fuerte, nada es tan dulce como el amor».

«De Dios al hombre, de la tierra al cielo—decía Lacordaire—solo el amor lo une y llena todo. Él es el principio, el medio y el fin de todas las cosas. El que ama vive, el que ama se sacrifica, el que ama está contento, y una gota de amor colocada en la balanza en contraposición de todo el universo, le arrastraría como la tempestad arrastra una brizna de paja».

Y Platón: «El amor es el que da la paz á los hombres, la calma á la mar, el silencio á los vientos, un lecho y el sueño al dolor».

En cuanto á mí, Señores, no os lo ocultaré, quisiera antes de morir, si Dios me da tiempo para ello, y después de haberle encomendado mi suerte, quisiera repito, del fondo de mi alma poder dar gracias por última vez á todos los

que han tenido la bondad de amarme; con su afecto me han proporcionado las únicas alegrías que he logrado gustar... ¡en todo lo restante no he encontrado cosa buena!

Hay en el servicio de Dios y en el culto de la virtud una satisfacción austera, severa y grave... ¡Mas la alegría y la dulzura, el encanto y la suavidad, la delicia verdadera y la verdadera dicha del corazón humano está en amar!

¡Sí, Señores, amar es dulce, amar es bueno, amar es suave, amar es encantador, y habéis hecho bien en rodear vuestra vida de todos los afectos que la encantan!

¡Una amistad que nace entre dos almas, un amor que brota entre dos corazones, que en ellos se arraiga y florece, que va del uno al otro y los entrelaza, que, según la expresión de Montaigne, mezcla y confunde dos destinos con una trama tan completa que desaparecen y no vuelven á encontrar la costura que los ha juntado!... ¡Oh! sí, esto es dulce y grato al hombre.

¡Pero, Señores, una amistad que se resfría lentamente, que se extingue y que muere!...

¡Pero, Señores, un amor que se resfría lentamente, que se extingue y que muere!...

Y qué: ¿Muere la amistad? ¿Muere el amor?

¡Ah! ¡Ved ahí, jóvenes, vuestra ilusión!

¡Sí, la amistad muere!... ¡sí, el amor muere!... y si tenéis compasión de vosotros mismos, rogad, rogad á Dios que os evite esa dura y dolorosa experiencia.

¡No morir el amor!... ¿pero en qué mundo vivís vosotros, amados jóvenes?

¡Ah! bien lo sé, cuando un amor invade el corazón, el pensamiento de que llegue un día en que ya no ame, el pensamiento de no ser amado ya, penetra y desgarrá como la hoja fría de un puñal... Se le ahuyenta con espanto, porque hiela la sangre. Y se jura ante Dios y ante los hombres morir antes mil veces. ¡Y en aquellos días, Señores, es verdad, sí, moriría uno antes mil veces, y moriría con gusto! daría toda su sangre como una gota de agua!

Pero el tiempo pasa... y despoja á esa pobre flor del amor de todas las perlas que el rocío de la mañana había depositado en su cáliz, y la decolora y la marchita y como á una muerta la sepulta en el polvo del camino.

Llega la hora — ¡ay, Señores, llega tan presto! — llega la hora en que la costumbre amortigua las alegrías deliciosas de los primeros días... Sorpréndese uno, con extrañeza, insensible á lo que otras veces le embriagaba... Se dejan marchitar en sus jarrones aquellas flores que antes se renovaban cada día... Aquellas manos que

no sabían separarse, parece que han olvidado el camino que va de la una á la otra... Aquellos ojos tan llenos de discursos mudos, ahora no dicen nada... Aquellos labios que sonreían con una gracia tan encantadora, solo dan muestras de indiferencia... Aquellas largas conversaciones tan dulces, tan íntimas, tan llenas de franqueza, de abandono y de confianza, han dejado el puesto á largos silencios... ¡Es cosa concluída, Señores, el amor ha muerto!...

¿Sabéis lo que puede sobrevivir, lo que sobrevive en los corazones, donde con el amor habita la fuerza y la gracia de lo alto? Voy á decíroslo. ¡La abnegación, la fidelidad, el olvido de sí mismo, el sacrificio... es decir, todas las virtudes del amor!

¡Pero la llama del amor se ha extinguido!... Está muerta, os digo, ¿y sabéis porqué? Porque ardía en un corazón de hombre.

¡Ah, Señores, qué cosa tan frágil y miserable es el corazón del hombre! ¡Qué mal formado está para el amor! ¡Qué pronto se cansa de amar! ¡Y cuán triste es la historia de sus desfallecimientos, de sus olvidos y de sus traiciones! ¡Sí, Señores, de sus traiciones!

¡Habréis amado!... ¡habréis amado con todas las fuerzas de vuestra alma, habréis reconcentrado en ese corazón á quien amabais todas

vuestras dichas, todas vuestras esperanzas, toda vuestra vida..., le habréis hecho el sacrificio total de vosotros mismos..., habréis puesto á sus pies vuestro trabajo, vuestro valor, vuestro honor tal vez... se lo habréis dado todo, absolutamente todo, sin reserva, sin medida, como se sabe dar cuando se ama! Y ese corazón habrá amado á vuestro corazón, como vosotros le amabais á él. Y esto habrá durado... ¡qué sé yo! ¿un año? ¿dos años quizás?

Después un día, yo no sé por qué indicio, os parecerá ver que todo cambia. Vosotros, sin embargo, no habréis cambiado, lo sentís bien dentro de vosotros mismos... ¡Oh Dios mío! ¿qué es pues lo que sucede? ¡Oh, cómo desecharéis estas primeras dudas! ¡Cómo con vuestras manos cubriréis vuestros ojos para no verlas!... Pero volverán otra vez; volverán por el día y volverán por la noche, como el águila de Prometeo, á desgarrar vuestro corazón.

¡Ah, el martirio de un corazón fiel!...

Á ese primer indicio se juntarán luego otros más desgarradores y más implacables cada vez... después, por último, como un relámpago siniestro, aparecerá la luz: No, ya no sois amados!...

¡Yo no sé qué sombra ha pasado delante de aquel corazón, al cual habíais hecho el alma

de vuestra vida... esa sombra le ha fascinado, le ha invadido, le ha abierto los brazos; y enloquecido por esta nueva visión, se ha arrojado en ellos él y os ha dejado allí á vosotros!... Todo se acabó ya; heos ahí solo, solo, escuchadlo bien, solo, traicionado y despreciado.

¿Pero qué tenía aquella sombra para arrebatáros de tal manera ese corazón? ¿Qué tenía ella que no tuvierais vosotros? ¿Qué podía prometer ella, que no hubierais dado ya vosotros!

¡Ah, Señores, nada, nada quizá... Solamente que ella acababa de llegar, y vosotros, vosotros habíais ya pasado!

¿Exagero, por ventura, Señores? ¿Refiero acaso consejas de las épocas salvajes, de los tiempos prehistóricos?

¡Ah! Dejadme que os cuente una que es muy de este tiempo, y cuya víctima y cuyo verdugo podría citaros por sus nombres y apellidos. El verdugo no ha muerto aún.

Una joven, durante una temporada de verano pasada en una casa de campo, se enamora de un joven habitante en una quinta inmediata; pero cuya fortuna, muy inferior á la suya, parecía separarles mucho más y mejor que lo que

les separaba el cercado de espinos y de boj del jardín.

Ella y él habían recibido esa educación frívola donde para nada aparece el pensamiento de Dios, y en la que el eterno decálogo es sustituido por la ley de la mal llamada buena educación y finura.

La pobre joven, cegada por su amor, sondea la voluntad de la familia, la cual, no estimando al joven, rehusa neta y redondamente.

¿Qué hace la desgraciada?... ¿No es á la felicidad de su vida á lo que se le exige renunciar? ¡Qué le importa todo lo demás, con tal que tenga á su lado, al lado de su corazón, aquel corazón á quien ella ama y por el cual hubiera querido morir!

Combínase un rapto entre los dos... y huyen.

Ante semejante golpe los padres ceden y se celebra el matrimonio... ¡Ya es dichosa!

¡Ah! que es dichosa?... ¡Pobre joven!...

Pasa un año...

Desde hace largo tiempo abandonada, sordamente consumida por la desesperación y las lágrimas, allí está, la infeliz, acostada en su lecho, al lado de la cama de su hijo... ¡se está muriendo!

Y él, el amo de casa, se presenta en la alcaoba vestido de frac, ajustando á sus dedos los

guantes de color de paja, para ir á pasar lo noche al club, donde se da una función.

—Emilio—le dice la mártir—Emilio, te conjuro que no me dejes esta noche, no me dejes sola... tengo miedo... ¿no ves que voy á morir?...

Sonriéndose él:—¡Bah! querida amiga—le dice—ya te podrás morir bien sin mí, ¿no es así?... ¡Con tal que me dejes á ese tu hijo, á ese monito... he ahí mi negocio!

Esto es horrible, ¿no es verdad?

Pues bien; sí, es horrible, pero es verdadero. ¡Yo no he añadido una palabra ni á la pregunta ni á la respuesta!...

Y él se fué á divertirse. ¡Cuando volvió, su mujer estaba muerta!

Para honor de la humanidad, tan horribles sucesos quedan consignados como una monstruosidad en la historia. Sería yo soberanamente ilógico, si de un hecho tan anormal quisiera sacar consecuencias.

Mas guardaos bien, Señores; no menos ilógicos seríais vosotros, si, pasando de un extremo á otro fuerais á soñar en el amor yo no sé qué primavera perpetua con riberas siempre floridas y dulzuras siempre encantadoras.

¡No, Señores, no es eso!...

¡Eso es vuestra ilusión! Permitidme que os lo

repita; ¡eso es vuestra ilusión! es la suprema ilusión de vuestra edad.

Entre los dos extremos en que nos hemos colocado vosotros y yo..., en un extremo el monstruo cuya historia os he contado, y en el otro, si os place, el idilio cándido de Filemón y de Baucis, hasta en el estado de encina enlazando todavía sus ramas, entre esos dos extremos, repito, el amor despliega escalonadamente todas las nubes de su cielo.

¡Hay amores purísimos á través de los cuales jamás penetra una nube!

Los hay tan sombríos que el sol apenas puede deslizarse de tarde en tarde á través de un rápido esclarecimiento un pálido rayo.

¿Cuál será en vuestra vida el cielo de vuestro corazón?

Lo ignoro; y os lo deseo de azul más puro; pero no contéis con él. ¡Ah, por Dios, no contéis con él... Ó si contáis con él de jóvenes, no vengáis á quejaros á los cuarenta años...

Procurad, pues, Señores, conocer á los hombres, y conocer las cosas; y no esperéis ni de ellos ni de ellas lo que no podrían daros.

Siempre he tenido á Fausto por un necio, y todas las maldiciones que acumula me han hecho siempre reír. Maldecir las cosas, como él lo hace, es, en efecto, soberanamente ridículo; pri-

mero, porque esas maldiciones no hacen absolutamente nada á las cosas, y después, Señores, porque ellas no dan más de sí. Ya os lo he dicho, las cosas no os han prometido nada, como tampoco habían prometido nada á Fausto; si quería maldecir á todo trance, debiera haberse maldecido á sí mismo.

Y, Señores, si no fuera por el respeto que le debo, estaría tentado de decir otro tanto de Salomón. El más sabio de los hombres no debiera haberse ilusionado de tal modo acerca de las criaturas... Ó al menos no debiera haberse dejado prender en ellas tantas veces. Pues bien lo sabéis, antes de hablar de ellas como habló, Salomón había pasado por largas y repetidas experiencias.

Os parecerá, Señores, que soy muy duro y no tengo piedad para el corazón que se ilusiona.

Y, no obstante, ¿para quién podría yo reservar mi compasión, si de él no me compadeciera?

¡Desengañaos; creedme, no ignoro ese mal! Y cualquiera que le haya conocido, cualquiera que haya viajado un día solamente por esas llanuras áridas, donde á cada paso se huellan rui-

nas, si tiene entrañas, las sentirá estremecerse de piedad por esas almas desgarradas.

¡Ah, Señores! basta que un hombre sufra, por más que haya sido él mismo el causante de su sufrimiento, basta que un hombre sufra para que nuestro corazón se conmueva, para que vayamos á su corazón á levantarle con manos amigas, y á abrigarle y calentarle con nuestro amor.

Ahora bien; de todos los dolores que atormentan al hombre no conozco ninguno más penetrante que el dolor del desencanto. Todos los demás tienen á su lado una consoladora benéfica: la esperanza; pero la desilusión ataca á la esperanza misma; como el ardor de la fiebre la consume, la hace languidecer, la seca.

¡No es solamente el más punzante de los dolores; no es solamente por este título por el que debe sernos sagrado; yo diría además, si no fuera extraña la expresión, que es el dolor más noble y el más glorioso!

La ilusión es el carácter distintivo de un alma elevada y un corazón magnánimo.

Los objetos materiales no inspiran apenas ilusión; una fruta delicada y rara, un vino generoso y confortante no nos engañan; conocemos perfectamente el valor y la intensidad de la sensación que nos producen, y no esperamos de

ellos ninguna otra cosa más. Si pues un hombre tiene el corazón tan mezquino, el entendimiento tan estrecho y embotado, y el alma tan vulgar y rastrera, que limite á las cosas materiales el horizonte de sus aspiraciones y de su felicidad, ese tal no puede ser víctima de la ilusión. Ese hombre que se ha reducido á no ser más que una masa de carne, de músculos y de nervios que envuelven un vientre, ese hombre está asegurado contra la desilusión. Pero ¿quién de vosotros, Señores, quién de vosotros le envidiaría una inmunidad tan degradante?...

Para que la ilusión pueda forjarse, es preciso que intervenga el espíritu y el corazón; únicamente en esa atmósfera pura y delicada es donde florece. Para que un corazón conciba ilusiones, es preciso que haya fijado muy alto el blanco de sus esperanzas, es preciso que haya sentido en sí mismo esos nobles deseos que elevan el alma á las cumbres gloriosas en que habitan la belleza, la verdad y el amor.

Cuando un alma llora sus ilusiones perdidas, es que ha querido subir allá arriba. Ha caído, sí, pero porque se dirigía á lo alto. ¡Y por esto yo la honro y estimo!

Diré más, Señores. La ilusión me ha parecido siempre el sello de un alma llamada á celestiales destinos.

Acordaos de aquel rey de Lidia que recibiendo á su mesa un día á los dioses y no teniendo otra cosa mejor que ofrecerles, les sirvió á su propio hijo.

Los dioses, distraídos quizá, advirtieron demasiado tarde todo el horror de su comida; y para castigar á aquel padre inhumano, le condenaron á sufrir una sed devoradora, y le sumergieron en un límpido estanque, cuyas aguas huían sin cesar delante de él.

Jamás he podido pensar en Tántalo, sin ver en él una imagen de la humanidad.

Allí está, Señores, sumergido en el agua hasta los labios, con las fauces secas, la lengua pegada al paladar, la boca ardiendo, los ojos enrojecidos y centelleando de ardor y de angustia...; el agua está allí, fresca y dulce, la ve levantar en torno suyo sus desiguales ondas, la siente correr sobre su pecho y sobre su cuello y la sed le tortura; veinte veces, cien veces en una hora se lanza á ella, acerca la boca, aspira... y el agua huye de él con un murmullo burlón... ¡veinte veces, cien veces durante la hora que sigue vuelve á repetir lo mismo, y veinte veces, cien veces el agua se aleja de él siempre burlándose! ¡Y así se pasan siglos y siglos en vanas y desesperantes tentativas! ¿Por qué? ¿En qué consiste que Tántalo no haya sabido jamás

tomar su partido, y que ensaye siempre, siempre, siempre, y siempre en vano?

Sic voluere dii... Así lo han querido los dioses.

Yo concibo, Señores, que el hombre se engañe una vez acerca de lo que son y pueden dar de sí las cosas; no habiéndolas experimentado todavía, no puede conocerlas. Pero ¿de dónde procede que después de haberlas experimentado, después de haberlas conocido, después de haber agotado toda la dicha que le pueden dar, se engañe todavía acerca de ellas? ¿De dónde procede que ese hombre por todas partes rodeado por lo imperfecto, por lo finito, por lo mortal, sueñe con lo ideal, aspire á lo infinito, se embriague de inmortalidad; que se obstine desde la hora de su nacimiento hasta la hora de su muerte en ese sueño, en ese anhelo, en esa pasión por cosas que nunca ha encontrado en este mundo?

¿Y hemos encontrado jamás en nuestro camino ese perfecto, ese infinito, esa inmortalidad con que nuestra imaginación soñadora reviste como con manto real á las más frágiles y á las más despreciables criaturas?... ¿Quién nos le ha hecho conocer, si nosotros no le hemos encontrado? Y si no le conocemos, ¿de dónde procede que le amemos? ¿de dónde procede que todos tengamos de él el mismo concepto?

¡Ah, Señores, cuán á propósito es la respuesta para levantar nuestro ánimo!...

Sic voluere dii. Así lo ha querido Dios; pero ¿en qué nuevo sentido debemos entenderlo?

En una casa de alienados vivía hace algunos años un pobre loco cuya historia es la siguiente:

Siendo muy joven todavía, después de algunos meses de matrimonio, la muerte le había arrebatado repentinamente á su esposa; su cerebro trastornado por este golpe le había sumido en esa locura particular á la que los alienistas han reservado el nombre de melancolía.

Taciturno y triste pasaba sus días en un perpetuo silencio; iba á sentarse por la mañana en un banco del jardín ó sobre una piedra del patio, y allí, con las manos juntas sobre las piernas cruzadas, la cabeza inclinada sobre el pecho y los ojos fijos en la tierra, permanecía hasta la noche.

Cuando pasaba una mujer corría hacia ella, la detenía, le cogía las manos, y con ojos radiantes y una inefable sonrisa de esperanza la miraba largo tiempo; después su fisonomía recobraba su tinte sombrío, y dejando caer lentamente la cabeza: «¡No, no es ella, decía... no la volveré á encontrar!» Y se iba tristemente á

ocupar otra vez su puesto en el banco ó sobre la piedra.

¡Este loco, Señores, este pobre loco es el hombre! En los primeros días de su infancia disfrutó de todas las delicias del Edén. La naturaleza, virgen y encantadora, le prodigaba sus bellezas y tesoros con galanura primaveral. El corazón humano, todavía inmaculado, se abría deliciosamente á todos los afectos que le embalsaman; no conocía nuestros desfallecimientos: el hombre era bueno, generoso, leal. Dios mismo, en comunicación inmediata y constante con él, había afianzado la felicidad de que le veía gozar, en los dones gratuitos de su justicia. Y para coronar tantos bienes, le convidaba con los brazos abiertos á gozar de sí mismo en el cielo por toda la eternidad.

El hombre cayó de tanta altura, y las ruinas de su felicidad han cubierto el mundo.

Vedle ahora sentado sobre esos restos, como el loco ¡triste y taciturno! ¡Sufre y espera! De repente aparece una criatura ante sus ojos... ¡Oh! ¿será esta la dicha perdida?... y se precipita á ella, ansioso... y la detiene, y la pregunta... ¡No, no es ella! ¡No, no es esta la dicha perdida!... Y se vuelve á su tristeza.

Así se pasa toda la vida del hombre, Señores, entreverada de esperanzas y de lágrimas,

de ilusiones y desencantos. ¡Y siempre volverá á hacer lo mismo, porque, á despecho de todo, invencible y fatalmente el hombre cree en la felicidad, cree en lo perfecto, cree en lo infinito, cree en lo inmortal, porque un día los ha conocido!

Cree en esas cosas divinas, porque lleva en sí mismo grabados en las fibras más profundas de su alma, no solo su recuerdo y su memoria, sino también el presentimiento de que podrá volver á encontrar la salud algún día.

¡Á la luz de este pensamiento religioso es como debe el hombre y sobre todo el cristiano arreglar su conducta relativamente á las ilusiones de esta vida!

Con elocuente frase ha dicho Lacordaire:

«La melancolía es inseparable de todo espíritu elevado, de todo corazón profundo. No es esto decir que haya que complacerse en ella; pues llega á ser una enfermedad que enerva cuando no se la sacude, y no tiene más que dos remedios: la muerte ó Dios».

¡La muerte... ó Dios! ¡Es verdad, Señores!

¿Qué puede hacerse, en efecto, á esas pobres almas que sufren á causa del desencanto de las cosas? ¿Quitar, desarraigar y destruir en sus

corazones la ilusión? No podríais, Señores; la planta es muy vigorosa, y sus raíces profundizan en la sangre.

¿Abandonarlas á la ilusión y al desencanto, condenarlas toda su vida á subir ese peñasco de Sísifo por la pendiente ensangrentada de un calvario?

¡Ah, Señores! llegaría un momento en que se cansarían y se preguntarían: «¿Es esto la vida? ¿No hay más que esto en la vida?... Pues entonces verdaderamente no vale la pena de vivir. ¡Concluyamos con ella!»

Ese es el primer remedio, la muerte.

Hay ciertamente otro, el que Mefistófeles aconsejaba á Fausto: «Dejad en paz vuestras quimeras: vuestras sensaciones son cosa vuestra; contentaos con ellas». Mas este es un consejo embrutecedor; un consejo que degrada y mata al hombre para reducirle á mero animal. «Cuando se llega á ese punto — dice Dante — el hombre ha muerto, solo queda la bestia».

*Potrebbe alcuno dire: Come è morto e va?
Rispondo che è morto uomo ed è rimaso bestia.*

Y, sin embargo, Señores, yo no descubro otra salida para un hombre que no ve nada más allá de los estrechos horizontes de este mundo.

O resignarse á cifrar su dicha final en esas cosas vanas, ó nutrir su corazón con ese amargo manjar de los amores que pasan...

Sí, resignarse á eso, ó morir.

¡Si el corazón es elevado, si abriga nobles pensamientos y grandes aspiraciones, no comprendo que se resigne á eso, pero comprendo que mueral

Á la verdad, no vengo á hacer aquí la apología del suicidio; pero, Señores, si el hombre, como pretende cierta escuela, no fuera más que un organismo, en cuyo seno ciertos fenómenos de oxidación transforman las energías potenciales en energías actuales; si eso que nosotros llamamos nuestra alma no fuera más que la pulpa de nuestro cerebro; si nuestros afectos, si nuestras alegrías, si nuestras dichas no fueran más que sensaciones refinadas, yo que me veo privado de esas finas sensaciones y desprecio las otras, ¿por qué había de vivir?... ¿Qué puede estimularme á vivir, si la vida se reduce para mí á sufrir, á verme privado de todo lo que amo, á alimentarme de todo lo que me repugna? ¡No me habléis de grandeza de alma y de valor! ¿Qué viene á ser esa nueva especie de sensación? ¡No, yo no quiero vivir así, con el corazón despedazado y chorreando sangre, sin dicha y sin esperanza, despedazaré entre mis manos

esa máquina de mi vida y arrojaré al viento sus ruedas!

¿Quién y con qué título me lo podría impedir? ¿Por ventura se vería por eso perturbada la ecuación total de las fuerzas vivas?

Preguntando Éckermann á Goethe cómo había podido escribir su *Wérther*: «¡Porque yo mismo había vivido y amado y sufrido mucho: ahí está todo!» le respondió el poeta:

¡Nada más natural! sí, eso basta, eso es más que suficiente para que le venga al hombre el pensamiento de acabar con su vida!

¡Ah, Señores! aun en las almas religiosas— iba á decir que sobre todo en ellas— el deseo, el ardiente y sincero deseo de la muerte, brota como en tierra preparada para ello. Escuchad al anciano Job: «¡Ah, qué tedio de la vida siente mi alma!... Señor, ¿por qué me sacasteis del seno de mi madre?... ¿Por qué al menos no morí inmediatamente? Ningún ojo me hubiera visto; hubiera pasado como si jamás hubiese existido; trasladado de la cuna al sepulcro... ¿Acaso no han de acabar presto mis días?»

Job era anciano, me diréis, había vivido demasiado; Job se hallaba en condiciones de miseria excepcional.

Sí, Señores, Job era anciano, Job se hallaba en condiciones de miseria excepcional, y quizás

tenía demasiadas... Pues bien, salgamos de esas excepciones, pasemos á la vida normal, coloquémonos á los veinte años.

¿Á los veinte años, Señores? ¡Ah, no sabéis qué abismos de dolores puede encerrar una sonrisa de veinte años!

He tenido alguna vez ocasión de leer en un corazón de esa edad, y me parece que era uno de los más dulces, más tiernos, más amantes y más puros que Dios ha echado á este mundo. Desde el momento en que se despertó su inteligencia, aquel pobre corazón con cándida ingenuidad se había trazado su vida, como vosotros, Señores, habéis trazado la vuestra.

¡Oh, no era uno de esos idilios que en otro tiempo cantaban los poetas, ni una de esas fastuosas novelas que concibe una imaginación descabellada... ¡No, no! era una de esas vidas sencillas que no salen de la vía común, en la cual tienen su puesto el trabajo y el deber, pero donde al menos, al lado de uno y otro, viene á sentarse la dicha. ¡Todas sus esperanzas se habían reconcentrado en aquel punto del porvenir en que se abriría aquella vida dichosa! ¡Y con la mirada siempre fija allí, desde entonces había avanzado no poco!...

Había encontrado penas, dolores, desalientos, pero todo lo había superado con paso firme, sabiendo que cada hora le acercaba más al blanco de sus esperanzas.

Por la noche, después del trabajo del día, en el secreto de su pensamiento, bajo la mirada de Dios, se imaginaba... veía, como en un cuadro que se desarrolla, todas las alegrías futuras; las contemplaba una á una, las saboreaba dulcemente de antemano, y encontraba en ellas fuerza y energía para mejor soportar el peso del presente, que era triste y solitario.

¡Esto duró quince años!

¡Ay, aquel porvenir no había de llegar nunca!

Un día, de repente, una palabra, una simple palabra desgarró cierto como velo ante los ojos de aquel pobre mártir. ¡Todo el edificio de su dicha estaba arruinado! ¡Todo estaba perdido! ¡Había soñado, había soñado durante quince años!... ¡Y ya, todo había concluído y concluído para siempre!...

¡Ay, qué agonía, Señores! ¡Qué triturado quedó aquel pobre corazón!... ¡Qué vida la suya al presentel!... ¡No más esperanza! Largo tiempo soportó su martirio en secreto; pero, desbordándose por fin, se desahogó conmigo. Todo me lo contó entre sollozos que le cortaban la voz y con lágrimas que no podía contener.

Después poniendo sus manos entre las mías que yo le había tendido: «¡Oh! —exclamó— ¡si yo pudiera morir! quisiera tanto morir! se lo pido todos los días á Dios... ¿por qué no quiere dejarme morir? ¿Qué es lo que yo puedo hacer ya en este mundo?

Se me partía el alma al oírle, Señores; hubiera dado diez años de mi vida, hubiera dado mi parte de dicha, hubiera dado mi sangre para consolar aquel corazón despedazado; pero ni mi vida, ni mi dicha, ni mi sangre hubieran podido contener aquel grito: «¡Ah, si yo pudiera morir! si yo pudiera morir!»

¡No es este el grito de Job, no es el grito de aquel corazón solitario; es el grito de la humanidad que sufre!...

Ciertamente, el cristiano no responde á él; el cristiano no recurre á una bala, ni á una navaja de afeitar, ni á un lazo corredizo, ni á un veneno, ni á un río: se resigna á vivir; pero en verdad, Señores, no es por la satisfacción que encuentra en la vida.

Porque espera, tiene un remedio, un gran remedio suyo propio, ¡Dios!

No os extrañéis, Señores; aunque lo parezca, no es mi ánimo convertir en sermón esta conferencia; no me ha pasado tal idea por el pensamiento. Pero me es imposible no recordaros

aquí vuestros principios, esos principios propios de los que creemos y esperamos; y me es tanto menos posible á mí que á nadie, cuanto que nosotros que procuramos ser buenos y virtuosos, nosotros que nos esforzamos en elevar incesantemente nuestros pensamientos y nuestros deseos, abrimos más que nadie los brazos á la ilusión, más que nadie corremos el riesgo de experimentar el desencanto y las lágrimas.

¿Cómo queréis, por otra parte, que se estudie la vida en este mundo, haciendo abstracción de la vida en el otro?

¡Son estas dos cosas inseparables, no lo olvidemos; la una se explica por la otra, la una conduce fatalmente á la otra; que lo queráis ó no lo queráis, hacia esa otra vida os encamináis, y allá habéis de llegar, Señores!...

Estudiar la vida presente sin hacer mención de la futura, sería estudiar cuidadosamente el curso de un río sin preocuparse del océano en que desemboca.

Ahora bien; ¿qué os dice vuestra fe de cristianos?

Helo aquí.

Sí, amados jóvenes, estáis destinados á amar lo perfecto, y he ahí por qué vuestra alma busca lo perfecto en todas las cosas.

Sí, estáis destinados á amar lo infinito, y he ahí por qué vuestra alma busca lo infinito en todas las cosas.

Sí, estáis llamados á amar lo eterno, y he ahí por qué vuestra alma sueña en la inmortalidad de todos sus amores.

¡Sí, estáis llamados verdaderamente á la gloria, á la riqueza, á la dicha, al amor!

¡Sí! allí está vuestro destino! Mas la gloria, la riqueza, la dicha, el amor para que están formados vuestros corazones... lo perfecto, lo infinito, lo inmortal con que os acarician vuestras ilusiones, es Dios, Dios vuelvo á deciros... es la infinita bondad, es la perfecta belleza, es el eterno amor de Dios. ¡Dios!... ¡he ahí la medida según la cual ha sido forjado vuestro corazón! Solo Dios es bastante grande para llenar la capacidad inmensa de vuestros deseos.

¡Ah, Señores! mirad ahora en derredor vuestro esas honrillas, esas fortunillas, esos consuelillos, esos amorcillos!... ¿Qué es todo eso al lado del ideal infinito que se os presenta y reclama el afecto de vuestro corazón? ¡Ah, qué miseria!

¿Cómo? habíais soñado con Dios, habíais creído abrazarle... y en su lugar, ¿qué es lo que tenéis en vuestros brazos?... ¡una pobre y miserable criatura, imperfecta, olvidadiza, inconstante, una sombra!... ¡Ya no me extraño que

lloréis ante semejante reconocimiento; la decepción es horrible!

¡Mas no os desalentéis por eso! levantaos, animaos! No es aquí donde habéis de encontrar la divina desposada de vuestra alma; es más lejos, allá á lo último, en el extremo horizonte de la vida... ¡Caminad, caminad pues apresuradamente, allí está!

¡Sí, caminemos! ¡Sí, avancemos siempre!

¿Pero estamos seguros de llegar allá? ¡Ah, Señores, qué angustiosa incertidumbre!...

¿Llegaréis vosotros? ¿Llegaré yo?

¡Oh desencanto supremo!...

Haber vivido aquí cuarenta años, cincuenta años, ochenta años tal vez... haber trabajado aquí como un esclavo miserable, haber apurado hasta las heces el cáliz de las desilusiones de acá abajo, haber llevado por todo el camino del calvario la cruz de la vida... y al cabo, al fin, tendido sobre el lecho en que uno va á morir, preguntarse: «¿Tan presto? dentro de un instante?... ¡Oh Dios mío!... ¿Cómo?...» ¡Y llegado el momento, descubrir, á la luz de un rayo súbito como un relámpago, que todo ha desaparecido y para siempre, y para siempre!

¡Ah, Señores, qué horrendo despertar!

¿Y es esta la condición humana?... ¿Cómo ha podido hacerla Dios tan desgraciada? ¡Convidar-

nos á tan altos destinos, y después abandonarnos á todas las desventuras!

¡Señores, por piedad, no echemos á Dios la culpa de esto; pues si corremos á la ventura, la culpa es nuestra!

Existe, en efecto, un camino rectísimo, conocidísimo, un poco áspero, es verdad, muy áspero si queréis, pero que nos conduce derechamente al término. El camino del deber. Ese camino y solo ese camino es el que hay que tomar; todos le conocemos, ninguno de nosotros sufre engaño en esta parte, tenemos además con nosotros y en nosotros mismos un guía que nos lo indica á maravilla, y que á grandes gritos nos vuelve á llamar á él, si por desgracia nos extraviamos: la conciencia.

Señores, había en un pueblecillo una aldeanita, lo más linda y graciosa que pudiera imaginarse: su madre estaba loca de contenta con ella, y su abuela mucho más loca todavía. Á esta bella niña le hicieron una caperucita encarnada que le sentaba tan bien, que por todas partes se la conocía por «la de la caperucita roja». Un día la niña fué enviada por su madre á casa de su abuela.

La de la caperucita conocía muy bien el camino que conducía por junto al molino que veis allá abajo, allá abajo, á la primera casa del

pueblo. El camino era bien trillado y bien seguro. ¡Pero... ya se ve! era el hermoso mes de Junio.

Los árboles estaban tan pomposos y verdes, había tan dulces murmullos en las hojas, las flores despedían tan grato perfume en la pradera, los pájaros cantaban tan alegremente aderezando su nido, y volaban sobre las zarzas tan lindas mariposas!... La niña de la caperucita se metió pasito á pasito por el bosque, y se fué á oír el murmullo de las hojas y el canto de los pájaros, y se puso á recoger flores y cazar mariposas, y... dejó lejos la carretera.

¡Ah, Señores, nosotros obramos como ella, y como ella... encontramos el lobo!

Y nosotros sabíamos bien el camino, sabíamos bien que no debíamos ir por el bosque, ni correr tras los pájaros, ni entretenernos en recoger flores, ni en perseguir á las mariposas.

¡Ah, qué locos somos, Señores, y qué incorregibles en nuestra locura!

Á Dios, á Dios es á quien deberíamos tener de continuo presente á nuestra vista; á Él es á quien deberíamos dirigirnos, puesto que Él solo es quien puede llenar nuestros deseos, puesto que Él solo es quien puede realizar nuestras es-

peranzas, Él solo en quien podemos soñar sin que la ilusión invada nuestro sueño.

Y Dios... no quiero por cierto exagerar,—y hacedme el favor de no olvidarlo,—Dios tiene su puesto en nuestra vida.

Pero, Señores, ved dónde está nuestra culpa. ¡Nos forjamos como dos vidas: una que llenamos enteramente de proyectos, de planes, de preocupaciones, de trabajos, de sucesos y de deseos mundanos! Y al lado de esta, otra segunda que yo llamaría nuestra vida religiosa. ¡A ciertas horas, bien raras por desgracia, entramos en esta segunda vida; oramos, amamos á Dios en ese tiempo... y luego, pasada la hora, cerramos la puerta á Dios y nos entregamos totalmente á nuestros negocios!...

¿Sabéis cuál es el resultado más ordinario de esta separación insensata? Es el quedar abandonados, casi sin ningún auxilio, á todos los sufrimientos y á todas las desilusiones de nuestra vida primera.

¡Ah! ¿por qué no hacemos una íntima y profunda mezcla de estas dos vidas? ¿Por qué no persevera siempre con nosotros el pensamiento de Dios? ¿Por qué no hacemos á Dios el primero y principal confidente de nuestras alegrías y de nuestras penas, de nuestros fervores y de nuestros desalientos? Dejadme que lo repita,

¿por qué no le tenemos de continuo presente á nuestra vista?

Uno de mis amigos me refirió un día el hecho siguiente: Acababa de nacerle un hijo, el primogénito. Con inexplicable amor y gozo le recibió en sus brazos, le estrechó contra su corazón y le cubrió de besos; luego, no reteniéndole ningún temor junto á su esposa, corrió á anunciar la buena nueva á su madre, que vivía en la misma ciudad, pero á quien una enfermedad tenía enclavada en cama... Era de noche; las calles medio alumbradas por la rojiza llama de los faroles públicos estaban silenciosas; ningún ruido se oía fuera del ruido de sus pasos repetidos á lo lejos por ecos vagos y misteriosos; marchaba y soñaba... Todo dormía en la ciudad ¿pero qué le importaba á él? ¡La ciudad, el mundo para él, era su esposa, era su hijo, era él mismo, y ese mundo estaba de enhorabuena, era dichoso!... ¡tenía el cielo en su corazón! De repente, al volver una esquina, en el fondo de una gran plaza vacía, apareció ante él la negra silueta de la catedral, con sus grandes ventanales de colores, á través de los cuales se notaban los pálidos rayos de una lámpara que ardía ante el altar.

¡Oh, también allí hay alguno que está en vela... es verdad!...

Y de repente le embarga el pensamiento de Dios, lágrimas y sollozos pugnan por brotar de su corazón, cae de rodillas, con la cabeza descubierta, solo en medio de la plaza, en el silencio de la noche, y exclama: «¡Gracias, Dios mío!... ¡gracias!... ¡Oh, gracias os doy con toda mi alma! ¡Ah, que bueno sois para nosotros! ¡Gracias por mí, gracias por ella, gracias por nuestro hijito!...»

De esta suerte, Señores, va el corazón cristiano á Dios en todas sus grandes alegrías, y lo mismo en todos sus dolores...

Está muy bien, pero esto no basta: debería acudir á Él en todo tiempo.

¡Ah, Señores, cuánto más dulce sería entonces la vida, cuánto más fácil el cumplimiento del deber, con cuánta mayor claridad veríamos las cosas, qué crueles desengaños evitaríamos á nuestro corazón, y cómo aumentarían nuestros gozos!...

Pero me diréis: «En resumidas cuentas el remedio que nos estáis proponiendo para las ilusiones de la vida se reduce á que nos hagamos santos».

Ciertamente, Señores, no os equivocáis: ese es el único remedio. ¿Queréis permitirme una cita de doce líneas?... escuchad:

«El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir á Dios Nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado. De donde se sigue, que el hombre tanto ha de usar de ellas, cuanto le ayuden para su fin; y tanto debe quitar de ellas, cuanto para ello le impiden; por lo cual es menester hacernos indiferentes á todas las cosas criadas en todo lo que es concedido á la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohibido... solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados» (1).

Yo os desafío, Señores, á encontrar una doctrina más profunda, y una salvaguardia más segura contra la ilusión.

Pero, como decíais muy bien, esa es al mismo tiempo la doctrina fundamental de la santidad.

¡Sí, ese es el remedio, el único y seguro remedio! ¡Seamos, pues, santos!

¡Ay, Señores, qué pronto se dice eso! ¡Pero cuánto cuesta el realizarlo!... ¡Muy bien lo sé!...

(1) *Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola. Principio y Fundamento.*

Y, sin embargo, no hay otro remedio... ¿Queréis libraros de la ilusión?... no pongáis vuestra felicidad y vuestras esperanzas donde no están, donde no pueden estar, en las criaturas efímeras y engañosas. Colocadlas en Dios, porque solo Dios responde á vuestros deseos y á vuestras esperanzas. ¡Dirigid vuestras miradas á Dios, y dejad pasar todo lo demás!

Aquí podría concluir, Señores, pero sería con el sentimiento de no haber respondido á una objeción que os ocurre quizás. Alejandrina de la Ferronays hizo un día esta oración, encantadora por su ingenuidad: «¡Señor, yo bien quisiera ser santa, pero me parece que eso sería tan enojoso!...»

¡También vosotros os habréis dicho quizá que una vida enteramente dirigida hacia Dios debe ser muy enojosa, muy fastidiosa!...

Desengañaos. ¿Creéis que para dirigir la mirada incesantemente á Dios, para no perder de vista vuestros destinos, será preciso abandonar todas las cosas de este mundo, apartar los ojos y el corazón de las bondades y de las bellezas que Dios ha puesto en ellas, matar en nuestra alma todas las aspiraciones que constituyen su vida, y correr como un San Jerónimo á refugiarse en una cueva salvaje y golpear el pecho con una piedra?

¡Vamos, Señores!

¡No está Dios tan lejos de nosotros, que para encontrarle necesitemos salir de nosotros mismos!...

Y bien, Señores, ¿no es Dios quien ha hecho esas cosas de acá abajo que nos encantan, y no las ha hecho para nosotros? ¿No está Dios presente en cada una de ellas?

¿Cómo habrían de existir si no estuviera allí Dios para sostenerlas en todo momento?... ¡Si retirara de ellas su mano, se desvanecerían en la nada!

¿No es Dios el que obra en cada una de ellas para dar á cada cual su actividad propia y su energía? ¿No es Él quien despliega los botones de las flores y les comunica su aromático perfume? ¿No es Él quien sostiene al águila en el espacio y hace rugir al león en los desiertos? ¿No es Él quien empuja las nubes y sacude las ondas de los mares? ¿No es Él quien presta al genio su vuelo, al alma su grandeza, al corazón sus ternuras? ¿No se derivan de Él á los hombres todo poder, toda bondad, toda dulzura, todo encanto, toda belleza, todo amor, como del sol nos viene la luz á través de los espacios?

¡Oh, no, no es preciso que apartéis la vista de las cosas de aquí abajo! ¡Dios está en ellas! ¡Dios se mira en ellas como en un espejo!

¡Amadlas! ¡Amadlas cuando en ellas se reconoce á Dios, es amar al mismo Dios!

¡Gozar de ellas es gozar de una parte de Dios mismo, es comenzar su cielo acá en la tierra!

¡El cielo! el cielo!

Se han hecho del cielo, Señores, para ponerle al servicio de las diferentes edades de la vida, descripciones bien fantásticas. Para los niños consiste el cielo en dulces manjares servidos en vajilla de oro. Los pintores de la Edad Media le dibujaban bajo el aspecto de una gran sala en los aires, donde los ángeles, las vírgenes y los mártires colocados en las diversas gradas de un gran círculo fijaban sus ojos en un triángulo equilátero en que estaba circunscrito un ojo inmenso. Semejante cielo, os lo confieso, ha tenido siempre para mí poco atractivo; si las almas no fueran inmortales, me costaría trabajo el concebir que no murieran de fastidio.

La teología católica tiene acerca de este punto algunos principios, pocos en número; pero, enunciados como se hace ordinariamente, tienen el defecto de las fórmulas algebraicas, no dicen nada ni á la imaginación, ni á los sentidos, ni al corazón.

Cuando se nos dice que la felicidad del cielo consiste enteramente en la contemplación eterna de la esencia divina, yo, ¡pobre de mí! que

no sé siquiera lo que es una esencia, ó que al menos no me formo de ella un concepto bien claro y distinto, tengo trabajo en comprender el gusto que puede hallarse en pasar toda una eternidad en la contemplación de una esencia.

La verdad, ¡casi prefiero el triángulo!

En cuanto á mí, Señores, cuando concibo el cielo para mi uso y gobierno, me le forjo con menos aparato científico: recapitulo en mi memoria todos los goces de que he gustado en mi vida, imagino todos los que ignoro, acumulo todas las bondades, todas las dulzuras, todos los encantos de todas las cosas de este mundo; elevo al infinito todas esas dichas y bienandanzas mortales, y me digo: ¡el cielo es todo eso; todo eso en mi corazón, todo eso en mis brazos, y todo eso para siempre!...

Y observad que estoy en lo cierto y verdadero. He aquí lo que leo en un teólogo que enseñó en este mismo lugar: «La felicidad del cielo—dice Lessio—es la posesión del bien supremo. En la visión de Dios nos apoderamos de Él como con ambas manos, le tenemos estrechamente apretado contra nuestro corazón, poseemos aquel sumo bien como bien nuestro, y que se nos ha dado para que de él disfrutemos, de tal modo que esté en nuestra mano el gustar de toda su dulzura, el saborear sin fin

todos los deleites que brotan de él como de su fuente» (1).

Ahora bien, Señores; si de tal modo podemos gozar del Autor de todas las cosas, ¿no es evidente que gozaremos en Él de todas las dichas que pudieran proporcionarnos las cosas mismas? que el beber en esa copa inmensa sobrepuja, como el infinito á la nada, al gustar esas gotitas de gozo que las criaturas dejan caer en nuestra alma, y que sin embargo bastan para encantarla y sacarla fuera de sí?...

El año pasado visitaba yo en compañía de algunos parientes y amigos una de las maravillas del mundo: la gruta de Han.

Durante tres horas caminamos bajo aquellas sombrías bóvedas. Siente allí el alma emociones singulares.

Aquellos bloques desprendidos, arrojados los unos sobre los otros en solenne desorden; aquellas masas enormes, amenazadoras, sus-

(1) *Nam visione veluti manus complexu apprehendimus, firmiter tenemus et possidemus ipsum Deum, tamquam bonum nostrum, nobis ad fruendum datum, ita ut in nostra potestate sit ejus dulcedine frui et omnes voluptates, quae ex ipso hauriri possunt, sine fine percipere.* (Lessius, *De Summo Bono*, l. II, cap. IV.)

pendidas sobre nuestras cabezas, y todas guardadas de estalactitas, como de un vestido salvaje de gigantescas franjas; aquellas galerías estrechas sirviendo de lazo de unión á vastos templos, cuyas cúpulas parecen lanzadas en los cielos, y aquel río que surge de repente como de un abismo para precipitar sus aguas más lejos en otro abismo, todo aquello hace pensar en los trastornos febrilmente realizados por los rebeldes Titanes.

La roja luz de las linternas se refleja en los muros pálida y siniestra sobre figuras de fantasmas oscilantes; el férreo calzado del guía, al avanzar pisando con fuerza, resbala sobre las rocas y retumba como un gemido de alma en pena; diminutos hilillos de agua se deslizan por todas partes, se diría que eran corrientes de lágrimas; la atmósfera es misteriosa, congela, oprime y estrecha el corazón.

Es el horror de los bosques sagrados y de las cavernas santas.

Solo, en aquel antro, sentiríase uno anonadado; se asfixiaría en aquel aire mefítico, moriría en aquella noche sin luz... Y he aquí que aquella noche sombría se torna aún más tenebrosa, se apagan las linternas, y el viajero, sentado en una barca, navega silencioso sobre las aguas profundas y negras... No se oye otro ruido que

el que producen los golpes de los remos y los cabrilleos de las olas al avanzar... ¿Á dónde se va?... De repente, á lo lejos, sobre las oscuras aguas que mugen, se desliza como una esperanza un rayo de luz. ¡Rememos! ¡Oh, rememos aprisa! ¡Es tan buena para el alma la esperanza!

¡Luego, súbitamente, al volver de una roca inmensa, bajo las arcadas de la bóveda que abrazan el río, resplandece como un rayo en toda su plenitud la radiante luz del día!

¡Oh, cómo explicaros lo que entonces experimenta el corazón!... ¡Oh, cómo palpita en el pecho! ¡Oh, qué bellas son esas yerbas cuyo fresco tapiz se extiende á lo lejos! ¡Qué bellos son esos árboles que balancean en el azul del cielo su flexible corona! ¡Qué bello es ese sol que dora las espigas de los campos! ¡Esto es la luz que reaparece, la dicha que vuelve, la vida que renace como al salir de una larga permanencia en la tumba!

Pues bien, Señores, me parece que el momento de la muerte, la primera aparición del cielo, será para el alma una cosa semejante á la referida sensación.

¡Sí, nos asfixiamos en este mundo; sí, nos sentimos con el corazón oprimido; sí, nos falta la luz; sí, todos esos fantasmas de felicidad y de amor que danzan en derredor nuestro, como los

espectros en las landas de Bretaña; sí, todos esos fantasmas nos silban aquí y se burlan de nosotros! Sí, sufrimos acá abajo; sí, llevamos el alma desgarrada y chorreando sangre; sí, la vida es penosa... Mas he ahí que llega la hora... las pálidas antorchas de la tierra se extinguen, se cierra la noche haciéndose más tenebrosa, reina en todas las cosas el silencio... Es la muerte que se acerca... Allí está... Ved allá el primer rayo de ultratumba, el primer rayo de esperanza deslizándose sobre las ondas. ¡Rememos, Señores, rememos aprisa!... ¡Ved ya la luz, la inmensa, la radiante luz!

¡Ah, todo ha concluído!...

¡Oh alma mía! ¡Oh pobre alma mía, no llores ya más! ¡Todo ha concluído! ¡Restaña la sangre de tus heridas! ¡Todo ha concluído! ¡Mira! mira! ¡He ahí el cielo, ahí tienes á Dios!

Señores, ¡qué grato será entrar allí! ¡Cómo harán saltar de gozo divino á nuestros corazones aquellas primeras llamas del eterno amor! ¡Qué dicha será estrechar en nuestros brazos aquella eterna belleza de la que nuestras almas, tan ardorosamente sedientas y por tan largo tiempo desheredadas, van á gozar por fin eternamente!

¡Oh, cuán grato será encontrar allí á aquellos á quienes habíamos amado y que habían

partido de este mundo antes que nosotros! ¡Qué consolador será esperar allí á aquellos á quienes amábamos y que hemos dejado todavía en la tierra!...

¡Qué dicha será amar á aquel gran Dios!...
¡Qué dicha amar á aquellas almas... y allí al menos, Señores, amar en paz!

¡Sí, en paz... porque allí no habrá ya ni olvido, ni abandono, ni separaciones, ni muerte, ni esas traiciones que son peores que la misma muerte!

¡Esto, amados jóvenes, ya no es sueño!

¡Esto ya no es ilusión!

¡Esto es fe!

A. M. D. G.

LIBERTAD

Remember your soul and liberty.
Acordaos de vuestra alma y de
vuestra libertad.

(BRIGIDA STRUENTY.)

OBRAS AMENAS
DEL
P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

LIBERTAD
CONFERENCIA FAMILIAR

CUARTA EDICIÓN



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO
IMPRESA DEL CORAZÓN DE JESÚS
Muelle de Marzana, núm. 7.

1902

—
ES PROPIEDAD
—



MONSEÑOR, SEÑORES (I):



UANDO Ulises después de su larguí-sima odisea llegó por fin á pisar el suelo de la patria, encontró en Ítaca su palacio, su mujer, su nodriza y su perro.

Todo había envejecido, pero nada había cambiado: Ulises reconoció tan perfectamente todas las cosas, y las encontró tan bien colocadas cada una en su antiguo sitio, que la misma Penélope, desconfiada hasta entonces, le reconoció por tan inequívoca señal.

Si en nuestros días, después de una ausencia tan larga regresara un emigrado cualquiera á

(1) Se dió esta conferencia á la Sociedad general de los estudiantes de Lovaina, en presencia de su ilustre Vicerrector Mons. Cartuyvels.

su país, quizás encontraría también su perro, su nodriza y aun á Penélope; pero de seguro, á causa de los tiempos en que vivimos, de ensanches y embellecimientos de las poblaciones, de caprichosos derribos, de calles rectificadas, de expropiaciones forzosas, correría gran riesgo de no encontrar su casa, y llegaría á dudar si estaba en Ítaca.

¿Y no hay, Señores, ninguna otra cosa, más que las casas y las ciudades, que de tal manera cambie? Cuando á los cuarenta ó á los cincuenta años llega un hombre á reconcentrarse en sí mismo, y sin salir de su espíritu, emprende un viaje de regreso para volver á ver lo que era á los veinte años, le aguardan y le impresionan vivamente las mismas sorpresas... Busca, pero sin encontrarlas, sus ideas, sus convicciones de entonces, sus admiraciones y sus entusiasmos, sus sentimientos generosos y la energía de sus años juveniles. También allí se han hecho expropiaciones, expropiaciones por largas zonas; también allí se ha derribado, se ha reformado, se ha reconstruído tanto, que apenas uno mismo se reconoce.

¡Quedan en pie tan pocas cosas de nuestro espíritu de veinte años! Maravilla el ver cómo un mismo espíritu en tan poco tiempo haya llegado á ser tan diferente de sí mismo.

Esta mirada retrospectiva á los pensamientos de otro tiempo, tiene sus lados útiles, y se puede sacar de ella mucho provecho. Dar esa mirada retrospectiva fué lo que hice yo hace dos años al hablaros de *La Ilusión*, y otro tanto es lo que pienso hacer hoy al hablaros de la *Libertad!*

¡Libertad! ¡Oh, cuán gratamente vibraba esta mágica palabra en nuestros labios á los veinte años!... Erguíamos la frente para pronunciarla con noble altivez, y sonaba á nuestros oídos como deleitosa música: «Dios, patria y libertad;» no había para nosotros en el mundo más que estas tres religiones, y las tres recibían culto en nuestros corazones juveniles. Desde el comienzo de nuestros estudios de humanidades, ¿qué otra cosa hemos hecho que levantar altares en nuestras almas á Dios, á la patria y á la libertad?

¿Qué hemos retenido de aquellos autores latinos y griegos que durante tanto tiempo solicitaron nuestra atención y nuestros estudios, sin obtenerlo siempre? Entendíamos á medias su lengua; sabíamos así, así, su gramática; apenas si lográbamos recitar de memoria algunos trozos de sus obras: pero habíamos chupado el

jugo de sus pensamientos; habíamos bebido su espíritu. Teníamos el alma llena de recuerdos de Roma y de Atenas; habíamos pasado seis años en medio de las luchas del tribunado por reivindicar sin tregua ni descanso la libertad del pueblo, y nos colocábamos del lado de los tribunos; habíamos asistido á los combates de la Galla contra la invasora Roma; luchábamos también nosotros en unión de los rubios guerreros de Germania; habíamos escuchado en nuestros bosques aquellos cantos de libertad, inspirados por vírgenes coronadas de yedra y encina.

Habíamos oído la voz de Tácito, seca y agitada en su contenida indignación, caer vengadora como un martillo de acero sobre la frente de todos los despotismos.

Habíamos escuchado á Demóstenes fatigando los ecos de la tribuna de las arengas, y luchando él solo, como un ejército, para hacer frente á las invasiones de Filipo contra la libertad ateniense.

Y todos estos ejemplos, deslizándose uno en pos de otro en nuestros corazones, habían abierto en ellos un surco, donde ocultaba sus raíces el invencible amor de la libertad.

Aquella enseñanza del alma que nos venía de las letras por carambola y sin que lo advirtieran los mismos profesores, que creían no enseñarnos otra cosa que palabras y frases, encontraba un singular apoyo en nuestras lecciones religiosas.

Ese pequeño catecismo, que parece no estar hecho más que para enseñarnos la ley de nuestro espíritu y de nuestra voluntad, es incontestablemente de todos los libros del mundo, aquel de donde brotan las más altas y más arrebatadoras lecciones de libertad...

La historia de la Iglesia, tan llena de lágrimas y de sangre, donde los calabozos, las cadenas, el anfiteatro, el hacha, las fieras parecen cebarse en el cristiano, como en una presa que les perteneciera de derecho, ¿qué otra cosa es sino una lección suprema de libertad?... Mueren esos mártires, es verdad, y al verdugo después de haber enjugado la sangre de su espada, le parece que puede á satisfacción regocijarse en su triunfo.

Pero al través de los siglos sucesivos no habrá un solo hombre de corazón, que al recuerdo del verdugo y del mártir, no escupa al rostro del verdugo y no se arrodille con la frente inclinada ante el mártir. ¿Creéis vosotros que no hay un poder inmortal en el derecho violado, hollado, asesinado por la fuerza bruta?

¿Creéis que cuando veo al César, sí, á él, el fuerte, con sus lictores y su ejército, cortar el cuello á una santita como Santa Lucía, á una delicada virgen, á una niña de dieciséis años que no tiene nada para defenderse, creéis vosotros que yo voy á inclinarme ante César?

Tierna y pura como una flor, de sangre nobilísima, apenas desposada, es conducida delante del Prefecto de Siracusa. Se le ordena que sacrifique á los ídolos, y ella rehusa.

El Prefecto insiste; pero ella rehusa siempre, porque cree en Jesucristo, se ha desposado con él, y no hará traición ni á la libertad de su fe, ni á la libertad de su alma.

Hablaba maravillosamente la joven, y su voz encantaba como una melodía los corazones de los asistentes, por lo cual se vió al cobarde Prefecto, recurrir á este argumento de todas las tiranías apuradas:

—Veremos lo que dices cuando te mande azotar.

—Dios me inspirará,—respondió la niña,—pues no soy yo quien os hablo, es el Espíritu Santo que está en mí.

—¡Ah! ¿con que está en tí el Espíritu Santo?

—¡Sí, él habita en las almas puras!

—Entonces tengo un medio de arrojarle de

tí.—Y mandó que la condujeran á los lugares infames.

Un súbito estremecimiento recorrió los virginales miembros de Lucía; palideció, mas de repente, recobrando su valor y noble altivez: «Allí también está Dios,» exclamó.

¡Sí, allí también estaba Dios!

Avanzaron los lictores, cogieron á la virgen por los brazos, quisieron arrastrarla; mas ella, inmóvil como una estatua de mármol blanco, firme en el suelo como una roca, no se movió ni un punto. Aquellos bárbaros se enfurecieron y encarnizaron; sus manos forzudas al agarrarla se introducían en las carnes de la virgen junto con los pliegues de la blanca túnica que las cubría; sacudíanla como se sacude á un árbol que se quiere echar á tierra; pero ella sonriente, invencible, se mantenía siempre en pie.

—¡Que la quemem!—exclamó el Prefecto.

Colocáronse pués haces de leña en derredor de la virgen y se les pegó fuego... Las llamas subieron chisporroteando, pero sin tocarla; respetuosas y acariciadoras formaron en torno de ella una especie de gloriosa guirnalda.

—¡Matadla!—gritó el tirano vencido.—Y un soldado le traspasó el cuello con su espada.

Cayó la virgen toda cubierta, como de púrpura, con la sangre que brotaba de la herida.

Cayó, pero pura y libre.

Y después de esto, ¿podría yo amar á César?...
¡Vamos!...

¡No, no! me arrojaría sobre aquella tierra ensangrentada para venerarla, besaría los pies y las manos de aquella heroica niña; los lavaría con mis lágrimas, y cuando me levantara con los labios tintos en su sangre, se formularía en el fondo de mi corazón un juramento, solemne como los de un bautismo: aborrecer á César, y morir, si era preciso, por la causa de la asesinada; porque sentiría aquí en mi alma, que su causa era la causa del derecho, de la justicia y de la libertad.

En nuestra edad juvenil no recibíamos más que esa enseñanza literaria y esas lecciones religiosas propias para inflamar en nuestros corazones esos grandes entusiasmos; por otra parte el tiempo en que vivíamos, los ecos que nos llegaban de ambos mundos, el aire mismo que respirábamos y que pesaba entonces sobre la Europa, todo estaba impregnado de ese grande y generoso amor.

El Nuevo Mundo se nos representaba allá en las lejanas brumas del Océano, á través de las páginas inmortales que acababa de consa-

grarle Tocqueville; el Antiguo en los modelos de elocuencia inglesa hojeados en los colegios, en Montalembert, en Lacordaire, en Broglie, en toda esa falange de genios, aparecida por decirlo así, en el mismo día y á la misma hora, muda entonces bajo el férreo pie del Imperio, pero bramando y arrojando á intervalos gritos que resonaban de un confín á otro del mundo.

¡Y la Polonia y la Irlanda! ¿Qué discurso se pronunciaba entonces, aun en la cátedra sagrada, que no contuviera una protesta ardiente, indignada, y que marcara con hierro candente á los carceleros de esas dos naciones encadenadas?

Nos llegaba con el eco sonoro la gran voz de O'Connell hablando á los irlandeses su noble y vigoroso lenguaje; nos llegaba sobre las brisas y con los perfumes de Erín, de la verde Erín, la esmeralda de los mares. La escuchábamos en Clarke, cuando peroraba ante 5.000 irlandeses pendientes de sus labios:

«Hombres de Clarke—decía—vosotros sabéis que la única base de la libertad es la religión; habéis triunfado, porque vuestra voz, que se ha levantado por la patria, de antemano se ha exhalado en oraciones delante del Señor.

»Ahora déjanse oír en nuestras campañas cánticos de libertad; sus sonidos recorren nues-

tras colinas, llenan nuestros valles, murmuran en las aguas de nuestros ríos y torrentes, y con sus voces de trueno gritan á los ecos de nuestras montañas: «¡La Irlanda es libre!»

¿Sería yo injusto, Señores, por aplicaros esta historia de nuestras primeras emociones de la juventud? ¿Habré olvidado que nos separa toda una generación? Me parece que no.

Porque al fin esos autores que formaban nuestro alimento, forman también el vuestro; los libros que nosotros leíamos, los leéis también vosotros, y si escucháis el estribillo que hoy día repite nuestro siglo, observaréis que es el mismo de entonces: «¡Libertad! ¡libertad!»

No me engaño pues si os supongo formados á nuestra imagen, y si juzgo de lo que pasa en vuestras almas y en vuestros corazones por lo que pasaba en los nuestros.

En los nuestros había, como acabo de decir, un grande, un inmenso amor á la libertad; pero amor que llevaba consigo una admiración entusiasta y un gran aprecio del hombre.

¿No habíamos visto á esa inteligente criatura, á través de los siglos de su historia, siempre amante de la libertad, marchar altiva y con la

frente levantada, sin poder sufrir yugo alguno, rebelde á todas las tiranías, y, tarde ó temprano, á precio de su sangre, vencedora de todos los despotismos?

Sí, el hombre nos parecía bello, grande y noble, y espontáneamente hubiéramos exclamado ante él, como Dios cuando salió de sus manos esa real criatura: «¡Oh, sí, es buena, es muy buena!»

¿Habéis visto al águila en el cielo, balanceándose con calma y fortaleza entre el abismo de abajo y la inmensidad de las alturas?

Es libre, es reina. El abismo inferior es suyo, le pertenece, puede bajar á él y le contempla con su mirada; la inmensidad superior es suya, le pertenece, puede remontarse á ella y la penetra con su ojo escrutador.

¿Habéis visto al león de pie sobre las rocas que limitan el desierto?

Es libre, es rey. Aquel suelo que huella y que escarba con sus garras poderosas le pertenece; aquel desierto que barre con sus miradas es suyo. Vedle: sus músculos de acero se crispan, su melena ondula al viento, ruge, salta, roba, destroza; ¡es el señor en su imperio!

Lo mismo es el hombre: libre y rey. La tierra le pertenece, la ha dominado; el cielo le pertenece, le ha sondeado; y más allá del cielo

de los astros, el cielo del pensamiento le pertenece. Como el águila vuela, como el león reina cual poseedor y dueño de todo eso.

No pongáis cadenas ni esposas á esos seres libres, á esos reyes; las romperían: no les forjéis un yugo; su frente no se ha hecho para soportarle.

Los Estados Unidos, Señores, han levantado á la entrada de uno de sus puertos una estatua colosal. Con los pies fijos sobre una roca batida por las olas y la faz vuelta al Océano, mira á lo alto y levanta sobre su cabeza la mano hacia el cielo sosteniendo en ella un faro resplandeciente. Así es como nosotros hemos levantado en nuestra alma y en nuestro corazón la estatua del hombre.

Los pies sobre la tierra que domina, la faz vuelta al Océano que ha subyugado á su imperio, los ojos levantados al cielo de los pensamientos y de los amores sublimes, y en la mano la antorcha de la libertad.

Varias circunstancias me han puesto en ocasion frecuente de ver águilas y leones en el jardín de aclimatación de Amberes. Son en general animales muy pacíficos. El águila, de pie

sobre una roca de cemento romano ó sobre un tronco seco, tiene unos soberbios ojos negros bajo unas cejas ligeramente fruncidas; muchas veces la he mirado, y me ha mirado: pues bien, francamente, jamás he descubierto ni en su mirada ni en su actitud la menor señal de querer destrozarse el cráneo contra los barrotes de su jaula. Otro tanto puedo decir del león. Con tal que el encargado de cuidarlos les sirva á tiempo sus manjares, los trozos de carne y los huesos que descarnan, esos reyes, esos libres parecen aceptar su suerte, su esclavitud, con muy gran paciencia.

¿Sucederá lo mismo con el hombre? ¿habrá respecto de él, como respecto del león y del águila, el hombre de los libros, de los historiadores y de los poetas, y otro hombre, el hombre verdadero, el hombre de carne y hueso con quien nos codeamos cada día en las calles?... ¡Puede ser!... En el tiempo de los estudios es ciertamente con el primero con quien hemos estado en relación; después, ya estamos con el otro. Veamos de cerca, si lo tenéis á bien, á este otro hombre.

Pero antes de pasar adelante en nuestra investigación, quizá sería útil fijar clara y neta-

mente lo que entendemos bajo el nombre de libertad. Si á alguno se le hubiera ocurrido preguntarnos acerca de este asunto al salir de nuestros estudios de humanidades, nos hubiéramos visto muy embarazados para responderle.

En nuestro entendimiento de veinte años, al oír esa palabra se despertaba una idea, pero muy vaga, mal determinada, y como un pedazo de tela desliada en los extremos.

Más tarde, estudiando filosofía moral, se nos han ofrecido las definiciones por docenas, netas, precisas por entonces, pero tan inesperadas en su mayor parte, que ya no reconocíamos en ellas á nuestra libertad de antaño. Siempre me acordaré de haber asistido á la disertación de un hombre muy sabio y muy hábil, según mis amigos, el cual para definir la libertad humana, partía de la libertad divina — ¡sin duda conforme al principio de que es preciso pasar de lo conocido á lo desconocido! — y llegaba á este resultado curiosísimo: que el ideal de la libertad era no ser libre. No se expresaba precisamente en estos términos; pero en el fondo á esto equivalía su conclusión. No le imitemos nosotros, Señores, por sabio que fuera; y no haciendo, como no hacemos aquí un curso de filosofía, nos pondremos más al alcance de todos.

Yo sé que tengo deberes que me obligan:

deberes para con Dios, deberes para conmigo mismo y deberes para con los demás.

Yo sé que sometiéndome á esos deberes obro bien, y que violándolos obro mal.

Sé todo eso, pero conozco y siento á la vez que puedo someterme á ellos ó violarlos, según que mi voluntad se determine á lo uno ó á lo otro. Más aún.

Conozco que no me hallo coartado ni á cumplir mi deber ni á infringirle. Ahora bien; puedo verme coartado por dos fuerzas: la fuerza material y la fuerza moral.

Yo no quiero verme sujeto ni á la una ni á la otra; que ellas me soliciten al bien ó al mal ¿qué importa? yo no quiero ese yugo, no quiero ese impulso, quiero mi libertad de obrar bien ó mal; y así es como yo la entiendo. Cicerón la había definido con un buen sentido admirable: *Potestas vivendi ut velis*. «La facultad de vivir como quieras.» Esa es, por cierto, esa es mi libertad de los veinte años.

Ahora bien, Señores, de la libertad así entendida yo no me pregunto si es ó no es legítima, si es de derecho natural ó de derecho positivo, si es menester admitirla en tesis ó simplemente en hipótesis; me guardaré bien de suscitar esas cuestiones peligrosas, no tengo maldita la gana de jugar con fuego, quien con

él juega suele abrasarse, y harto me ha probado mi experiencia que el quemarse no tiene nada de grato.

¡No! yo solo me pregunto sencillamente si en verdad el hombre es tan amante de la libertad como parece serlo, si la tiene verdaderamente en gran estima, si es cierto que siente repugnancia á la coacción y sujeción, si en realidad se le hacen insoportables el yugo y las cadenas. He ahí la cuestión, no trato de ninguna otra.

¡Veamos!

Os habrá sucedido, Señores, al menos cuando erais niños, asistir á reuniones ó espectáculos en que hacían pasar ante vuestros ojos lo que en lenguaje de feria suelen llamarse cuadros disolventes. Sobre una tela ó fondo blanco se os presenta allí la vista de algún monumento célebre ó de alguna gran ciudad ó de algún bello paisaje, clara, precisa, brillante y luminosa.

Quedáis como absortos y en contemplación delante de ella.

De repente, por detrás, allá en vaga lontananza, aparece una iluminación indecisa, que no borra por completo la vista primera, pero la debilita y la envuelve en una niebla. Bien pres-

to la nueva aparecida marca su silueta, y la anterior palidece y se va extinguiendo: en fin, la nueva se destaca con rasgos puros y distintos, en plena luz, y de la primera no queda absolutamente nada.

Es muy divertido ver esos cuadros disolventes; el lienzo les recibe y les da paso sucesivamente y despide á unos en pos de otros, sin guardar de ninguno de ellos el menor vestigio ni recuerdo.

De un modo semejante, Señores, la tela de nuestro corazón recibe también, da paso y despide á unos en pos de otros, amores disolventes, y adoraciones disolventes, y caprichos disolventes: y si de alguno de ellos conserva algún recuerdo, de ninguno guarda vestigios bien marcados. Los dioses se van sucediendo en el trono que se les levanta, pero ninguno encuentra allí un templo permanente. Es cierto que no destronamos bruscamente al dios del momento, al dios actual; no, le consideramos indudablemente como nuestro dios, como nuestro único dios... pero detrás de él, allá en lontananza admitimos vagamente un dios nuevo, al cual empezamos á arrojar migajas de adoración. Solo que este dios no está todavía en su punto; avanza sin embargo, y sigue acercándose, y recibe de nuestras adoraciones una parte cada

vez mayor, á expensas de la parte del dios viejo, que va empobreciéndose gradualmente, hasta que un día las recibe todas: colocado de frente y en pie, suplanta y echa por tierra al dios que le precedió, y sube á ocupar su puesto en el altar.

El joven á quien acabamos de ver recién salido de los estudios, simpático por su sencillez y candor, lleva en su alma esa bella divinidad de la juventud: la libertad. La ama, la idolatra, le presta juramento de fidelidad.

Mas he aquí que al primer paso que da en el mundo, á la primera vuelta de su camino, se encuentra de improviso cara á cara con un dios nuevo: el oro.

Dios verdaderamente extraño, Señores, y que se encarna bajo una multitud de formas particulares según la naturaleza y el cuño de la moneda de los diferentes países del mundo. Tomad una moneda de oro de un país cualquiera. ¡He ahí el dios! ¿Y qué es esto? No me contradiréis, estoy seguro, si os respondo: es oro acuñado... ¿Y qué es el oro? El oro es un metal rojo, cuando se le ve en piezas de un espesor bastante grande; verdoso, cuando se le mira al través en láminas muy tenues. ¡Su densidad, y

todo lo demás... todo eso ya lo sabéis perfectamente vosotros, señores químicos!

¿Y eso es, y ahí está el nuevo dios? ¡Sí, ahí está el nuevo dios, y no vacilo en decir que es un dios poderoso!

Mirad esa monedita redonda, brillante y sonora; vuestros ojos no experimentan gran placer con su vista, vuestros dedos, acariciándola, no se estremecen apenas con su tacto, vuestros labios sienten repugnancia á su gusto insípido, si vuestros oídos se complacen un momento con su sonoridad vibrante, bien pronto la hallarán monótona, pero arrojada en las olas del mercantilismo humano, como en los cuentos de Aladino se arroja la varita de la virtud en el mar; y en seguida, apresuradas, sonrientes, halagadoras, correrán hacia vosotros todas las alegrías, todas las dulzuras, todas las suavidades, todas las delicias con los brazos abiertos para estrecharos en ellos! ¡Las tendréis á vuestros pies cautivas y sumisas, os adormecerán en la embriaguez de sus caricias!... ¡He ahí el dios!

Sí, es un dios poderoso.

Acércase al joven, y le dice: «¡Trabaja, y me entregaré á tí!» Y el joven escucha. ¡Y trabaja! ¡Ah! ¡eso está bien, Señores! ¡Está muy bien! Jamás he visto sin emoción al obrero cuando

al caer de la tarde, los sábados, se acerca con sus herramientas al hombro, á su patrón ó su jefe para cobrar el salario de la semana: descubre con una mano su frente varonil, por la que se deslizan aún como perlas algunas gotas de sudor, y alarga la otra.

¡Ah! ¡No es aquel el gesto suplicante del ruego! ¡No, es la expresión respetuosa, pero altiva y confiada del derecho!

He puesto mi trabajo: espero el oro prometido. Y el oro llega. En las manos de ese obrero, de ese padre, inmediatamente se trasforma, deja ya de ser oro... es un jubón ó un pañuelo para su mujer, una blusita, un juguete, un dulce para su hijo: es pan, es tal vez el sustento preciso, el fuego, la luz para todos. ¡Es felicidad, es gozo, es alegría! ¡Oh! ¡cuán bello es todo esto, Señores!

Ese padre ha dado su trabajo, es decir, algo de su sudor, de su sangre, de su vida, lo ha dado á la sociedad; la sociedad lo ha transformado en oro, y por un retorno admirable, ese oro, entre sus manos, se trasforma en sangre, en fuerza, en vida para él, para su mujer y para sus hijos. Es pues con su sangre y con su vida con lo que les alimenta; su sangre y su vida pasa á ser la sangre y la vida de ellos. ¡Sí, esto es sublime, esto es grandioso!

Pero, Señores, á los rudos obreros de la materia y del pensamiento se les entrega el oro con parsimonia y como á regañadientes. Y mientras que les descubre, como una tentación, los favores que guarda reservados... «¡Renuncia, les dice á cada uno sigilosamente, á una parte de tu libertad... ¡sirve! y yo me entregaré á tí en mayor abundancia!»

El nuevo dios se acerca, Señores; la libertad va á palidecer.

Muchos rehusan, muchos prefieren renunciar á esos nuevos favores del oro y guardar su libertad intacta. Pero, Señores, muchos otros aceptan y venden una parte de su libertad.

Se alistán en la casta de los criados y sirvientes.

Del obrero al criado, del trabajador al sirviente parece que no hay más que un paso. Sí, pero el paso es inmenso. El obrero, el trabajador, tiene un patrón; el criado y el sirviente tienen un amo, *sirven*; esta palabra lo dice todo. ¡He ahí al hombre tan amante de la libertad dando el primer paso bajo el yugo!

Estoy pronto á reconocerlo, el mal no es grande, el rasgón hecho á la bandera de la libertad apenas es visible: no han sujetado á servi-

dumbre más que el trabajo de sus manos, su corazón permanece libre... Por otra parte el contrato de venta no es eterno, está en su mano el romperle á cualquier hora. Sí, todo eso es verdad.

Yo, sin embargo, os rogaría que volvierais á leer el *Don Juan* de Molière: no hace mucho se citaba de él un corto pasaje en un discurso elocuentísimo, pero convendría repasar toda la comedia.

Hay en ella un criado, Sganarello, al servicio de un amo, D. Juan. En el contrato de su servicio no ha comprometido Sganarello más que el trabajo de sus manos, y puede rescindir ese contrato cuando quiera.

El tal Sganarello, contra lo que sucede de ordinario, tiene fe, honradez y buen sentido. Le repugna la vida escandalosa de su amo, y á veces se desborda su indignación... pero que frunza D. Juan el ceño, que le amenace con el bastón, ó que diga que le va á despedir, y al punto Sganarello hace traición á todo: al buen sentido, á la honradez y á la fe.

—¿No te parece que tengo razón para obrar de esta suerte?, le pregunta D. Juan después de una de sus infamias.

—Psché..., dice por toda contestación Sganarello.

—¿Qué? habla.

—¡Seguramente, señor, tenéis razón, si lo queréis; no se puede obrar en tal asunto de otro modo, pero si no lo quisierais, sería quizás otra cosa!

Todo el papel está en esa frase, y yo no conozco fórmula más completa y más acabada de la servidumbre.

«Tenéis razón, si lo queréis; no la tendríais, si no lo quisierais.» Esto es la aceptación absoluta, sin vacilaciones, sin reserva, del verso antiguo:

Sic volo, sic jubeo; sit pro ratione voluntas.

¿No estoy, Señores, otra vez dando golpes en vago al detenerme en esas consideraciones? Porque al fin hablo á un auditorio donde jamás el oro tentará á nadie proponiéndole semejante servidumbre. Todos vosotros estáis siguiendo esas carreras que se llaman liberales, porque solo ellas son propias de los hombres libres.

Pero, Señores, el hombre no sujeta á servicio solamente el trabajo de sus manos, puede sujetar igualmente el trabajo de su inteligencia. Es otra forma de sujeción y servidumbre, la más extendida tal vez en nuestros días.

Quitad de encima de las cosas los nombres

con que se las cubre, que son con frecuencia engañosos: observad bien. En ese innumerable ejército de escribientes, de burócratas, de funcionarios que se escalona por todas partes en nuestro país ¿qué otra cosa hay desde el más alto al más bajo, sino sirvientes y súbditos? Iba á decir criados.

La que sirve es su inteligencia, el trabajo de su ingenio es á quien encadenan; mas ¿qué importa? al fin sirven y están encadenados.

Al parecer, tampoco los tales, para obtener un poco de oro, han renunciado más que á una partecita de su libertad...

¿Es verdad esto?

¿Es verdad que conservan lo restante?

¿Es verdad que son libres?

¿Conque el oro no se ha cuidado de decirles algún día calladitamente al oído: «Tú tienes arraigadas en la mente ideas que me desagradan... guárdate de manifestarlas?»

Y muchos han respondido: «Bien, guardaré silencio.»

«Tienes en tu corazón amores y afectos que no son los míos, ahógalos.»

Y muchos han respondido: «Bueno, lo ahogaré todo en mi corazón.»

La libertad se ha velado el rostro; el oro su-
bía al trono.

Y lo dicho no es todo, ha llegado un día en que el oro ha exigido más.

«Detesta tus ideas, haz traición á tu conciencia, vende tu antigua fe, la fe de tus padres, búrlate de tus esperanzas, pisotea á tu Dios.»

Y muchos han respondido: «No hay inconveniente, venderé mi fe, detestaré mis ideas, haré traición á mi conciencia, pisotearé á mi Dios.»

Así, en tiempos no muy lejanos...—¿han pasado ya esos tiempos?—ante el viajero que abordaba las costas del Japón se tendía un crucifijo sobre la arena de la ribera: «¡Pasa por encima de él, pisotéale,» decía el oro!... «¡Es tu Dios,» gritaban la libertad y la conciencia!... y el desgraciado, pálido y temblando, vacilaba un instante ante esta traición suprema; mas, cerrando los ojos ante su propio crimen y alargando la mano al oro que se le presentaba de la parte de allá, pasaba por encima de Cristo.

¿Qué es lo que resta ya de libertad en esas almas?

Se han vendido, son esclavos; ya no son hombres, son cosas en manos de un dueño.

—Ese Duque de Enghien me estorba... que se le condene á muerte.

—¿Cuál es su crimen?

—Me estorba.

—Pero es inocente.

—Que se le condene á muerte; me estorba.

Y se encontraron jueces que doblaron su cerviz ante el oro que hablaba por boca de César.

Marcharon aquellos viejos soldados, con la frente inclinada, y crispada la mano sobre el puño de su espada, que parecía estremecerse de horror.

Era de noche, noche oscurísima, hubiéranla querido ellos más negra todavía para que mejor ocultara su vergüenza.

Siéntanse como jueces en Vincennes, en una cárcel silenciosa, y el Duque de Enghien acostado poco hacía, es arrancado bruscamente de su lecho y conducido delante de ellos.

El interrogatorio fué largo, ¡tenían tal deseo y empeño de descubrir al menos una apariencia de crimen en el infeliz cuya sangre se les pedía! Pero nada! Ante aquella víctima joven, bella, caballeresca é inocente, la conciencia de los jueces experimentó un sobresalto... Hullín escribió al cónsul en demanda de gracia... Partió la carta, y en medio del mayor silencio y

angustia, se esperó la respuesta... Á las cuatro de la mañana volvió el correo... La carta de Hullín estaba aún lacrada y sin abrir... la mano del cónsul había escrito en el sobre con su letra grande y nerviosa: «Condenadle á muerte.»

Los jueces se helaron de horror. Entre César y la libertad de su alma, ¿qué van á escoger?... No hubo vacilación, Señores... todos, uno en pos de otro, asieron la pluma temblando, y, comprimiendo en su corazón el derecho, la verdad, el honor, la libertad que pugnaban por rebelarse, escribieron como el amo les había dicho: «Condenado á muerte.»

Á las cuatro y media resonó una descarga cerrada en los fosos de la ciudad: el Duque de Enghien caía rostro en tierra con el pecho acribillado por veinte balas.

Existe, Señores, una cosa más repugnante y detestable que el oro exigiendo á un hombre el sacrificio de su libertad, de su conciencia, de su fe, exigiéndole sumergir ambas manos en la sangre de un justo...

¿Sabéis qué es? ¡Pues es el oro exigiendo á una madre el alma de sus hijos.

—¡Ah! ¡nos hallamos esta vez en plena historia contemporánea!

Ha ido la infeliz madre á tender la mano á la beneficencia oficial: sus pequeñuelos tenían frío, tenían hambre, carecían de vestido: el trabajo del marido no llegaba á satisfacer las necesidades de su familia.

Ha ido y ha encontrado el oro bajo la figura de un oficinista, personaje bien pagado, bien arropado, bien alimentado, y que desempeña á maravilla en la máquina administrativa el papel de un engranaje sin corazón; vulgarísimo por otra parte, y dotado de esa fatua impertinencia que parece de absoluta necesidad á esos empleados de baja estofa.

La pobre le ha tendido la mano, y él ha dicho á la infeliz: «Da á tus hijos los maestros que nosotros queremos y que tú desprecias, y entonces te llenaremos las manos. ¡Si no, no! No tendrás nada para ellos, no tendrás nada para tí, ni pan, ni carbón, ni aun médico cuando estén enfermos, ni siquiera un mal ataúd cuando mueran.»

La madre no ha respondido nada; mas cubriendo sus ojos con su delantal de labor, se ha puesto á derramar gruesas lágrimas, amargas y ardientes como la desesperación.

¡Oh lágrimas crueles! ¡oh lágrimas benditas!

¡oh lágrimas de una mártir! los ángeles os han recogido con sus manos indignadas; os han llevado á la presencia de Dios, y allí, al pie de Jesucristo, el Dios pobre, hijo de un pobre, hermano de pobres, allí gritáis ¡venganza! ¡Ah! ¡seréis escuchadas! y sobre la conciencia de mi patria pesaréis más que toda la sangre derramada en veinte guerras civiles.

¿Cederá la infeliz?... Vuelve á su casa, y vuelve á ver á sus hijitos tiritando y hambrientos. Vuelve á ver á su marido, y se lo cuenta todo; después, mudos, se miran el uno al otro; ella ahogando sus sollozos, él, taciturno y pensativo... De repente, con una rápida mirada, aquellas dos almas se comprenden. «¡No, no; no venderemos el alma de nuestros hijos, sufriremos, moriremos si es preciso, pero no venderemos el alma de nuestros hijos!»

El viejo crucifijo de madera que pendía junto á la chimenea de la buhardilla debió saltar de gozo. ¡He ahí corazones cristianos como vos los queréis, oh Maestro mío! ¡corazones como los que tenían vuestros mártires! ¡corazones prestos á mezclar su sangre con la sangre de vuestro Corazón!

Señores, solamente en la ciudad de Amberes, de donde acabo de venir, son dos mil ochocientas esas madres, son dos mil ochocientos

esos padres que han respondido: «¡no, antes verlos morir!» ¿No es este un magnífico espectáculo? ¡Ah, yo os lo confieso, cuando en las calles me cruzo con una pobre mujer, y descubro en su mirada esa simpatía respetuosa que el sacerdote encuentra aún en nuestros días en las almas fieles, me siento conmovido, mi corazón palpita con más velocidad, y me descubro humillado, muy humillado, porque me digo que tal vez tengo delante de mí uno de esos mártires sublimes!...

En semejantes corazones, Señores, la libertad triunfa, y el oro queda vencido... ¡Cosa rara! el pobre sobre todo es el que triunfa del oro. Diríase que habiéndole tocado menos el vil metal, tiene menos poder sobre él... Mientras que esos pobres han gritado: «no, no tendréis nuestros hijos, moriremos antes que entregaros sus almas...» ¿No hemos oído á ricos, á la faz del país que los escuchaba, gritar: «hasta el presente no os había entregado á mis hijos, os pido mil perdones; aquí los tenéis ahora, os los vendo por un asiento en la Cámara ó en el Senado?...» ¿No hemos escuchado ese vergonzoso y tímido lenguaje de cobardes?

¡Y cuántas veces para justificar esas traiciones á la libertad, esas adoraciones tributadas al becerro de oro, con frente, pecho y corazón por tierra; cuántas veces nos han dicho: «¡Es preciso vivir!...» ¡Vivir, vivir! ¡ah! ¡no! ¡mil veces no, ricos!... ¡es preciso saber morir como esos pobres!

¡Cómo! cuando va en ello el honor, el deber, la libertad, la fe y Dios mismo, ¿había de ser preciso hacer traición á estas cosas y escoger la vida? ¡No, os repito, es preciso saber morir!

Morir, por otra parte... ¿se trata realmente de morir? ¡para esos pobres, sí, se trataba de morir; mas para vosotros!... Un ascenso retardado, una pensión disminuída, un título perdido, una condecoración no alcanzada, una pérdida del favor de los grandes... ¿á eso llamáis vosotros morir? ¡De semejante muerte es de la que tenéis miedo! En verdad, ¡dais muestras de gran valor!

Señores, cuando llegan á desavenirse dos amantes, toman pretexto para sus querellas de cualquier flor que se ha despreciado. Cuando un corazón llega á desavenirse con la libertad para correr en pos del oro, busca razones contra ella... Esas razones valen poco más ó menos lo que el haber dejado la flor sobre la mesa en

lugar de ponerla en el ojal de la levita ó llevarla prendida en el tocado.

Hay otro dios, Señores, que en este mundo entra en lucha con la libertad y le disputa el altar de nuestros corazones. Ese dios, ligeramente desacreditado en nuestros días, lo reconozco, ese dios, ó si os parece mejor, esa diosa, ¡es la gloria!

Me costará un poquito hacerlos su retrato, porque es una divinidad impalpable.

Existen, ó mejor dicho, existían antiguamente varias clases de gloria: la gloria de los combates, la gloria de las dignidades y de los cargos, la gloria literaria, la gloria científica y aun la gloria de la virtud.

Muchas de ellas se hallan hoy día considerablemente cambiadas.

No hablo de la gloria de la virtud que jamás ha sido muy buscada, y se explica: como la virtud real no desea la gloria, antes bien huye de ella, y busca las humillaciones y el olvido, solamente podrían ambicionar semejante gloria las virtudes fingidas y falsificadas; mas en nuestros días ni aun la falsa virtud obtendría éxito en el mundo; por esto se halla abandonada.

La gloria de las armas y de los combates no es en nuestro país, tan neutral y tan pacífico, donde encontraría adoradores.

Restan pues las glorias literaria, científica, artística, y la gloria de las dignidades y de los cargos. Y todavía tengo que poner algún reparo sobre esta última: los cargos y dignidades están asalariados en nuestros días; esa especie de gloria ya no sabe andar sino del brazo del oro. Bien veo que no faltan adoradores que se postran de rodillas, pero... ¿es ante ella ó ante él?

Si les pregunto, me responderán que es ante ella...

Desgraciadamente, cuando por casualidad la gloria sale sola... apenas esos fieles reconocen á la diosa; tengo pues motivo para creer que es al dios principalmente á quien dirigen su incienso.

Sea de esto lo que quiera, Señores, el corazón del joven va á encontrarse de manos á boca con la gloria.

También ella, como el oro, empieza por exigirle su trabajo.

Y el joven se le prodiga con ardor y generosidad; enfóscase en los libros y en los laboratorios; pasa los días y las noches investigando los misterios de la naturaleza y del pensamiento; fatiga su pluma ó su pincel; rehace veinte

veces sus versos, veinte veces vuelve á comenzar su cuadro.

Espera el laurel, y el laurel no llega; se entierran sus memorias en los archivos de las academias; sus versos ó su prosa permanecen en cuarentena en las oficinas de redacción de las revistas; sus cuadros pasan al salón de los rechazados; su filosofía no tiene sentido común; su teología es aventurada ó huele á rancia. El desaliento le embarga, deja caer los brazos; quizás como Chenier, se da una palmada en la frente, exclamando: «¡Y sin embargo aquí hay alguna cosa!...» ¿Pero qué hacer?

La gloria se le acerca entonces dulcemente al oído, y mirándole y sonriéndole, le da en voz baja un consejo. Levántase el joven, mira en torno suyo, y de improviso advierte, cual si hiciera un descubrimiento, que hay una escuela de gran prestigio en el templo de la teología, y que no es la que él se figuraba en su fe y en su pensamiento; que hay un sistema en boga en los pórticos de la filosofía, y que no es el que él se ha formado en su mente; que hay una ciencia novísima con sus teorías, y que no es la suya; que hay un arte, una literatura de moda, y que sus manos y su lengua se han dedicado á otro arte, á otra literatura.

Descubre todo esto... y yo le espero aquí.

La libertad le grita: «¡Cuidado! no hagas traición á la verdad; esta se te ha presentado en las meditaciones silenciosas de tu espíritu; la has sorprendido en los secretos de la naturaleza donde se ocultaba; la has abrazado con el afecto de tu corazón sincero, ¡sé fiel á ella... defiéndela!»

«¡No hagas traición al ideal; le has descubierto en tu imaginación de poeta y de artista; le has amado, porque era bello, grande y puro; no prostituyas tu pincel ni tu pluma: son libres, son cosa tuya!»

«Sea, replica la gloria; pero entonces no esperes nada de mí. Descenderás de tu cátedra de filosofía ó de teología para ir á morir en la oscuridad de un villorrio; se guardará silencio acerca de tus memorias y de tus descubrimientos, no serán leídos tus libros, ninguna voz modulará tus poesías, ninguna mirada se fijará sobre tus cuadros ni buscará en ellos tu nombre; vivirás desconocido, como un simple mortal, olvidado aun antes de la muerte. ¡Escoge!»

Señores, muchos escogen guiándose por la noble altivez de su alma, se levantan; tienden la mano á la verdad y al ideal; marchan al olvido, al desconocimiento, al desprecio; ¿qué importa? son fieles á la libertad, lo cual les sirve de satisfacción y de honor.

¡Pero cuántos! ¿porqué no decirlo? ¡cuántos se venden! ¡Cuántos por esa gloria, hacen traición á la libertad, á la verdad y al ideal! Y la gloria les rodea; las academias les abren sus puertas; las condecoraciones se fijan en su pecho; sus nombres resuenan de un extremo á otro de Europa; sus libros se difunden como una inundación; la multitud los admira, los envidia, está delante de ellos en esa especie de embobamiento que produce en un niño esta palabra: ¡un grande hombre!...

Pasad adelante, Señores; ¡ahí no hay más que un alma vendida! una especie de perros de caza, olfateando, con su collar al cuello, de dónde viene el viento, y siguiendo por mil tortuosas sendas, á través de los jarales, la pista de un renombre servil.

Hay otra forma bajo la cual la gloria en todo tiempo solicita la adoración humana: para poderla aplicar mejor á nuestro siglo la llamaré con su nombre autorizado por el Evangelio: la estima y amistad de los grandes.

¿Os acordáis de Pilatos, presto á salvar á Jesucristo porque no hallaba en él ninguna culpa? Pero le gritan: *Non es amicus Caesaris*. «No eres amigo del César, si pones en libertad á

ese reo.» «Perderás la amistad del César...» y en seguida palideciendo en su asiento... «Es verdad, se dice á sí mismo, perdería la amistad del César... ¡Que se le crucifique!»

Esa estima, esa amistad de los grandes ejerce en el hombre una fascinación casi irresistible; fascinación continua, persistente á todas horas y en todos los momentos, y ni uno solo de nosotros, cualquiera que sea su edad, se halla al abrigo de ella.

¡Ser estimado entre los grandes, ser amigo de los grandes!

Observad que esta palabra *grandes* es relativa, muy relativa. Uno es grande desde el momento que está más alto que otro, y como el otro puede ser muy pequeño, se puede llegar á ser grande y encontrarse uno grande á muy poca costa.

Un joven es grande para un niño, un capataz lo es para un trabajador de minas, un jefe de oficina para un subordinado suyo. Pero en cualquier punto de la escala social en que os detengáis, por alto ó bajo que sea, encontraréis al hombre deseando y buscando la amistad del que es mayor que él ¿qué digo? sacrificándole víctimas.

En cierto grado, esa pasión no traspasa los límites del ridículo; no quiero yo reproducir el

papel del Misántropo, y me parece que, para evitar el malquistarme con Oronte, calificaría de bueno el soneto á Filis: tengo esas debilidades.

Sin embargo, andemos con cuidado, Señores, leed de nuevo el Misántropo; Alcestes es un carácter bello, grande y noble, demasiado regañón, bien lo veo; pero ¡qué amante de la verdad y de la justicia! ¡y qué farsantes aparecen todos los demás! Filinto que le contradice, enuncia en cierta ocasión este principio:

«Siendo del mundo, es preciso
Usar de sus cumplimientos.»

Parece que esos cumplimientos serían cosas insignificantes y que Alcestes haría mal en rehusarlas. Pero «cumplimientos» es un término elástico y vago; si no se tiene cuidado de definirle y de contenerse á tiempo, nos cubrirá de bajezas y de infamias.

El león tuvo un día la humorada de confesarse — ya sabéis en qué circunstancias — é hizo delante de sus cortesanos reunidos el relato de sus crímenes. ¿Qué sucedió? Que la zorra, por sí y en nombre de la multitud animal, servil y rastrera, declaró que el rey de los animales no podía haber obrado mejor. ¡Cumplimientos cortesanos!

Y luego aquellos mismos animales...

«Aduladores aplauden
De las fieras más feroces,
Tigres, chacales, panteras...
Los crímenes más atroces!»

¡Cumplimientos sociales!

Llega su vez al pobre y desdichado burro!... Y entonces, ¡oh! ¡cómo clamaron contra él todos aquellos honrados animales llenos de indignación! «¿Cómo se entiende? ¿Es posible? ¡Haber robado yerba!... ¿Y habría de quedar impune tal crimen por mal entendidos cumplimientos y consideraciones sociales ó por una falsa conmiseración?...»

Resultado: ¡que el burro infeliz, convertido en cabrón emisario, cargó con los pecados y el castigo de todo el pueblo animal!

¡Ah, Señores! Se va más lejos de lo que se piensa cuando uno se mete y compromete en este camino!...

¿Queréis saber hasta dónde?

Traed á la memoria aquellos nobles patricios de la Roma antigua. Un día los hemos visto en sus asientos de marfil, con sus togas blancas, inmóviles como estatuas de mármol, forzar á los bárbaros á que les guardaran respeto, y solo con

el avasallador predominio de su mirada, detener, impotente, la espada suspendida sobre sus cabezas.

Vedles ahora: corren al Senado á gran prisa. ¿Está la patria romana en peligro? ¡No! César no sabe con qué salsa preparar un rodaballo, ó le ha venido la idea de hacer cónsul á su caballo Incitato, y quiere consultarles acerca de estos graves asuntos.

¡Y los senadores corren!...

¿Creéis que se rebelará su antigua arrogancia? ¡De ninguna manera! muy humildes y sumisos desempeñan el papel de cocineros ó de mozos de cuadra; deliberan acerca de la salsa, y nombran cónsul á Incitato.

Traed á la memoria, en tiempos más próximos, el parlamento corrompido de Crómwel, y en Francia esos parlamentos, corrompidos también, que legitiman, por decretos fundados en considerandos, á los bastardos del rey. Ved á toda esa corte, á esos generales, á esos magistrados... ¡gran Dios! y hasta á esos obispos... empequeñecidos, rastreros, prosternados ante la silla de las favoritas reales... ante una Pompadour, una Lavallière, una Montespán!

¡Ah! ¡la amistad de los grandes!

Nerón ha enviado asesinos para matar á su madre.

Estos la han encontrado sola, y al verse la infeliz asaltada por ellos, lanza este grito de matrona romana: «¡Heridme en el seno que ha llevado semejante monstruo!» Y cae bañada en su propia sangre.

«Caedis moriens illa ministrum
Rogat infelix utero dirum
Condat ut ense.
Hic est, hic est fodiendus, ait,
Ferro monstrum qui tale tulit» (1).

Espárcese por Roma el rumor de haber sido asesinada Agripina por su hijo... ¡Una madre asesinada por su hijo!... ¡Ah! vuestro corazón se irrita ¿lanzará Roma de sí aquel horrendo monstruo?

De ningún modo, Señores; conocéis mal el corazón humano, si tal creáis; Nerón es rey... ¡andad pués con cuidado! *Non es amicus Caesaris*. Dejaríais de ser amigos del rey. Y ahora escuchad: *Prima centurionum tribunorumque adulatio prensantium manum gratantiumque... Amici dehinc adire templa... proxima Campaniae municipia victimis et legationibus laetitiam testari* (2).

He ahí, Señores, he ahí cómo se acoge ese

(1) Séneca. Octavia, v. 368.

(2) Tácito. Anal. lib. XIV, cap. x.

«gran» parricidio. ¡Los centuriones y los tribunos baten palmas y le felicitan...; sus amigos van á los templos á dar gracias á los dioses; la Campania envía diputados al monstruo para testificarle su admiración y su alegría!

Un solo hombre, uno solo guardó silencio y salió del Senado, Peto Trásea; y esta acción le costó la cabeza... Al ser degollado, cogió un puñado de su propia sangre é hizo libación de ella á Júpiter libertador.

«Mira, joven, dijo á un romano que le estaba viendo morir, vivimos en un tiempo en que es bueno fortificar el alma con ejemplos de constancia...»

Quedó solo no obstante, y ninguno siguió su ejemplo. *Sibi causam periculi fecit, ceteris libertatis initium non praebuit.*

O gens nata ad servitutem! ¡oh raza nacida para la esclavitud!

¿Y esos son hombres?! ¿Y esos son libres?!...

He ahí en lo que les ha convertido la adhesión á César, la amistad del César, la amistad de los grandes.

Todo ésto nos irrita y revuelve el estómago, Señores, y ante esas viles adulaciones sentimos en nuestra alma odios vigorosos y desprecios

vengadores; pero penetremos dentro de nosotros mismos, no nos avergoncemos de la visión que nos va á ofrecer nuestra alma, y sobre todo no retrocedamos ante ella. Pues bien, yo me pregunto si la amistad de los grandes no ha hecho estragos en mí mismo.

Encuentro á un pobre, á un obrero; él se descubre ante mí, y yo le correspondo descubriéndome. Está muy bien. Pero dos pasos más adelante encuentro á un rico, me saluda como me había saludado el pobre... yo le saludo... ¿lo hago del mismo modo que lo he hecho al pobre?... Cuántas veces debemos responder: ¡no! ¡Cuántas veces no tienen para el pobre, para el obrero, más que un gesto rápido los que se inclinan ante el rico y se descubren bajando el sombrero hasta los pies!...

Un grande os pide un servicio, y como si os hiciera un honor en suplicaros que le sirváis, ponéis en ello todo vuestro poder y toda vuestra influencia. Os pide el mismo servicio un pequeño, ¿ponéis en ello la misma diligencia y conato?

Blasfema un carretero en la calle, y le miráis con desprecio... Un sabio, un académico tal vez, blasfema de Dios en sus libros y en sus discursos, ¿le miráis con desprecio semejante?... Uno de vuestros criados engaña á una infeliz, y

le arrojáis ignominiosamente de vuestra casa... Pero ¿no tendéis la mano y admitís en vuestra casa y sociedad á aquel viejo verde de enguantada mano y á aquel joven gomoso tan atildado como calavera que se jactan de sus bajezas y villanías?

No halláis términos bastante despreciativos para aquella pobre joven, que muriéndose de hambre, se vende, y arrastra su vergüenza bajo viles harapos... ¿Sentís y manifestáis igual desprecio hacia la gran señora que, sin tener hambre, se entrega? Si rehusáis el honor á la una, rehusadle también á la otra. Si retrocedéis ante la choza de la primera, guardaos de poner vuestros pies en el palacio deshonorado de la segunda.

¿Porqué esa diferencia entre los grandes y los pequeños?... ¡Oh! vosotros me daréis multitud de razones, á las cuales no quiero contradecir; pero yo os ruego que recordéis á la ligera, si os place, que si hubierais vivido en tiempo de Jesucristo, nuestro modelo, nuestro Señor y Maestro, nuestro Dios, no le habríais encontrado entre los grandes, sino entre los pequeños, entre los carpinteros de Nazaret y los pescadores de la costa del lago de Tiberiades.

Cuando uno es cristiano, Señores, es conveniente que se fije en esto.

Ciertamente, al hablaros así de las fascinaciones de la gloria, no pretendo sostener que la universalidad de los hombres lleguen á ser víctimas de ella. Hay grandes y nobles caracteres que la rechazan y la ponen bajo sus pies.

Ya os acordaréis de Pupiniano. Le pidió Caracalla que escribiera la apología de su fratricidio. «¡No!, —respondió el jurisconsulto,— es más fácil cometer un crimen que justificarle.»

Y de aquel Galo, á quien Calígula, en traje de Júpiter, desde lo alto del trono en que administraba justicia le preguntó: «¿Qué piensas tú de mí?» y contestó al emperador: «Me pareces sumamente ridículo.»

Betsabé, la mujer de Urías, había dado á luz un hijo en el palacio de David. Urías había muerto, se sabía, é indudablemente, á escondidas y por lo bajo los cortesanos se habían contado con gran indignación y malignas sonrisas la intriga y el crimen que debían cubrirse con aquel asesinato; pero nadie, entre toda aquella tropa de aduladores, nadie tenía el alma bastante libre para reprochar al rey su falta, ó al menos para marcharse de allí, y dejar aquella corte en que había penetrado el adulterio. Y fiado en la complicidad de aquel silencio, David dormía tranquilo.

«Anda, dice el Señor á Natán, ya que los de-

más se callan, habla tú.» Y Natán el profeta se levantó y partió. «Escucha, oh rey, dice á David, dos hombres vivían en una misma ciudad, el uno rico y el otro pobre. El rico tenía rebaños de ovejas. El pobre no tenía más que una ovejita, que él mismo había comprado, y criado y custodiado, que había crecido al par que sus hijos, y comido su pan y bebido en su vaso, descansando entre sus brazos: era como una hija suya.

»Sucedió que le vino un huésped al rico, y este para obsequiarle, no echó mano de ninguna de las ovejas de sus rebaños, sino que se apoderó de la ovejita del pobre, la mató y con la carne de ella obsequió á su huésped...

»—¡Vive Dios,—exclamó David,—ese hombre es reo de muerte!

»—¡Ese hombre eres tú!,—le replicó Natán,—y he aquí lo que te dice el Señor: «Yo te había hecho rey de Israel, yo te había dado los palacios de Saúl y sus mujeres, y á Israel y á Judá. ¿No era esto bastante? ¿Porqué pués has tomado la mujer de Urías? ¿Porqué has hecho sucumbir á Urías bajo la espada de los hijos de Amón?... ¡Ahora llega mi vez! Esa espada no se apartará de tu casa, y en tu sangre tomará venganza de tus crímenes. Yo dispensaré tus tesoros y tus mujeres, y otros se apoderarán de

ellos á la faz de mi sol; pues lo que tú has hecho en la sombra yo lo haré á la luz del día.»

David inclinó su frente, y Natán cumplida su misión recogió su manto y regresó á su morada.

¡He ahí, Señores, un alma libre!

Podría citar multitud de rasgos de este género para honor del hombre: los hallaría en todas las épocas de la historia; pero el tiempo urge, y por lo tanto me concretaré á uno solo.

«Napoleón era cónsul, la Francia le adoraba y le seguía: *Ruere in servitium consules, patres, eques, quanto quis illustrior, tanto magis falsi ac festinantes*» (1).

Ducís, el viejo poeta, resistía.

Napoleón, que sabía poner en juego á su tiempo todas las seducciones, le convidó á comer en Malmaisón; luego, después de la comida le tomó del brazo y le condujo consigo al parque.

La conversación se abrió de este modo:

—¿Cómo habéis venido aquí, abuelito Ducís?

—En un buen coche de alquiler que me espera á la puerta y me conducirá luego á mi casa.

—¡Cómo! ¿en un simón? Á vuestra edad eso no es conveniente.

—General, yo nunca he tenido otro coche.

—No, eso no se puede permitir; es preciso

(1) Tácito. An. lib. I, cap. VII.

que un hombre de vuestra edad y de vuestro talento tenga un buen coche propio, modesto, pero cómodo. ¡Dejadme obrar, yo lo arreglaré!

Pasaba entonces por el aire una bandada de ánades silvestres.

—General, — dijo Ducís, — vos sois cazador; ¿veis aquella bandada? No hay una sola de esas aves que de lejos no sienta el olor de la pólvora y no evite el ponerse á tiro del cazador. Pues bien, yo soy de esas aves, me he convertido en ánade silvestre.

Esta respuesta escandalizó en Malmaisón.

Napoleón volvió á la carga más tarde. Tres números del *Monitor* anunciaron en vano su nombramiento de senador; Ducís rehusó las tres veces; se le ofreció la cruz de honor, y se limitó á responder: «Otras cosas mejores he rehusado.»

Estimaba en más el digno anciano su libertad y su independencia.

«La Europa es de Bonaparte, decía como de Maistre; pero mi corazón me pertenece á mí.»

Ese es el grito del hombre libre.

¿No hay ya nada más, Señores? ¿Son el oro y la gloria los únicos dioses de este mundo que traman asechanzas contra la libertad de nuestros corazones? ¡No! el olimpo mundano abri-

ga al lado de esos dioses otra divinidad. La Biblia, en el *Libro de la Sabiduría*, le da su verdadero nombre: «¡la extraña!» *Extraneam*. ¡Extraña en efecto! Extraña á nuestro espíritu, del cual se apodera para convertirle á las vanas frivolidades...; extraña á nuestra voluntad, á la que enerva y afemina hasta quitarle el último resorte de energía...; extraña á nuestro corazón, cuyos santos afectos mancilla, para reemplazarlos con amores salvajes...; extraña á nuestra paz, que perturba con remordimientos vergonzosos...; extraña á nuestra felicidad, que ahoga en accesos de loco aturdimiento, arrojándonos luego sus restos sucios y destrozados.

¡Sí, es bien extraña!

San Pablo con su habitual franqueza la llama más brevemente: ¡la carne!

«Hijo mío — dice Salomón — ¡ponte en guardia contra la extraña! Sus primeras palabras se deslizan de sus labios, dulces y transparentes como las gotas de un panal de miel... Las últimas son amargas como el absintio y agudas como una espada de dos filos! *Favus distillans labia meretricis, nitidius oleo guttur ejus. Novissima autem illius amara quasi absynthium et acuta quasi gladius biceps*» (1).

(1) Prov. v, 3 y 4.

¡He ahí el enemigo!

Escuchad todavía á Salomón hablando en su amplio estilo:

«Miraba yo por mi ventana y vi á un joven que caminaba con temeraria inexperiencia. Atravesó la plaza pública, volvió la esquina y se detuvo delante de la casa de la extraña. Estaba oscuro, el día tocaba ya con la noche, con una noche negra y tenebrosa—*in obscuro, ad-
vesperascente die, in noctis tenebris et caligine*. Y he aquí que ella se acerca á él adornada y dispuesta para cazar almas—*paratam ad capiendas animas*. Acariciadora y prodigando sonrisas le dirige blandas palabras—*quae molli-
lit sermones suos*; y al fin le enreda en ellas—*irretivit eum*.»

Yo no sé traducir con toda propiedad estas palabras... ¿Habéis visto á la araña rapaz y ligera dar febrilmente vueltas á su hilo veinte veces, cien veces alrededor de su víctima agonizante?... Pues eso es... *Irretivit eum*. Y le arrastró con los halagos de sus labios: *et blanditiis labiorum suorum protraxit eum*. Siempre como la inmunda araña que, una vez liados sus hilos, arrastra á su asesinada víctima al rincón más oscuro de su tela para devorarla más cómodamente.

Y él la siguió como un buey que es llevado

al matadero — *quasi bos ductus ad victimam*; como un cordero estúpido que ignora que es llevado al cepo — *quasi agnus ignorans quod ad vincula stultus trahatur; donec transfigat sagitta jecur ejus* — hasta que el hierro le traspase el corazón» (1).

¿Perece la libertad en medio de esas emboscadas?

Apelo á vosotros mismos. Escuchad el lenguaje usado en esa materia, en prosa y en verso, bajo los emblemas de las flores ó de la pintura: no se trata allí más que de esclavitud, dulce esclavitud, se dice, de cadenas, cadenas doradas; las palabras de reina y de ídolo se entrelazan con las adoraciones y juramentos, y se habla así postrado de rodillas.

Cosas todas tan completamente ridículas, que más tarde, Señores, cuando el corazón ha recobrado su serenidad, se avergüenza uno de ellas ante sí mismo.

¡Ved á ese viejo Hércules vestido de mujer, tendido sobre una alfombra á los pies de Onfalia! Sus ojos terribles que hacían temblar á todos los monstruos se han plegado hasta tomar yo no sé qué aspecto lacrimoso é idiota. Sus labios altivos y vigorosos dibujan una sonrisa

(1) Prov. cap. VII.

extática y beatífica. Sus manos, aquellas manos que blandían la formidable maza, se ocupan, con afrentosa y torpe inhabilidad, en dar vueltas á una rueca! ¡Vedle ahí!... ved lo que la extraña ha hecho de él. ¡El risible personaje que veis ahí es Hércules, el gran Hércules!

Me he remontado á la mitología, Señores; pero esta mitología no deja de ser contemporánea. ¡Á cuántos vivientes no sería aplicable esa historia!... ¡Á cuántos no se les podría repetir, añadiendo estos versos del poeta:

*Quid rides? Mutato nomine, de te
Fabula narratur (1).*

«¿Porqué os reís? Cambiad el nombre, y veís que esa es vuestra historia.»

¡Ah, si esta historia no fuera más que ridícula! ¡Pero cuántas veces todas las lágrimas de nuestros ojos no bastarían para lavar la tristeza y la vergüenza que produce!

Prende la extraña al joven con una de sus miradas, como dice en otra parte la misma

1) Horacio. Sat. I, 69.

Escritura santa, con uno de sus cabellos, *in uno crine colli*, y le echa encima el yugo. ¡Pobre joven, pasa á ser esclavo, cree que no esclaviza más que su corazón y encorva también su frente. Le dice ella palabras de amor, y él bebe ese lenguaje insidioso y dulce, *favus distillans*, y de él se embriaga, y la cree! ¡Tonto! ¡tonto! ¡no conoce á la farsantel

Pídele ella sus pensamientos, y él al punto los aparta de las grandes y nobles investigaciones del espíritu humano, los arranca de la contemplación solemne de la naturaleza, de las plácidas dulzuras del trabajo, y se los entrega á ella: ese sabio, ese filósofo, ese jurista se dedica á escribir madrigales y se abisma en el lenguaje de las flores. ¡Sus estudios deben formar su porvenir!... ¡Va en ellos su porvenir! ¡No importa, entrega su porvenir!... ¡Pídele después oro!... ¡y él le da lo poco que tiene! ¡Pídele luego más! y él roba... Sí, roba, porque no son otra cosa que una especie de robo con todas sus bajezas y todas sus vergüenzas los mil fútiles pretextos, tramas y mentiras de que se vale para arrancar ese oro á su padre y á su madre que tal vez tendrán que redoblar su trabajo y sudores para ganarlo.

Supongamos que se detiene aquí, por no poder pasar adelante... ¿Os parece poco? ¿Pasa-

rá el porvenir su borradora esponja sobre lo que se ha llamado las locuras de la juventud? ¡Ah! desengañaos... El yugo ha doblado esa cerviz. Quizá se cicatrizará la herida... acaso la cicatriz será tan fina, que el ojo pase por encima de ella sin advertirlo. Todo se ha olvidado...

¡No, no! llegará una hora solemne, la hora en que más quisierais ocultarla, ante esa madre, á quien entonces respetuoso y sincero pediréis la mano de su hija, y en ese momento crítico, de repente se abrirá la herida despidiendo sangre, y á la vista de esa sangre deshonorada, la madre retrocederá. «¡No! yo no entrego mi hija á un alma envilecida.»

¡Ah! yo he visto á jóvenes llorar á causa de esto lágrimas amargas. Yo los he oído exclamar sollozando: «¡Ah! si yo hubiera sabido esto entonces.»

¿No es cierto que decía Salomón con verdad: «Amarga como el absintio, aguda como una espada de dos filos?»

Al menos aquí el desgraciado no ha sacrificado más que su porvenir exclusivo, su honor y su felicidad propia.

¡La extraña quiere todavía más!

Volverá á la carga. Más tarde se aparecerá al hombre de mundo, siempre provocativa y fascinadora, y le envolverá en sus lazos como había envuelto al joven... y como el joven, á manera de buey conducido al matadero, *quasi bos ductus ad victimam*, la seguirá el hombre de mundo.

«¡Desgraciado! le gritará la libertad, ¡desgraciado, no vuelvas á cargar con esas cadenas; guarda libre tu corazón, conserva tu independencia... Piensa en tu pobre mujer; ¡la vas á matar! Piensa en tus hijos pequeños; ¡los vas á envolver en tu deshonor!... ¡Detente!...»

Y como en visión repentina, contempla á su mujer y á sus hijos, de rodillas, tendiéndole los brazos y demandándole piedad.

«Ven acá, le dice la extraña; déjales ahí enhoramala; y le arrastra como se arrastra el buey recalcitrante: *protraxit*.»

Y él, Señores, deja á su mujer y á sus hijos, y se va en pos de la extraña.

Libertad, arrogancia, honradez, amor ¿qué ha sido de vosotros? ¿en qué os habéis convertido?

¡Llora, pobre mujer, derrama todas tus lágrimas, tú que en un corazón tan puro, le habías guardado tanto amor! ¡Llorad, pobres niños, llorad sobre las rodillas de la abandonada, vosotros abandonados también como ella! ¡Ah!

¡plegue á Dios que entre vosotros y vuestro padre se interponga un velo impenetrable que os oculte para siempre su oprobio y su vergüenza!

Hay, Señores, una leyenda bretona que he oído cantar estos días. Su música salvaje y bárbara corresponde perfectamente á las palabras que interpreta. Es *La Glu*.

«Hubo una vez cierto mozo
Que amaba á quien no le amaba,
Y la infame, que gozaba
En pudrirle, sin rebozo
Le dice al pobre garzón:
Tráeme, á hora temprana,
Para mi perro, mañana
De tu madre el corazón.»

Esto es horrible ¿no es verdad?... *La Glu* reclama el corazón de una mujer... La extraña exige el corazón de una madre, el corazón de una esposa, el corazón de un hijo...

¡Y se los entregan!

«Va á casa y mata á su madre
Y le arranca el corazón,
Le toma y corre á su amiga
Y entrega el fúnebre don.»

¿Creéis que á tales golpes no han de sucumbir esos pobres corazones? Y si sobreviven ¿no sabéis que á tal vida preferirían mil veces la muerte?

Y, sin embargo, no se vacila, ¡se los entrega!
¡Si al menos llegara un día en que cansados de su propia ignominia, acordándose por fin de su libertad, rompieran sus cadenas y arrojaran á puntapiés á la extraña!...

Pero, Señores, lo más frecuente es que el hombre así decaído apure el amargo cáliz de la ignominia hasta las heces, y que tenga que sufrir una vergüenza suprema: es el puntapié de la extraña que lanza lejos de sí una víctima de la que ya no gusta.

Pocos días después Dalila corta los cabellos á Sansón y llama á los filisteos; llegan estos, aprisionan y atan fuertemente al vencido y se le llevan. Entre tanto Dalila, en pie, con los brazos cruzados, sonriendo maliciosamente, se burla del fuerte de Israel, y con su mirada incitadora busca entre la tropa algún filisteo que le reemplace.

¿No es verdad que todo esto es admirable?
¿No es verdad que todo esto es grande? ¿No es verdad que todo esto es sublime en la historia del hombre?

¿Reconocéis aquí al joven amante de la libertad de antaño? ¿Podéis reconocer en él al hombre á quien levantabais estatuas?

Y ahora, Señores, dirigid, os ruego, una mirada imparcial sobre la sociedad contemporánea: ved el mundo en medio del cual vivimos; no le hagáis ni mejor de lo que es, ni peor; y decidme: ¿Qué significan esos gritos de libertad que oímos salir de tantos pechos con tan sonoro énfasis?... ¡Libres, esos vendidos!

¿No veis que la libertad vuelve el rostro por no tener á su vista el espectáculo de la apostasía de sus adoradores? ¿No veis que tapa sus oídos por no escuchar su nombre pronunciado por semejantes labios?

Mas ¿qué lección, Señores, se nos da en este cuadro?

¿Qué son el oro, la gloria, la extraña, sino esas tres grandes concupiscencias de las que decía el Apóstol que constituyen todo lo que hay en el mundo? *Omne quod est in mundo concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum et superbia vitae!...*

¡Y á ese mundo es al que os dirigís! ¡Y en ese mundo es donde tenéis que vivir!

Los que han escuchado á esas concupiscencias, y después de haberlas escuchado las han seguido, tenían, como vosotros, á los veinte años, ese entusiasta, noble y sincero amor de la libertad, vivo y ardiente en su corazón, y vedles ahí hechos siervos, esclavos, los más degra-

dados de los esclavos; pues aceptan esa esclavitud pudiendo sacudir su yugo, y la peor de las esclavitudes, que es la esclavitud de las pasiones siempre insaciables!

¿Porqué han caído? ¿Porqué han abandonado la libertad para correr á someterse á la servidumbre?

Aquí es donde quisiera yo, Señores, poder reunir en una sola llama todo el fuego que hay en mi corazón, para mejor inflamar los vuestros. ¡Ay, si yo pudiera colmaros del bien apartándoos del mal! ¡Si yo pudiera haceros comprender que en esto se juega vuestro porvenir, vuestro honor y vuestra felicidad! ¡Porque, no lo dudéis, amados jóvenes, se presentará á vosotros el oro, como se ha presentado á ellos; se presentará la gloria, se presentará la extrañal

¿Seréis fuertes contra ellos? Les diréis: «¡Atrás! ¡Mi libertad no la cedo á nadie, la guardaré á toda costa! ¡Puedo pasarme sin vosotros; pero sin mi libertad, no!»

Ahí está toda la cuestión, y según la resolváis, caminaréis al honor ó á la vergüenza.

¿Porqué han caído ellos?
Preguntadles.

¿Han querido caer tan abajo? ¿Han buscado de intento esas degradaciones?

No, Señores, ellos querían, como vosotros, conservar con valor y dignidad la libertad de su inteligencia y la libertad de sus corazones; ellos lo querrían aún, pues hay todavía en sus almas á ciertas horas una especie de brote de energía; se mediolevantan del lodo, pero vuelven á caer hundiéndose cada vez más á cada esfuerzo que hacen; como águila herida han caído del cielo al fango, y allí su ala convulsa se agita en vano dando grandes aletazos sin arrancarles del lodazal.

¿Cómo esa voluntad ha llegado á encontrarse de tal modo impotente? ¿Quién la ha forzado? ¿quién la ha sumido en tal miseria?

Os contestarán con una de esas palabras con que la flojedad humana tiene costumbre de cubrir sus defectos: por la fuerza del atractivo... ¡han sido arrastrados!...

Veámoslo más de cerca, Señores.

Que el oro, que la gloria, que el placer atrae el corazón del hombre, Señores, ¿quién lo negará?

Es evidente que la fortuna nos halaga más que la miseria. San Francisco de Sales decía que la última pasión que se extingue en el corazón del hombre es la pasión de la gloria. Y

cuanto á la extraña, ¿no se quejaba San Pablo en su vejez de los ataques y golpes de Satanás, y San Jerónimo en su desierto, á las sombras de sus rocas salvajes, no se veía obligado á ahuyentar los recuerdos de Roma, flotantes ante su vista, no golpeaba con un guijarro su enjuto pecho?

Es pues incontestable que esos dioses tienen sobre nosotros poderosa influencia. Pero la cuestión no es esa, la cuestión consiste en saber si podemos vencerles, si son ellos ó somos nosotros los más fuertes, si son ellos los que nos arrastran ó somos nosotros los que nos dejamos arrastrar.

Ahora bien, Señores, esta cuestión no es lo mismo que la otra, ó al menos se halla resuelta por cada uno de nosotros en el fondo de su corazón.

Todos sabemos que esos dioses, por fuertes que sean, no pueden nada, absolutamente nada, sobre la voluntad humana.

Sabemos muy bien que basta un *no* varonil para reducirles á la impotencia... En el momento mismo en que nos arrastran, sentimos que bastaría querer, para hacerles trizas aun en el seno de su victoria. ¡Dios ha dado á la voluntad humana el ser invencible, y lo es!

Ninguna pasión es dueña absoluta de mi vo-

luntad, mi voluntad no es súbdita de mis apetitos, no hay atracción ni arrastramiento contra el cual no pueda resistir y mantenerme firme.

Por tanto, esa gran palabra arrastramiento, en el fondo no hace más que ocultar una miserable cobardía, desfallecimiento y dejadez.

Querían ellos libertad, sí; pero la querían desde esa elevadísima altura, de ese delicado extremo de la voluntad, que jamás logran sumergir nuestras debilidades, que sobrenada como un último resto de nuestra nobleza, aun en medio del diluvio de envilecimiento que invade á esas pobres almas. Querían con eso... con esos restos de voluntad; pero lo demás lo habían entregado, lo habían vendido.

Hubieran querido, querrían; pero no han sabido, ni saben querer.

Para vencer, Señores, hubiera sido preciso *querer*.

Jóvenes, cobrad aliento y bríos, y sed hombres, *Sume fortitudinem et esto vir!* ¡Sed hombres, y sabed querer!... ¡Templad, como se temple el acero, vuestra voluntad de hombres! Aplicadla á todo lo que es verdadero, á todo lo que es puro, á todo lo que es justo, á todo lo que es santo, á todo lo que es amable, á todo

lo que es honor, á todo lo que es disciplina, *quaecumque sunt vera, quaecumque pudica*, etc. (1).

Así formaréis en ella hábitos de justicia y de honradez.

Así la santificaréis y la haréis fuerte para el bien.

Pero esto no es todo... Hay en vosotros mismos rebeldes que se levantarán contra ella y que formarán complot con la gloria, con el oro, con la extraña, para venderos y entregaros á ella. Es menester abatir esos rebeldes. ¿Cómo?

Voy á decíroslo.

¿No habéis observado nunca esa singularidad de la vida religiosa, que por huír de las riquezas se abraza con la pobreza, para huír de la gloria busca el desprecio, para huír de la voluptuosidad se enamora del sufrimiento?

Singularidad he dicho. En efecto, Señores, ¿no bastaba renunciar al lujo y contentarse con lo necesario, dejar allá la gloria, pero guardar la simple estima? Huír de la voluptuosidad, santo y bueno; mas ¿porqué desgarrar su cuerpo? ¿no bastaba imponerle la abstinencia? ¿No es esto caer en un exceso por huír de otro, correr á Caribdis por huír de Escila?

¡No, Señores! Esto es lo que yo llamaría el

(1) Ad Tim. IV, 8.

enderezamiento de la voluntad. Se la habitúa á la pobreza para poder refrenarla más fácilmente ante las tentaciones de la riqueza. Se la hace beber la humillación, para que la simple estima la satisfaga. Se la acostumbra á que domine al cuerpo sujetándole á la mortificación, para que cuando llegue el caso de decirle: «Abstente de ese placer,» encuentre facilidad y aun gozo en abstenerse.

¿Es esto decir, Señores, que yo quisiera veros á todos hechos monjes?

De ninguna manera. Y aun cuando lo quisiera, no es probable que lograra mi intento, ¿no es verdad?

Lo que quiero decir es que vuestras voluntades tienen necesidad de semejante enderezamiento.

Por más decididos que estéis á seguir el bien, si no abrigáis en vuestro pecho un santo horror al mal, si no llegáis á tener el oro en poca estima, y á mirar la gloria con indiferencia y á la extraña con desprecio, á pesar de toda vuestra decisión, ¡estáis perdidos!

Si no estéis dispuestos á sacrificar en aras de la libertad la fortuna, el éxito, los cargos honoríficos, la estima y el placer, haréis traición á la libertad.

Si os proponéis por blanco en vuestra vida

otra cosa que el deber, el honor, la fe, la libertad, os venderéis. Fijaos bien en lo que os digo y retenedlo en la memoria: ¡os venderéis!

Un día, Señores, en Irlanda, en esa santa patria de O'Connell, un joven colono, arruinado por un año malo, era conducido á la cárcel por deudas. Su mujer le seguía hecha un mar de lágrimas con su pequeño hijo en los brazos. Al llegar á la puerta de la cárcel en que debía ser encerrado el infeliz, le detuvo su propietario: «Votad por mí—le dijo—y quedáis libre.» El campesino miró á su mujer, miró á su hijo y á la vista de aquellos dos tesoros que eran la dicha suprema de su vida, se echó á llorar: vacilaba. «¡No! ¡no! —le gritó su mujer—*remember your soul and liberty*. ¡No! ¡no! ¡acuérdate de tu alma y de tu libertad!»

Cogió él entonces á su hijo en sus brazos, le besó, abrazó á su mujer, y con resolución: «¡Abrid—dijo—abrid! ¡No! ¡yo no votaré contra mi alma y contra mi libertad!»

Jóvenes, amadísimos jóvenes, *remember your soul and liberty*. «¡No olvidéis jamás vuestra alma y vuestra libertad!»

Cuando venga el oro, acordaos de vuestra alma y de vuestra libertad.

Cuando venga la gloria, acordaos de vuestra alma y de vuestra libertad.

Cuando venga la extraña, acordaos de vuestra alma y de vuestra libertad.

A. M. D. G.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

CONFERENCIAS FAMILIARES Y BREVES NARRACIONES

Conferencias familiares.

(Morales.)

- TOMO I.—I. *La Ilusión*.—II. *Libertad*.—III. *Los llamados por Dios*.—IV. *La Felicidad*.
- TOMO II.—V. *El Deber*.—VI. *El esclavo de los esclavos*.—VII. *En Africa*.—VIII. *El hijo del pobre*.
- TOMO IV.—XIII. *La Obrera*.—XIV. *Los chicos de la calle*.—XV. *El Valor*.—XVI. *La paz ó la guerra*.
- TOMO V.—XVII. *El Placer*.—XVIII. *La Miseria*.—XIX. *Las Madres*.—XX. *Egoísmo*.
- TOMO VI.—XXI. *El Fuego*.—XXII. *La vida cristiana*.—XXIII. *El corazón del hombre*.—XXIV. *Elevaciones del corazón: I. Aquí abajo*.—II. *Más allá*.
- TOMO VIII.—XXIX. *Desequilibrados*.—XXX. *El Obrero*.—XXXI. *El Patrón*.—XXXII. *Federico Ozanam*.
- TOMO IX.—XXXIII. *Entusiasmo*.—XXXIV. *Deberes de los ricos en la actualidad*.—XXXV. *La Fe*.—XXXVI. *La Familia*.
- TOMO XI.—XLI. *Pobres y ricos*.—XLII. *El mal del mundo*.—XLIII. *El remedio del mal del mundo*.—XLIV. *El despertar de las almas*.

Conferencias familiares.

(Científicas.)

- TOMO VII.—XXV. *Nuestros primos*.—XXVI. *Nuestros insectos* (1.^a parte).—XXVII. *Nuestros insectos* (2.^a parte).—XXVIII. *Nuestras aves*.
- TOMO X.—XXXVII. *Perros y gatos*.—XXXVIII. *El caballo y el asno*.—XXXIX. *La vaca, la cabra y el carnero*.—XL. *Las aves del corral*.

Breves narraciones.

- TOMO III.—IX. *¡Esperando!*—*El Sargento Franck*.—X. *La Granja de las Golondrinas*.—*Berta*.—XI. *Mirando al cielo*.—*¡Que yo vea, Señor!*—XII. *Una distracción en la Iglesia*.—*Entre el cielo y la tierra*.



LOS LLAMADOS POR DIOS

OBRAS AMENAS
DEL
P. VÍCTOR VAN TRICHT
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

LOS LLAMADOS POR DIOS
CONFERENCIA FAMILIAR

CUARTA EDICIÓN



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO
IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS
Muelle de Marzana, núm. 7.

1902

ES PROPIEDAD



SEÑORAS Y SEÑORES:

No ha mucho, leía yo la historia conmovedora de una loca. La pobre mujer había estado casada; pero poco después de su matrimonio perdió á su esposo, quedando sola en el mundo con un hijo. Desde entonces había consagrado toda su vida y todo su corazón á educarle bien; y, en verdad, á los ocho años era el niño un ángel, tan dulce, tan amante, tan bueno, tan piadoso, que le admiraban y querían en toda la población.

El anciano párroco había anunciado á la madre que luego le haría su acólito y le ayudaría á misa. Este era el sueño dorado de la pobre viuda... ver á su hijo en el altar con la sotanita

encarnada bajo el roquete blanco, balanceando el incensario para lanzar nubes de incienso, cantando con voz argentina delante de nuestro bondadosísimo Dios...

Le hizo pués con sus propias manos la sotana y el roquete... Este delicado trabajo le llevó mucho tiempo, porque quiso que hasta los encajes fueran obra de sus manos. Pues bien, cuando todo estuvo concluído, la víspera misma del gran día señalado... oye de repente junto á su puerta murmullo de voces contenidas y ruido de pasos apagados... Abre... El pobre niño jugando con un compañero de su edad se había caído en el gran estanque donde se abrevaba al ganado.

Acudieron en seguida á su socorro, mas... no pudieron sacarle á tiempo, y ahora se lo traían muerto á su madre.

Inmóvil, muda, con los ojos desmesuradamente abiertos, contempló la infeliz aquel cuerpecito exánime, pálido y chorreando agua. Ni un grito, ni una palabra, ni una lágrima brotó de su corazón traspasado; pero su razón se desvaneció con sus esperanzas...

Desde entonces vive sola, pacífica, sonriente y afable. Sale con frecuencia de casa; se ha hecho un vestido rojo con una especie de sobrefalda blanca á manera de roquete; coge con

las manos tres cuerdecitas á cuyo extremo ha atado un tiestecito de flores, y anda á través de los campos incensando los árboles, los trigos y los rosales silvestres...

Se la llama la loca del incensario. Ningún niño, sin embargo, se ríe de ella, porque todas las madres la comprenden, y han contado á sus hijos su dolorosa historia.

En otros tiempos, cuando las familias eran profundamente cristianas, la madre soñaba en cosas más altas; no era bajo el traje infantil de monaguillo como entreveía en el porvenir á su hijo, no, aspiraba á más, esperaba otra cosa mejor: cuando su pensamiento se iba de esta suerte á un lejano porvenir, revestía á su hijo del hábito grave y solemne del sacerdote. Tener uno de sus hijos ministro de su Dios parecía que era el supremo honor que podía ambicionar su orgullo maternal, el don privilegiado que podía implorar su amor. Y le imploraba todos los días en secreto por temor de ver frustrado su deseo.

Y si llegaba á realizarse su sueño, si podía ver con sus propios ojos á su hijo en el altar, recibir sobre su cabeza inclinada la bendición de su hijo, entonces llegada su hora, se dormía

más tranquila, sabiendo que la unción de Dios se difundía en medio de su familia.

Hoy día, Señores, á la par que se ha debilitado la fe, se han debilitado los sentimientos que de ella se derivan. Ese deseo de las madres es cada vez más raro. La aureola que rodeaba al sacerdote palidece de día en día.

Y sin embargo, de él es de quien me propongo hablaros esta tarde.

Mas si he de hablaros del sacerdote, ¿cómo no hablaros también de la religiosa? Ella no está llamada al sublime ministerio de los altares, no; pero comparte con el sacerdote el honor de un mismo sacrificio y de unos mismos trabajos. Cuando Dios os toma para sí vuestros hijos, hace de ellos sus sacerdotes... Cuando toma vuestras hijas, hace de ellas sus religiosas... Vosotros no los separáis en vuestros corazones, yo no los separaré en mi discurso.

Yo os diré cómo los escoge Dios y el papel que les hace desempeñar en este mundo. Lo haré dejando á un lado, en cuanto me sea posible, toda consideración sobrenatural y religiosa; quiero hablaros de esto solamente como hablaría un pensador sobre lucubraciones filosóficas.

Tengo en este asunto dos ventajas: desde luego os hablaré de lo que sé... cosa bastante rara en este mundo, donde se extiende cada

vez más la costumbre de hablar de lo que no se sabe.

Además, espero, Señores, no os lo ocultaré, espero conquistar vuestro respeto para con el sacerdote... ¿y porqué no he de llevar la franqueza de mis confesiones hasta el extremo? Jamás el corazón humano se ha contentado únicamente con el respeto: busca algo mejor, ambiciona un bien más dulce, el afecto, el amor. Acuérdome que un autor antiguo me conmovió mucho terminando uno de sus prefacios con estas hermosas palabras: *Vale, amice lector, nosque ama.* «Adiós, amigo lector, y ámame.» Pues bien, al dejaros dentro de poco, espero yo también poder deciros con fiadamente: Adiós, ¡amadnos! *Vale, nosque ama.*

Os mostraba poco ha el deseo de las madres cristianas. Ellas tenían fe en los presagios... en ciertos presentimientos; y uno de los más seguros solía enlazarse con dulcísimos recuerdos de la infancia.

Un día el niño conmovido por las ceremonias del culto y las solemnidades del altar, se pone á reproducirlos á su manera. Se le alienta: se le hace también á él una sotanita negra y una alba blanca; de un vestido de seda, viejo

y de colores quizá bien ajenos á los de la Iglesia, y con los patrones recortados por una anciana religiosa considerada como de la familia, se le arregla la estola y la casulla, y he aquí ya á nuestro curita preparado. Tiene por auditorio á su madre, y acaso también una abuelita que se enternece con solo ver á su nietecito así vestido: tampoco faltan invitados unos cuantos camaradas.

Empieza la misa, y á despecho de todas las rúbricas se la ayuda ordinariamente una hermanita. El altar es un aparador despojado de su vajilla. Un gran Diccionario de la Academia sirve de misal. El curita canta el latín... como puede, y se le responde,—claro está,—del mismo modo. Al Evangelio predica...; luego las ceremonias se precipitan rápidamente hasta la comunión, en que á menudo se embarullan las cosas. Porque si el papá ó la mamá han dado para la ofrenda buen vino de Tours, dulce y sabroso, sacerdote y sirvientes reivindican una larga parte del sacrificio; lo cual compromete grandemente la dignidad del culto, y corta por lo sano la ceremonia.

Yo no sé porqué, Señores, al abordar un asunto tan grave me ha asaltado un recuerdo tan infantil; mas no hubiera sabido ocultarlo. ¿Es verdad que muchas vocaciones sacerdotales han

tenido su raíz en estos recuerdos? No lo sé. Siempre, sin embargo, consta que debe ser muy fácil romper su encantamiento, pues pocos hombres conozco que no se hayan divertido con estos juegos en su infancia; lo cual no les ha impedido ser luego muy buenos y muy dignos padres de familia.

Las niñas á su vez también en ciertos días se ponen un vestido negro, pliegan sobre sus frentes lienzos blancos, echan por encima un velo, y, los ojos devotamente bajos, las manos cruzadas sobre su escapulario, con encantadora actitud de misticismo, hacen graciosamente las monjitas. Y, sin embargo, no han entrado todas en el convento.

Por lo demás, un cuarto de hora después de haber cantado la misa, el curita dejando sus hábitos se pondrá á tocar el tambor y mandar hacer el ejercicio á sus soldados de plomo, y la monjita en medio de cinco ó seis muñecas se pondrá á hacer de mamá, y si una de las muñecas es de talla suficiente para forjar la ilusión, hasta llegará á hacer de abuelita.

No puede, por lo tanto, buscarse ahí, sin una especie de locura, la razón secreta de las futuras vocaciones, y los padres más recelosos pueden impunemente, á mi parecer, permitir á sus hijos esas recreaciones inofensivas.

Estoy lejos de negar que el carácter, los gustos y la inclinación de un niño empiecen á diseñarse desde su primera edad. Una leyenda muy tierna cuenta que en el taller de San José buscaba el Niño Jesús tablitas, las clavaba en forma de cruz, y sonriendo á su afligida Madre, se echaba sobre aquella cruz y extendía en ella sus brazos, preludiando la escena del Calvario.

En muchas vidas de Santos, y sobre todo en muchas leyendas, descubriréis rasgos semejantes. Mas yo quisiera hoy dejar á un lado eso maravilloso, todo eso extraordinario, y seguir en su desnuda realidad el trabajo del alma que bajo la inspiración de Dios engendra al sacerdote y á la religiosa.

Tenéis, Señores, una palabra para definirla; esa palabra ha entrado en el lenguaje del mundo, y hasta los ménos creyentes de entre vosotros podrán decirme:

«Pues... para eso, sencillamente, se necesita vocación.»

Soy de vuestro parecer: se necesita vocación; mas no juzgo que sea cosa sencilla. Porque en fin, ¡vocación!... ¿qué es eso de vocación? ¿No es cierto que para vosotros la vocación es una manera de pendiente, de inclinación natural, de atractivo irresistible? Pues bien, no es eso; muy á menudo, casi siempre, la vocación se opone

directamente á la pendiente, á la inclinación y al atractivo. Más aún; todo eso lo combate, lo repele, lo subyuga, lo despedaza y lo desmenuza. No nos dejemos seducir por las palabras. Es muy cierto que en el pensamiento de Dios todo hombre tiene delante de sí un destino que cumplir, un papel que desempeñar en el mundo. Allí es, y no en otra parte, donde Dios le quiere y le llama. Allí está su vocación.

¿Pero cómo puedo yo conocer ese pensamiento de Dios? ¿Cómo he de saber yo el papel y el destino que me ha escogido?

No todos recibimos, bien lo sabéis, Señores, el rayo de lo alto que recibió el Apóstol San Pablo; no leemos nosotros en esa luz sobrenatural la voluntad de Dios acerca de nuestro destino. Nos rodea la noche profunda de las incertidumbres, y solo tanteando en la negra sombra es como vamos en busca del camino que nos ha trazado... ¿Lo diré? La elección del hombre me parece más solemne, precisamente porque es más libre. Ante la voluntad divina evidente, ¿qué puede la voluntad del hombre, sino someterse? Mas cuando la voluntad divina se oculta y permanece en el misterio, entonces la voluntad humana se determina con una resolución libre, y si en este caso se adhiere á lo que es grande, noble, elevado, magnánimo, ella es la

que recoge el honor y la gloria de esto, porque ella es la que ha elevado su vida á tales alturas.

En realidad, Señores, así es como pasan las cosas. El joven y la joven llegan á la edad de diecisiete ó dieciocho años sin que les haya venido ninguna revelación de lo alto. Y, sin embargo, les ha llegado la hora de resolver acerca de su porvenir.

Recógese pues el joven, y aísla á su alma de todas las cosas de acá abajo reduciéndola á la soledad. Después, en el silencio, solo ante Dios, se propone á sí mismo las grandes cuestiones del hombre.

¿Qué soy yo?

¿Qué eres tú, hijo mío? Una criatura transitoria á quien Dios ha hecho el don de la vida.

¿Para qué estoy yo en este mundo?

Dios te ha hecho vivir aquí para que tu inteligencia le conozca, para que tu corazón le ame y tu voluntad le sirva. No estás en el mundo para otra cosa; todas las criaturas juntas que te rodean sobre la superficie de la tierra, en las nubes del aire y en las aguas del Océano, los hombres tus hermanos, la sociedad, el mundo, todo eso es para tí de un orden secundario, hijo mío; todas esas cosas son como instrumentos

que Dios te ha dado para trabajar en tu grande obra, luces y socorros para conducirte á su conocimiento, á su amor y á su servicio.

¿Y por dónde quiere Dios que me encamine yo? ¿Cómo quiere que le sirva?

Investígalo, hijo mío, á la luz de tu razón y de tu corazón.

Señores, recorred todos los tesoros de la filosofía antigua, preguntad á Platón, á Sócrates, remontaos hasta los viejos sabios de la India: yo os desafío á que no encontráis nada que se acerque á este espectáculo... Un joven, iba á decir un niño, en el albor de la vida, con el corazón abierto á todas las esperanzas y á todos los sueños, desconocedor de las decepciones y traiciones que á nosotros nos esclarecen con una luz triste y tardía, un niño cándido, puro, ingenuo, bello en la sinceridad de su inocencia y de sus generosidades, y allí, solo, con la frente entre sus dos manos, juzgando así de la vida y discutiéndola en lo que á él le concierne.

Empieza pues á investigar. Halla en su corazón un atractivo, un deseo cuyo aguijón ha sentido á ciertas horas... ¿Será allí donde me llama Dios? Y siempre en la presencia divina, con la voluntad en perfecto equilibrio, escribe de una parte las razones que le inclinan á ir en pos de Cristo, y de otra las que le apartan y le alejan.

Forma el proceso á su deseo... Es la hora de los debates... He aquí el momento del veredicto.

¿Cómo va á pesar él aquellas razones en pro y en contra? ¿á qué luz va á juzgar la causa?

¡Ah! será á la luz de la vida, ¿no es verdad?... de esa vida que irradia de sus ojos límpidos, de esa vida fogosa de que se disfruta á los dieciocho años?

¡No, Señores, es á la luz de la muerte!

Alma mía, ten en poco la vida de este mundo, ¡pasa tan presto! te crees muy jóven, pero ya has recorrido la cuarta parte al ménos de tu carrera; eres joven, pero puedes morir mañana. Piensa en otra cosa mejor, piensa en tu vida definitiva, en esa vida inmortal... la muerte es la que te ha de abrir paso para ella; ponte pués en esa hora, pregúntate cómo, cuando te halles en ese trance, tendido en tu lecho de agonía, cómo te aparecerán entonces los deseos contrarios que ahora te agitan, cómo juzgarás entonces de las cosas de que debes juzgar hoy. ¡Haz hoy lo que hubieras querido hacer entonces!...

Y en su pensamiento el niño se acuesta en su lecho de agonía, y desde el punto de la eternidad juzga esta vida que pasa.

Y, cosa hecha, el niño se levanta; pero ya no es el niño, es el sacerdote, el religioso, el monje, la Hermana de la Caridad, la Hermanita de los

pobres, la víctima que Dios se ha escogido en holocausto y que arderá y se consumirá en su altar.

¿Creéis, Señores, que al salir de este debate solemne, el corazón halle siempre en la decisión de su voluntad libre, la dicha, el gozo y la paz?... No, Señores; la naturaleza humana no es tan flexible al sacrificio, y sacrificio ha habido allí. Frecuentemente ese pobre corazón juvenil, en el momento en que la voluntad se ha pronunciado, se ha visto desgarrado con profunda herida. El espíritu y la fe dicen fácilmente que la vida pasa, que el mundo es efímero y falaz, que conviene menospreciarle...; á nuestros ojos de carne y sangre no deja por eso de parecer la vida ménos bella y el mundo ménos sonriente y encantador.

Muy poco aún conoce de esto el joven, mas ¡cuántas cosas le cercan que le encantan!... y precisamente, por razón de lo poco que de el mundo conoce, le parece más amable... Creedme, hacia ellas le arrastraba su corazón como á vosotros el vuestro; las amaba como las amáis vosotros; lo que á vosotros os ha parecido bueno, dulce y apetecible, bueno, dulce y apetecible le ha parecido á él; ha sentido como vosotros el suave atractivo de los fervientes y santos afectos de familia; ha contemplado la

sonrisa de la fortuna y del oro; ha palpitado de gozo ante los embriagadores halagos de la gloria... Pero no se ha dejado arrastrar por ellos: apretando con ambas manos su corazón, que se le escapaba, le ha sometido á la ley del nuevo deber que acaba de descubrir, le ha colocado bajo el yugo de su voluntad, y allí le ha encadenado; allí le tiene sujeto, bramando, pero vencido.

De nuevo os desafío, Señores, á que me encontréis un espectáculo más bello en toda la historia de la filosofía antigua ó contemporánea, alguna cosa que se aproxime á esa ordenación sublime en un joven, en una doncella de dieciocho años... Dios, es decir, la verdad mandando á la razón, la razón mandando á la voluntad, la voluntad mandando al corazón, y el concurso libre de estas fuerzas del hombre llegando como término al sacrificio irrevocable y sangriento de las rebeldes pasiones humanas.

Quisiera encontrarme aquí con alguna de esas ideas que circulan en el mundo como moneda corriente respecto á las vocaciones sacerdotales y religiosas.

La primera que me viene á la mente me fuerza á sonreír. Nos representa esa idea á la vida

religiosa como ciudad de refugio de las almas desesperadas... En un libro, muy formal por otra parte, en *La Propiedad*, escrito por Mr. Thiers, es donde leo por primera vez tan bello descubrimiento... La vida religiosa es para él una especie de suicidio moral que reemplaza con ventaja al físico... En este sentido la bendice. Si un espíritu tan elevado cual era el de Mr. Thiers, mirando de este modo las cosas, llega á un resultado tan divertido, ¿podéis adivinar fácilmente á dónde irán á parar tantos otros que se agrupan en torno de él y que no son en verdad Mr. Thiers?... ¡Oh! ¡no!...

Hay una respuesta muy sencilla que dar á todo eso, y es que la inmensa mayoría de los que eligen la vida sacerdotal ó religiosa lo hacen ¡á los dieciocho años! y esa edad no es, que yo sepa, la edad de la desesperación definitiva...

Puede suceder, indudablemente, que un alma destrozada por las experiencias de la vida, como navío desmantelado por la tempestad, se refugie en el puerto de la vida religiosa. Pero eso es muy raro; los abates Rancés, las señoras de la Vallière se cuentan por los dedos. Y voy á daros una razón de esto, que os convencerá en seguida. Las desesperaciones del hombre no son de larga duración... la ilusión que ha maldecido

no tarda en sonreírle otra vez. Gritos desgarradores habían lanzado los judíos bajo el látigo de los Faraones. Los salva Moisés, los conduce al desierto y los alimenta con el maná... ¡Oh! ¡qué cánticos de libertad y de gozo los primeros días! Pero bien pronto el maná les parece fastidioso..., el recuerdo del látigo se pierde dulcemente en una bruma lejana, y reclaman condolidos los ajos de Egipto... Pues bien, á los náufragos del mundo, el maná de la vida religiosa paréceles bien pronto empalagoso y repugnante, y sin tardar mucho suspiran como los israelitas por los ajos de Egipto.

Otra idea muy parecida á la anterior presenta á la vida religiosa no como el refugio de la desesperación, sino como el refugio de los amores contrariados ó desvanecidos. La apariencia es más dulce, pero el fondo es el mismo.

¡Dios mío! si todos los amores contrariados ó desvanecidos condujeran al convento, creo, Señores, que deberíamos agrandar mucho los monasterios. Generalmente esa enfermedad de los corazones no exige un remedio tan enérgico. Además de no ser mortal, se la trata en cierto modo como á los reumas de invierno, dejando pasar tiempo; que, como de costumbre, pasa muy pronto. ¿Necesito insistir más en esto? No, ¿no es verdad?

La vocación religiosa no tiene sus raíces en los dramas del corazón. Brota, como os lo he demostrado, de la consideración serena y sosegada de la vida y de la eternidad. Es un deber reconocido y libremente aceptado, no es la determinación apasionada de un espíritu turbado por el dolor y el sufrimiento.

Pero aquí oigo otra objeción más seria quizás. «¡Cómo, me diréis... determinación serena y sosegada!» ¿Es posible?... arrojáis en el espíritu de ese niño y en su imaginación febril esos pensamientos perturbadores, ante los cuales tiembla el hombre... y habláis de calma y serenidad?... Le ponéis en la agonía, al borde de la tumba, y le decís: «Juzgad desde ahí el mundo y la vida,» y luego venís á hablarnos de aceptación libre? ¿Qué ha de suceder? Esa pobre cabecita, que de tal modo habéis exaltado, correrá derechamente al fanatismo. Ese joven no tiene ya ni la vista clara de las cosas, ni el libre movimiento de su voluntad, es una especie de hipnotizado, entregado en cuerpo y alma á sugestiones extrañas.

Apresúrome, Señores, antes de toda respuesta á tranquilizaros; el peligro que teméis no es

realmente de temer. Y la prueba es que la mayor parte de esos jóvenes así turbados, fanatizados, delirantes, hipnotizados, la mayor parte, aun juzgando desde el borde de la tumba las cosas del mundo y de la vida, las prefieren sin embargo y las escogen y lo hacen con mucha diligencia. Nosotros formamos en el mundo, aun en el mundo cristiano, una minoría tan exigua, que desde este punto de vista debe quitaros todo recelo.

Añadiré que, aun admitiendo esa gran inquietud y perturbación, la decisión tomada entonces no es irreformable; el perturbado se serenará, el fanático se resfriará, el delirante se calmará, el hipnotizado se despertará, y si le parece bien entonces, cambiará; lo cual no carece de precedentes.

Ahora voy á responder yendo derecho al asunto. Nos echáis en cara el considerar la vida y el escoger nuestro camino como hombres que deben morir.

¿Cómo queréis que la consideremos y que escojamos?... ¿Como hombres que no deben morir?... No, no es ese vuestro pensamiento... ¡como hombres que, debiendo morir, no quieren pensar que deben morir!...

¡Vaya un proceder extraño!... Evidentemente, no queréis falsear los datos del problema que

se trata de resolver... Sin embargo, entre esos datos hay uno, la muerte, que os parece molesto y que tratáis de dejar en la sombra. ¡Confesad que entre vosotros y yo, soy yo quien juega á cartas descubiertas!

¡Lo cual en mí, podrá parecer extraño á muchos de vosotros!

Pero no es eso todo, pretendo además probaros, no solo que juego limpio, sino que tengo buen juego.

¿Cuánto tiempo dura vuestra vida en este mundo?...

Treinta años, cuarenta, cincuenta...; pongamos el término medio en setenta años.

Vivimos pues setenta años acá abajo. Esta es la primera parte de nuestra vida... La segunda parte... la vivimos allá arriba. ¿Y cuánto dura esta parte?... Vosotros mismos me respondéis:—Por toda la eternidad.

Ciertamente, Señores, también yo debo responderos «por toda la eternidad;» mas esta palabra es á mi juicio inadecuada; habla al espíritu y no dice nada á la imaginación, y por medio de la imaginación es como nos hieren las palabras. Me acuerdo que en mi juventud los predicadores obviaban este inconveniente por medio de comparaciones abrumadoras... El mar, el inmenso mar, y un niño que cada siglo viniese

una vez á sacar de él una gota, cuando gota á gota el mar se hubiera agotado, ¿qué sería la innumerable serie de siglos pasados? Nada verdaderamente, comparado con la eternidad. Ó bien una inmensa torre de bronce, á la cual un pajarito concluye por deshacer completamente con solo posar sus patitas en ella una vez cada siglo durante un segundo .. ¿qué son igualmente en comparación de la eternidad los siglos pasados en producir esa ruina? Nada, verdaderamente nada. Estas extrañas comparaciones aturden nuestra imaginación asombrada. Y sin embargo, ¡cuán insuficientes son!

Permitidme que os exponga otra comparación de que yo me sirvo para mi uso particular al hacer mis ejercicios anuales. Los astrónomos os dirán que existen estrellas cuya luz andando desde el origen del mundo no ha tenido todavía tiempo de llegar hasta nosotros. Y, sin embargo, Señores, la luz camina á buen paso, recorre próximamente 70.000 leguas por segundo. Ahora bien; imaginaos á través del espacio inmenso, á esa distancia vertiginosa, una de esas estrellitas; hace ya cien mil años, millares de siglos tal vez que desde allá ha partido un rayo de luz con más rapidez que el relámpago; durante esos millares de siglos ha corrido, ha volado, siempre en línea recta sin desviarse, sin

detenerse, á razón de 70.000 leguas por segundo... y todavía no ha llegado á nuestros ojos!... Pues bien, Señores, desandad á pie ese camino á razón de una legua por hora, y tratad de ver con vuestra imaginación aturdida el cúmulo de siglos que necesitaréis para llegar al término... En realidad eso sería una nonada al lado de la eternidad. Y la razón de esto es muy sencilla... es que en todas esas concepciones, el mar, la torre de bronce, la trayectoria ideal de la luz, hay una medida, un fin, un término... mientras que en la eternidad no hay nada de eso. El tiempo y la eternidad son dos ideas sin analogía posible, porque pertenecen á dos órdenes distintos. Se demuestran estas cosas perfectamente en matemáticas, sirven de base al cálculo infinitesimal; mas yo no puedo entrar aquí en consideraciones matemáticas.

Sea de esto lo que quiera, reconoceréis que setenta años en comparación de la eternidad viene á ser una cosa casi irrisoria, una cantidad que sin ser rigurosamente nula, es, sin embargo, en presencia del infinito, realmente despreciable.

He aquí pues lo que yo digo á ese joven: Hijo mío, no pienses demasiado en esos setenta años, piensa en lo restante... en lo infinito.

Y ved lo que le decís vosotros: Amigo mío, piensa en esos setenta años... y no te preocu-

pes de lo restante; esotro no es más que el infinito.

¿Quién de nosotros, os pregunto, coloca mejor al joven frente á frente de su verdadero destino? Os afirmaba que yo jugaba limpio, confesad también que tengo buen juego, el único juego que se funda en la verdad.

Quiero establecerme en el extranjero, sin ánimo de volver, y pido consejo á un amigo. Este me conduce á la estación, me abre un coche de primera, y me instala en él... «Un momento... ¿á dónde me va á conducir este tren?»—No os preocupéis de eso... tenéis cinco horas que pasar andando, sentaos bien, aquí tenéis cigarros, periódicos, una novela, colocad vuestros pies sobre el calentador, abrigaos convenientemente.—«Todo eso está muy bien, pero una palabra... ¿dónde voy á apearme?»—No penséis en eso; eso es demasiado inquietante... pensad solo en la hora presente, es la hora del viaje... cuando hayáis llegado al término, tendréis tiempo de sobra para ver dónde estáis...»

Reconoceréis que mi amigo carece de sentido común. Pues bien, Señores, ¿no es eso lo que sucedería fatalmente por desgracia al pobre joven que siguiera vuestros consejos? Se escogería su

destino en la vida presente, para la vida presente... Se ha propuesto un objeto y trata de alcanzarlo en la abogacía, en la magistratura, en el ejército, en las ciencias, en la literatura ó en las artes; trabaja, se afana... En fin, vedle ya en la cumbre. Supongámosle dichoso, si os place... Goza de fortuna, de honores, de gloria; posee los afectos que hacen feliz la vida; *il est arrivé*, según una frase recibida y hecha á propósito para mi pensamiento. Ha llegado á conseguir su objeto, *il est arrivé*, y en el fausto sumptuoso de su morada, rodeado de su esposa y de sus hijos, le sonrían todos los placeres, todos los triunfos le coronan, descansa y goza. De repente se abre su puerta... vuelve el rostro... Es la muerte... pálida, envuelta en los rígidos pliegues de su sudario: «Hermano, es preciso morir...» ¡Morir! ¡morir!... ¡Oh, cómo retumba esta palabra en su oído!... ¿Es posible? ¡morir!... pero... ¡si él no ha pensado todavía en morir!... ¡Morir! pero ¡si no ha dispuesto nada para morir!... ¡si todo lo había preparado para vivir!... ¡Cómo se rebelan su instinto y su pensamiento!... ¡Cómo lucha bajo la presión de aquella mano huesosa!... Pero, ¿quién ha vencido jamás á la muerte?... Implacable, tiéndele inerte, solo y desnudo en el ataúd...

Su vida, esa vida en la que vosotros hicisteis

que fijara su pensamiento, esa vida que había sido el objeto único, el objeto final de todo su trabajo, de todos sus afanes, ¿en qué ha venido á parar?... ¿qué es lo que le resta de ella? De su fortuna y de su lujo, ¿qué es lo que le queda?... De sus triunfos, de sus honores, ¿qué es lo que conserva? De sus goces, de sus comodidades, de sus placeres, ¿qué lleva consigo?... Ved cómo se aleja ese pobre ataúd. ¿Qué hay dentro? Nada de lo que fué la vida y el ídolo de ese corazón ya helado. Y llega despavorido al otro lado de la tumba, á esa vida llena, definitiva, la verdadera, la grande, la inmortal vida del hombre... ¿Creéis que entonces sea todavía tiempo de prepararse la entrada en ella?

He ahí las sorpresas que se evitan los delirantes y los hipnotizados de que hablamos hace poco. Aun escogiendo el vivir en el mundo, no verán en él más que una etapa del camino que les conduce á un más allá, y dispondrán su viaje teniendo esto en cuenta, lo cual me parece prudente... Porque, Señores, no se vuelve del otro mundo...; cuando se va allá ¡ay! es para no volver, y no puede uno prepararse por segunda vez para hacer bien este viaje.

Otra compasión experimenta el mundo hacia los jóvenes y las doncellas que le abandonan. «¡Á los dieciocho años!... se dice; pero ¡si á esa edad no se sabe lo que se hace!» ¡En esto, Señores, soy de vuestro parecer!...

¡Oh, cuán cierto es! ¡No! no se sabe lo que se hace á esa edad, ni tampoco á los veinte años, ni á los treinta. Ni siquiera se sabe siempre á los cuarenta; y no son pocas las personas que pasan su vida entera sin saberlo. Esa ignorancia del fondo de las cosas y del porvenir, inficiona todas las determinaciones humanas y les comunica un carácter aleatorio á veces muy lamentable. Mas es preciso resignarse á ello. . y yo veo que á ello os resignáis valerosamente vosotros mismos. ¿No es hacia esa edad, á los veinte años, á los dieciocho, cuando vosotros decidís también de vuestra vida, cuando vosotros también, con el corazón ligero, la mirada radiante de esperanza, los labios llenos de sonrisas, os arrojáis en brazos de los cuales no podréis desprenderos jamás?... ¿No es á esa edad cuando vosotros encadenáis vuestra existencia con lazos que por nada, ni del cielo ni de la tierra se han de romper?

He dejado de decir — ¡se cuentan tantas cosas!... — que á veces os llegaba la desilusión como un triste despertar después de un agrada-

ble sueño, y que habiendo palidecido el sol de los primeros tiempos, una luz más sosegada y más distinta os hacía descubrir contrastes demasiado profundos entre el ideal soñado y la realidad escogida.

Ante esos tardíos descubrimientos, ¿qué hace un hombre caballeroso, una mujer de espíritu y de carácter? ¡Ah, Señores! llevan en paciencia su infortunio, y con la honradez de una grande alma, con la fidelidad de un gran corazón soportan valerosos el peso de un deber que ellos mismos se han creado.

Si sucediera que más tarde en la vida el sacerdote, el religioso, la religiosa llegasen por su parte á semejante descubrimiento, obrarían como vosotros: con la honradez de una grande alma, con la fidelidad de un gran corazón soportarían el peso del deber que se han creado.

Acabo de destruir lo que de buen grado llamaría yo la leyenda y la novela de la vocación religiosa.

Creedme, Señores, la realidad vale mucho más. ¡Qué de cosas pudiera yo contaros, sencillas, ingenuas, cándidas, pero grandes, solemnes y conmovedoras! El tiempo no me lo permite. Dejadme, no obstante, referiros al ménos una que ha pasado casi ante mis ojos.

En mi pueblo natal, pequeña villa de Flandes, muy pacífica, muy piadosa, un poco muerta, no muy poblada, el hombre que no cumplía sus deberes de cristiano era en seguida conocido de todos, y tales hombres eran bien pocos. Los niños que oían decir de ellos: «¡Infelices, no han cumplido con Pascua!» les miraban con no sé qué expresión de espanto y de tristeza.

Pues bien, entre aquellos infelices había uno honrado como la justicia, recto y leal como una espada, digno y grande, compasivo y limosnero con los pobres, de gran corazón y siempre dispuesto al bien. Perteneecía á una de las familias más distinguidas de la villa, se le respetaba, se le amaba, no había más que elogios cuando se hablaba de él, pero se añadía siempre: «¡Qué desgracia que esté alejado de la Iglesia!... no cumple con Pascua!»

Tenía el infeliz dos hijas encantadoras ¡Cuántas veces en sus conversaciones íntimas las pobres habían deplorado respetuosamente la indiferencia religiosa de su padre! ¡Cuántas veces habían pedido á Dios que cambiase aquel corazón que tanto amaban! Un día les vino un pensamiento... las dos se abrazaron, su suerte estaba resuelta!...

Poco tiempo después la mayor dirigiéndose

á su padre: «¡Padre, le dice, quisiera hacerme religiosa!»

El padre retrocedió, se puso pálido: «¡Oh, hija mía!... ¡oh, hija mía!» le respondió... y quedó sin voz... Mas bien presto, recobrando la calma y la virilidad de su carácter... «Hija mía, añadió, si tú crees que allí está la dicha, no me opondré á tu felicidad; pero, piénsalo bien, yo te ruego que esperes todavía un año.» Esperó la hija, y fué con su padre á recorrer la Alemania, la Suiza, la Italia, la Francia...; después, como permanecía inquebrantable, el mismo padre la condujo á París al convento *des Oiseaux*, donde deseaba entrar. Allí la abrazó por última vez; la pesada verja se cerró tras de ella, y el padre se volvió solo, con luto en el alma, á la pequeña villa de Flandes.

¡Pasó un año!... Un día, la más joven de aquellas hijas queridas se presentó á su vez á su padre diciéndole: «¡Padre, también yo quisiera entrar religiosa!» Esto era ya demasiado duro; el padre no supo qué responder, la tomó en sus brazos y mezcló sus lágrimas con las de su hija. Mas no se opuso en manera alguna á sus deseos, hizo con ella el mismo doloroso viaje que había hecho con la mayor... y en aquel gran París la puerta del claustro se cerró tras de sus dos adoradas hijas!...

Á la vuelta ¿qué pasó en el alma desolada del padre?... ¡Solo Dios lo sabe!... Un día se le vió pensativo y meditabundo tomar el camino de la iglesia; entró en ella... cuando salió había vuelto á ser cristiano.

Aquel mismo día, una amiga que sabía el misterio anunció inmediatamente la buena noticia á las dos religiosas de París. Estas, llenas de febril ansiedad abrieron el despacho telegráfico; un grito se escapó de sus pechos, y derramando lágrimas se arrojaron la una en brazos de la otra... Dios había aceptado su sacrificio. Entrambas, una en pos de otra, se habían ofrecido como víctimas por el alma de su padre!...

Dios se mostró generoso con el anciano padre, Señores... Durante la guerra franco-prusiana, la víspera del ataque de París, todas aquellas santas religiosas, llenas de justo recelo se dispersaron. Las dos hermanas vinieron á refugiarse en casa de su padre... Se les reservó un ala de la casa paterna; uno de los grandes salones fué transformado en capilla para su servicio, las religiosas legas que las habían acompañado formaron con ellas como un pequeño convento... y el anciano padre pudo todavía gozar de la presencia de sus hijas... Cuando se concertó la paz, regresaron á París.

La despedida fué triste aún, pero más dulce;

fué todavía un sacrificio, pero mucho más resignado, más cristiano y más próximo á la recompensa. Algunos meses después salió el padre de este mundo á recibirla en el cielo.

Este género de novelas lo encontraréis, Señores, en el recinto de los claustros; pero esos dramas convulsivos que el mundo imagina, ¡oh, esos no!

Os he dicho ya cómo se forman las vocaciones sacerdotales y religiosas. Síguese luego lo que se llama el seminario ó el noviciado. Allí durante un tiempo muy largo se acumulan las pruebas á porfía; allí se bebe, si puedo expresarme así, toda la quinta esencia del cáliz; se experimenta la vida que se ha escogido en lo que tiene de más penoso, de frío y de duro: de modo que al terminar esos años el joven ó la doncella se comprometen con perfecto conocimiento de causa.

Se dice que si el matrimonio tuviera su noviciado contaría esta orden pocos profesos... No lo creo así; pero estoy seguro que, antes de hacer los votos definitivos, se cambiaría muchas veces de convento.

Después llega la hora, ¡la hora solemne!...

Allí están, colocados ordenadamente en el coro de la antigua Catedral, de pie, ante el altar. El Obispo con el esplendor de sus vestiduras litúrgicas, con la mitra en su cabeza, y llevando en su diestra el áureo báculo pastoral, los interpela por última vez: «Hijos míos muy amados, reflexionad aún en la carga que hoy vais á echar sobre vuestros hombros. Hasta ahora sois libres; todavía está en vuestra mano el pasar á la vida del siglo. Dentro de poco ya no os será permitido revocar vuestras determinaciones. Mientras es todavía tiempo, reflexionad.»

El Obispo se calla, y bajo las bóvedas del templo reina un grave é imponente silencio.

«Mas si perseveráis, prosigue el Obispo, en vuestra santa decisión, en el nombre del Señor acercaos.»

Y ellos avanzan, y se acercan, ¡dan el paso!... ¡Este paso abre entre ellos y el mundo un abismo que con nada jamás podrá llenarse!

¿Y la joven? ¡Ah! Señores, la Iglesia ha rodeado su sacrificio de una pompa todavía más conmovedora. Quiero describiros la toma de hábito de una pobre Clarisa y su profesión: en las demás órdenes el rito puede cambiar, pero su simbolismo es idéntico.

Llegado el día, se prepara como una desposada para el altar del himeneo... Vedla, va avan-

zando apoyada en el brazo de su padre; en su vestido blanco resaltan las flores... flores del mundo; en su frente lucen también flores entrelazadas en forma de diadema, y por debajo de ellas caen esparcidos y flotantes sus largos cabellos... Se adelanta sonriendo. La siguen transidos de dolor por la amargura de su sacrificio, su madre, sus hermanos, todos esos seres queridos de la tierra.

El órgano entona el *Veni Creator*: «Venid, Espíritu Creador, penetrad en nuestras almas, llenad de la gracia celestial estos corazones por vos criados.» Llega la postulante al altar: «Hija mía, le pregunta el sacerdote, ¿qué deseáis?»

Y ella con voz conmovida, pero vibrante, responde:

—La gracia de entregarme á Dios.

—¡Que Dios os la conceda!... Y le presenta en un azafate... el verdadero regalo de bodas; en él se encuentran los tesoros que ella ambiciona... el hábito burdo, el velo negro, la cuerda nudosa que ha de ceñir su talle... Y mientras continúan los cánticos, ella se retira... Quitase su vestido de seda; sus encajes, sus joyas, sus flores desaparecen. «Hija mía, le dice la abadesa, que Dios despoje tu corazón del amor del siglo, y derrame en él los santos deseos de la vida eterna.» Y al decir esto rechina el acero

de las tijeras y caen los hermosos cabellos de la postulante!...

Vuelve en seguida precedida de toda la procesión de las religiosas viniendo ella la última con un gran crucifijo entre sus manos... ¡Oh padre, oh madre! ¿reconocéis á vuestra hija? ¿La reconocéis bajo los pliegues sin gracia de ese hábito grosero, bajo los velos blancos que ocultan su frente despojada?

«Hija mía, le vuelve á preguntar el sacerdote, ¿perseveráis en vuestro deseo?»

Y ella siempre enérgica: «Quiero; contesta, separarme del mundo para siempre.»

—Amén— responde el coro conmovido...

Entonces, Señores, ante el altar, sobre las frías losas se tiende el negro paño de los funerales... La joven deposita allí el gran crucifijo á que venía abrazada. Se vuelve, por última vez, abraza á su padre, á su madre, á todos aquellos á quienes ama y que va á dejar para siempre. . luego, se tiende sobre aquel paño fúnebre, con los brazos en cruz, y los labios sobre los pies del Salvador. Las campanas doblan á muerto, el coro entona los lúgubres cantos rituales, y el Preste con el aspersorio y el incensario esparce sobre la difunta el agua bendita y el incienso de las tumbas... Detrás de ella siéntense los gemidos, las lágrimas y los sollozos ahogados de

aquellos á quienes ella abandona... y que la ven morir!...

Por fin se levanta, y tomando en sus manos á su divino Esposo, se presenta por última vez al sacerdote. Junto á este hay una corona de espinas, la toma, y poniéndosela sobre la frente: «Recibid, hija mía, le dice, la corona de las esposas del Crucificado.» Y así adornada, así coronada, con el crucifijo siempre entre sus manos, la celeste desposada, al canto del *Te Deum* penetra en los silenciosos corredores del claustro... Bien pronto los cantos se extinguen, la vieja puerta gira sobre sus goznes, el hierro del cerrojo se desliza entrando en la piedra. ¡Todo ha concluído!... La joven ya no es de este mundo.

Contemplad, Señores, en adelante, tanto al sacerdote como á la religiosa en su nueva vida. ¿Qué vida es esa? ¿Cuál es el papel que ese sacerdote y esa religiosa van á desempeñar en la sociedad? ¿Cuál será su influencia sobre el progreso moral de la humanidad? Yo me lo pregunto y mi respuesta no es dificultosa.

La religiosa va á instruir á los niños ó á cuidar á los enfermos; se hará la madre de los huérfanos, la consoladora y amiga de los pobres, reco-

gerá á los ancianos desamparados para cuidarlos y servirlos, vendrá á amortajar y velar á vuestros muertos, correrá al campo de batalla para socorrer á los heridos y asistir á los moribundos; no habrá dolor, ni sufrimiento, ni desamparo, ni miseria, ni corazón herido á que ella no abra sus brazos y su propio corazón. Mirad ese gran cuerpo social, ahí tendido en el mundo, enfermo, calenturiento, convulsivo, siempre en víspera de crisis fatales... Mirad sus llagas, sondeadlas... no hay una sola que no tenga su correspondiente religiosa para curarla y venderla.

Ella es el amparo y refugio de los ignorantes, de los menesterosos, de los que sufren y de los débiles.

¿Y el sacerdote?... ¿Cuál es su papel primordial?

Enseñar á los hombres la ley de su inteligencia, es decir, el deber; y no enseñárselo solo en discursos teóricos, sino conduciéndolos como por la mano, para que hagan de esas enseñanzas el alma de su vida; tomar al hombre y amoldarle al deber, y conducirlo de nuevo á él cuando de él se ha apartado, y recordársele sin cesar fortificándole contra sus desfallecimientos. Y para llegar á su término, para cumplir esa misión, empezará también por enseñar á los niños,

por consolar á los que sufren, por socorrer al pobre, por acudir á todos los dolores y á todas las miserias.

También él es el refugio y amparo de los ignorantes, de los menesterosos, de los que sufren y de los débiles.

No pasemos adelante, Señores; supongamos que su papel se limita únicamente á eso. No necesito más.

Prestar luz á la inteligencia humana.

Prestar energía á la voluntad humana.

Prestar resignación á los corazones humanos

Y bien, ¿qué es eso?

¿Eso?... Eso no es ni más ni ménos que salvar la sociedad.

¡Salvar la sociedad, os digo!... Porque lo que pierde á las sociedades y las corroe poniéndolas á punto de morir,

Es la ignorancia y la oscuridad en el entendimiento.

Es la indisciplina en las voluntades.

Es la insubordinación en los corazones.

Se reconoce generalmente, Señores, que el sacerdote y la religión, predicando la sumisión al poder jerárquico y la resignación á los desheredados de este mundo, llevan á cabo una obra verdaderamente social; pero se contradice vivamente que su enseñanza produzca la luz en

las inteligencias. Se nos niega absolutamente la capacidad requerida para este efecto. Nosotros somos unos ignorantones, apagaluces, oscurantistas... Los epítetos denigrantes son muchos más, pero como se diferencian poco, me dispensaréis su enumeración.

Yo no voy, ya lo comprenderéis, á detenerme en demostraros lo contrario; yo no puedo ofrecerme á repetir delante de vosotros mi examen de doctor en ciencias; esto sería bien poco recreativo para vosotros. Me limitaré pués á algunas observaciones rápidas.

En diversas circunstancias me he encontrado con sabios formales, espíritus superiores que realmente arrojaban luz en el mundo; los he tratado frecuentemente y me he honrado con su amistad y con sus lecciones; no participaban por cierto de mis creencias, y á veces no tenían ningunas. Sin embargo, á todos los he encontrado respetuosos, modestos, indulgentes, aun con la ignorancia, no rebajándose á pronunciar discursos sonoros para hacer valer su mérito, que brillaba por otra parte, y no dejándose ofuscar ni llevar de la envidia por el mérito ajeno, sino reconociéndole con benevolencia.

Me he encontrado con otros, semisabios, bastante desdeñosos, que se preciaban pomposamente de sus títulos, muy deseosos de entablar

discusión conmigo, y yo no he rehusado hacerlo, mas su comportamiento era siempre cortés y correcto.

En fin, Señores, también me he encontrado con algunos á quienes de ningún modo podía yo reconocer por sabios ni otorgarles derechos en materia de ciencias, y que no participando siempre de mi fe religiosa, parecían autorizarse de esta divergencia para echarme grandes discursos sobre los descubrimientos modernos, las conquistas de la ciencia moderna, los progresos modernos... y el oscurantismo del pasado. Lo moderno, por supuesto, eran ellos; el pasado era yo.

No puedo resistir al deseo de contaros una sencilla aventura que me sucedió un día y me divirtió mucho. Viajaba por el ferrocarril en un coche de segunda; en mi departamento íbamos solo dos: un caballero y yo. Una cerilla que le alargué para encender su cigarro sirvió también para que prendiera fuego la conversación. «Muchas gracias, *Señor Cura,*» me dijo, acentuando con mucho énfasis las últimas palabras, y luego se enfrascó en consideraciones solemnes acerca de la ciencia moderna. Yo le dejé hablar, queriendo ante todo formarme algún juicio de mi hombre; no tardé mucho en hacerlo. En su perorata había llegado á ponderar las

bellezas del telégrafo... «¡Qué dirían, exclamaba, los muertos de hace un siglo, si ahora volvieran á la vida, etc.!» Y así por el estilo eran todas sus consideraciones, muy nuevas, muy profundas, muy científicas. Aprovechando una pausa le interrumpo diciéndole como si se tratara de cosas vulgares: —¿Y qué me dirá V. de la telegrafía doble?— ¡Silencio súbito!; mi hombre quedó cortado. «¡Telegrafía doble..., telegrafía doble!...»

Evidentemente, el pretendido sabio no sabía lo que era aquello, y no pudiendo honrosamente dirigirme un «¿y qué es eso?» él, el moderno, á mí al pasado; escapóse por la tangente con uno de esos «sís» vagos que tienen la ventaja de no decir nada, y con un brusco cambio de conversación se puso á hablar de la riqueza carbonífera de la tierra...; ¡acababa de leer en su periódico que había provisión de combustible para veinte millones de años! Entonces hice recaer la conversación sobre el equivalente mecánico del calor... ¡Nueva detención y silencio súbito!... Llegué á usar con él de una crueldad implacable; le hablé de la espectroscopia solar, de la desviación de las rayas estelares, de la escintilación por interferencia y por refracción...; le quería ver á mis pies... y el pobre hombre vino á echarse por sí mismo. Aquel gran sacer-

dote de la ciencia moderna era un digno comerciante retirado que había hecho su fortuna en el comercio de paños, y leía de ordinario la revista científica de un periódico de cinco céntimos. El moderno era él, el pasado era yo, y os aseguro que el moderno estaba lleno de desdén hacia el pasado.

Dejemos pues, Señores, á un lado á los verdaderos sabios; dejemos también aparte, si os parece, á los semisabios; yo no tengo inconveniente ninguno en colocarme á la zaga de todos ellos. Pero cuando considero á esa otra turba multa y charlatana de pretendidos sabios que nos echan en cara nuestro oscurantismo, sea cualquiera la posición á que ellos pertenezcan, políticos ó pedagogos, ingenieros, médicos, tenderos muchas veces, empleados, escritores, etc., y me digo á mí mismo, pobre apagador: «Mira, esos son unos astros;» no puedo, á pesar de toda la voluntad que pongo en ello, á pesar de toda la caridad y de toda la humildad que me impongo á mí propio, no puedo, repito, llegarme á convencer de ello, ni mucho ménos á demostrármelo... ¡Eso! ¡eso un astro!... ¡No! yo no veo la gran acción civilizadora de los tales señores, ni el gran progreso que merced á ellos hayan logrado las ciencias, ni la gran luz que difunden sobre la sociedad contemporánea...

Después de todo quizá mis ojos no están hechos para contemplarlo, y los de otros quedan por ello deslumbrados. No es esto imposible. Cuando la mona de la fábula mostró su linterna, muchos animales no vieron con ella gota... yo hubiera sido de estos... y no obstante el pavo real vió con ella alguna cosa.

Pero me he detenido mucho tiempo delante de este obstáculo callejero; prosigo.

Os he referido ya el papel y la función social del sacerdote y de la religiosa. En este organismo complicadísimo de las sociedades humanas, toda función que concurre de un modo cualquiera, por remoto que sea al objeto y fin común, es digna de honor y merece respeto. Eso precisamente es lo que quería decir aquel antiguo proverbio: «no hay oficio deshonesto.»

Al pobre albañil, y aun al peon de albañil que pasa por la calle con su tosco vestido manchado de cal, con los utensilios de su trabajo á la espalda, si tengo sentimientos humanos le respeto, porque cumple con su misión y deber, como yo con el mío, y si tengo corazón no me avergonzaré de estrechar con mi mano la suya callosa, porque es un hermano, un hermano de la misma carne y de la misma sangre que yo.

Sin embargo, si debo honrar á todos, no debo á todos igual honor. Las funciones y cargos tienen en la sociedad una escala de orden y de preeminencia; para colocarlas en la altura conveniente hay una regla sencillísima y clarísima. La dignidad de una función ó cargo se mide por la dignidad de su objeto. Ese campesino zapatero que calza á la sociedad honradamente tiene derecho á mi respeto, pero no en el mismo grado que el legislador que le da leyes y el jurisconsulto que las interpreta.

Todo esto es bien claro y no me exigiréis que insista sobre ello.

Ahora bien; ¿en qué rango vais á colocar al sacerdote y á la religiosa, en la escala de las dignidades sociales?

¿El objeto de sus funciones?... Pues no es otro que el corazón humano, la voluntad humana, la inteligencia humana, en una palabra, toda el alma humana, es decir, lo que hay de grande, de noble, de elevado, y aun me atrevería á decir, de divino, en la naturaleza humana; lo único que en la naturaleza humana es grande, noble, elevado, divino... Porque en verdad, ¿que es lo restante del hombre?... músculos, nervios, huesos, un objeto de anfiteatro anatómico en que estudia la medicina. ¿Dónde pues se halla el puesto de la religiosa y del

sacerdote? En lo más alto, Señores, en la cumbre social, con el cielo sobre sus cabezas y la tierra bajo sus pies.

Refiérese que un día el joven duque de Borgoña, irritado por las reprensiones de Fenelon, se atrevió á decirle: «Señor, sé quién soy yo, y quién sois vos.» Fenelon dejó pasar la tormenta, y cuando volvió la calma: «Señor, le dije á su vez, me dijisteis ayer que sabíais quién erais vos, y quién era yo: es deber mío manifestaros que no sabéis lo uno, ni lo otro. Vos os creéis mi rey, y sois mi alumno; vos me creéis vuestro súbdito, y soy vuestro Obispo.»

Y con más noble altivez acaso, Bossuet, en plena Cuaresma, delante de la corte exclamaba: «Humilde súbdito del rey en cualquiera otra parte, en el templo, en el ejercicio de mis funciones religiosas, soy superior á él, el príncipe no es más que mi auxiliar.»

Os causa extrañeza mi lenguaje, Señores, y quizá muchos de vosotros os sentís tentados á decirme que esas son pretensiones del antiguo régimen. Yo os confieso que personalmente no echo mucho de ménos el antiguo régimen; sin embargo, si mi pretensión se remontara á ese tiempo, tendría que resignarme á ello. Pero demostradme que discurro y raciocino mal, y renunciaré á mi pretensión.

Por lo demás yo os aseguro que aquí en Flandes no sueño en la vuelta de los diezmos ni en el restablecimiento de los Estados del clero.

¡No! ¡no! Dejemos dormir en profundo sueño á todas esas cosas muertas. Lo que yo reclamo, en lo que sueño, si queréis, es en que al menos vosotros, vosotros que veis con claridad y que juzgáis con rectitud, tributéis al sacerdote y á la religiosa el respeto y el honor á que tienen derecho.

Habláis, Señores, del antiguo régimen. En aquellos tiempos la vida sacerdotal y la vida religiosa se presentaban á los jóvenes y doncellas bajo dos aspectos que ya no tienen hoy día.

En el momento de la deliberación que os he descrito no ha mucho, en la columna de las razones en pro podía escribir: «Gran consideración y gran fortuna.» El sacerdocio y la vida religiosa podían entonces conducir, y de hecho conducían frecuentemente á la una y á la otra. No diré que estos motivos rastreros no tuviesen á veces su influencia en las deliberaciones de entonces. Pero hoy día, Señores, esos mismos motivos pasan á la columna de las razones en contra; al presente hay que escribir en esta columna: «Poca consideración y poca fortuna.»

Por lo demás, Señores, la fortuna no es la felicidad, ni siquiera lo es el honor, y honor solamente era lo que yo os demandaba.

Mas la consideración... ¡es un bien tan dulce y tan precioso al corazón del hombre! ¡Es tan grato el sentirse estimado, y tan repugnante el sentirse despreciado!

Pues bien, la consideración huye de nosotros no ménos que la fortuna. ¡Cuántas personas hay, Señores, que se avergüenzan de conocernos, que conociéndonos se ocultan de nosotros, y antes de darnos la mano miran en torno suyo á ver si hay quien les observe!... ¡Cuántas personas que, para venir á estar con nosotros, aguardan á que se acerque la noche, y furtivamente se deslizan á la sombra de los reverberos para que nadie los descubra!... ¡La consideración?... Pero, Señores, ¡si en las calles de vuestras grandes ciudades el último de los patanes y aun los niños mismos se creen con derecho á injuriarnos!

¡Por fortuna vienen esas injurias ordinariamente de tan bajo, que se puede pasar por encima, sin levantar mucho su orgullo! ¡Sin embargo, el corazón siente la herida!

¡Cómo! he pasado quince años de mi vida en estudiar las ciencias y las letras, la filosofía y la historia; después no he vivido más que para es-

clarecer, fortificar y consolar á los demás; me consagro exclusivamente á obrar bien, y por él me sacrifico y me anonado; no tengo un remordimiento en mi corazón, ni el más leve motivo de que aparezca avergonzada mi frente...; y ese viajante de comercio, recién salido de una trastienda, con un poco de jerga francesa y sus cuatro reglas fundamentales por toda ciencia, podrá, ínterin muestra sus géneros, insultarme cara á cara?!

«Hijo mío, el siervo no es de mejor condición que su Señor. Á mí que soy el Señor me han injuriado; dejad pues que os injurien á vosotros, que sois mis siervos.»

¡Es verdad, Dios mío, y vos les habéis perdonado!

Hay circunstancias en que el perdón es bien fácil.

Un día, muy apresurado porque era ya la hora, entraba yo precipitadamente con un amigo en un coche del tren... Siempre el ferrocarril... es el lugar de los encuentros, de las observaciones delicadas, y de los estudios morales, muy divertidos á veces, á fe mía. Mi traje desagradó visiblemente á los viajeros colocados frente á mí.

El que estaba más inmediato á mí me miró detenidamente de pies á cabeza con aire des-

deñoso y lleno de incontestable superioridad; luego, terminado su examen, me volvió bruscamente las espaldas. No me apesadumbré mucho por esto; también yo había mirado tímidamente al personaje, y me pareció que no perdía gran cosa con su cambio de frente. Tenía, sin embargo, cierta curiosidad, y hubiera querido saber quién era aquel *monsieur* que miraba tan desdeñosamente á los sacerdotes, y cuál era su posición en la jerarquía social.

Al bajar del tren, pregunté á mi amigo:

—¿Conoce V. á ese compañero de viaje?

—Un poco, de vista.

—¿Y qué es?

—¡Un traficante en bueyes!

Yo os aseguro que me fué fácil el perdonarle, y que fué grande mi satisfacción de no haber conquistado á las primeras de cambio la estima de hombre tan digno.

Pero, Señores, á veces el corazón se rebela, la sangre se sube á la cabeza, y la exasperación bulle!

Al fin y al cabo, que un hombre injurie á otro hombre, ¡pase!; pero que un hombre injurie á una mujer, á una de esas pobres mujeres, tan

inofensivas, tan buenas, tan santas, tan humildes, tan vergonzosas, tan tímidas y tan desarmadas!...

¡Oh, eso es cobarde! ¿no es verdad? Decid, ¿no es verdad que eso es cobarde?... Pues bien, de semejantes cobardías se precian esos «astros» de que hablábamos hace poco!...

¿No habéis visto jamás á la puerta ó en el vestíbulo de un hotel á dos Hermanitas de los pobres esperando limosna? Allí están, del todo envueltas en los pliegues de su manto negro, con los ojos bajos, silenciosas, modestas, con una celestial sonrisa de bondad en sus pálidos rostros.

De este modo esperaban un día, y pasando delante de ellas un extranjero, — sin duda un cochero enriquecido de la noche á la mañana, — una de ellas se dirigió á él y le pidió limosna; «para nuestros ancianitos, si lo tiene á bien, señor.» Pronunció el tal una palabra innoble, y volviéndose la escupió en el rostro.

Firme en medio de aquella injuria, sin que una fibra de su bello rostro se conmoviera, y acordándose sin duda de que Jesucristo también se había dejado escupir en el rostro, la hermanita se puso delante del miserable, y mientras se limpiaba el rostro: «Esto era para mí, señor, le dijo; y alargando tímidamente la mano añá-

dió: ahora para nuestros pobres viejos, por amor de Dios.»

Quedaba todavía un resto de corazón en aquel bruto; así es que cayó de rodillas y le pidió perdón.

Hasta ahora, Señores, no he considerado al sacerdote y á la religiosa y su acción social más que desde el punto de vista natural; quería que me entendieran aun aquellos mismos que, no participando de mis convicciones religiosas, se encierran en un estrecho naturalismo, y no salen del recinto limitadísimo de sus opiniones filosóficas. ¡Ah! ¡cuánto se ha empequeñecido de esta suerte el papel del sacerdote!... Ese no es ya un sacerdote, ese no es más que un sabio que á la manera de los filósofos antiguos trabaja en la perfección moral de su pueblo y de su patria. Es grande, bien lo veo, en ese papel limitado; pero ese no es el sacerdote.

No es ese sacerdote que en los primeros días de vuestra peregrinación en la tierra ha bautizado vuestras frentes de cristianos y cristianas; ese sacerdote que ha colocado entre vuestros puros labios, á los diez años, el día de la primera comunión, el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo; ese sacerdote que ha escuchado la confesión

temblorosa de vuestras faltas y las promesas emanadas de vuestro arrepentimiento; ese sacerdote que ha bendecido vuestro matrimonio, y que volviendo á comenzar su papel en una generación nueva, ha bautizado á vuestros hijos; ese sacerdote, en fin, que cuando llegue para vosotros la hora de decir adiós á la escena de este mundo, en medio de las lágrimas y del dolor desgarrador de la partida, después de derramar las divinas aguas del perdón sobre las tempestades de vuestra vida, dirá dulcemente á vuestro oído moribundo este himno de inmortal esperanza: «Partid, alma cristiana, partid de este mundo en nombre de Dios que os ha criado y que os ha redimido... Que hoy sea vuestra morada allá en la celestial Sión; que vengan á vuestro encuentro los Ángeles, y el senado glorioso de los Apóstoles, y el purpurado ejército de los Mártires, y el coro inmaculado de las Vírgenes; Cristo mismo, en fin, se os aparezca y os reciba en el ósculo de la paz.»

No, yo no os he mostrado á ese sacerdote, el verdadero sacerdote, porque se halla colocado en esas regiones de la vida sobrenatural, adonde únicamente las alas de la fe pueden trasportar el corazón.

Mas no importa; lo poco que os he dicho basta para demostrar que el instrumento más

activo, el apoyo más sólido, el defensor más invencible del orden social, aun en nuestras sociedades contemporáneas, es el sacerdote.

Y, Señores, no se engañan acerca de esto esas nuevas capas sociales, cuya terrorífica aparición hiela de espanto á nuestra sociedad vacilante.

¿Os acordáis de aquellos días en que reinaba en París aquella horda de bárbaros, no extinguida del todo por el ejército de Versalles?

Estábamos al fin del segundo sitio. Los comunistas, en todo su furor, enloquecidos por sus derrotas, se hallan poseídos de una rabia feroz. En ondas de petróleo han incendiado las Tullerías, el Louvre, el Hotel de Ville, y todavía quieren quemar y destruir más; quisieran reducir á cenizas y lanzar á los vientos los restos de aquella sociedad del orden que renacía...

Pues bien, mirad... es ya de noche; hombres, mujeres y niños se precipitan por los corredores de la Roquette; desde el fondo de sus solitarios calabozos escuchan los rehenes gritos confusos y risas feroces mezcladas con los choques de las armas. De repente todo queda en silencio... Una voz retumbante llama diciendo: «Bonjeán, Deguerry, Clerc, Ducoudráy, Allard, Darbóy.» Á cada nombre se abre un calabozo, y es entregada una víctima. Luego son condu-

cidas al camino de la ronda entre dos filas de verdugos.

¡Oh qué cortejo!... Un cabo abría la marcha, iba después el Arzobispo de París dando el brazo al Presidente Bonjeán; en seguida, sostenido por los dos jesuítas, Clerc y Ducoudráy, marchaba el venerable párroco de la Magdalena, encorvado bajo el peso de sus ochenta años, y por último, M. Allard. Detrás de ellos, empujándose unos á otros para llegar más presto, armando sus fusiles y sus revólvers para tener el honor de descargar los primeros tiros, caminaba aquella turba de hombres, niños y mujeres.

En el fondo del camino de la ronda, contra una alta muralla, colocaron en fila y de pie á los que debían morir. Vióse entonces preparar desordenadamente todas aquellas armas, vióse á la turba apuntando, y luego á una señal retumbó la múltiple detonación...; las víctimas cayeron acribilladas y envueltas en su propia sangre.

Levantad esos cadáveres, Señores. ¿De quiénes son? De un magistrado y de unos sacerdotes: la Religión y la Justicia. Cuando la anarquía quiere vengarse de la sociedad, eso es lo que ella mata.

Ve con claridad, tira á la cabeza.

Una noche, en un sueño, Francisco Javier vió á Jesucristo seguido de un pobre negro, ciego, desnudo y hambriento. Contemplaba esta extraña visión, cuando de repente el Salvador tomó al miserable negro, y se lo cargó á Javier sobre las espaldas. Continuando en su sueño, Francisco lo llevó; sentíase agobiado bajo la carga, pero la sostuvo con valor. Algún tiempo después Ignacio de Loyola, su jefe, le daba la orden de partir á las Indias. Entonces comprendió la visión misteriosa: remienda su sotana, dice su biógrafo, toma su breviario y su báculo, y parte al día siguiente.

Señores, el pobre negro se presenta todavía al sacerdote y á la religiosa; ellos le ven aún ciego, desnudo y famélico, y como Javier, parten á través de los mares á regiones siempre lejanas, de ordinario mortíferas, á llevarle á él también la luz de su inteligencia, la fuerza de su voluntad y la paz de su corazón. El sacerdote y la religiosa se convierten en misioneros.

El papel de uno y otra no cambia por eso; es siempre el gran papel de iluminadores, de moralizadores, de pacificadores de que os hablaba hace poco; pero cambian el teatro y la escena. Dejadme seguirles con vosotros allá, á esas lejanas regiones, adonde se han desterrado, y en donde morirán sin volver á vernos!...

Las estadísticas eclesiásticas hacen subir á 6.000 próximamente el número de misioneros europeos actualmente diseminados por el mundo.

Esta cifra basta para mostrar que el misionero no es precisamente un personaje excepcional en los rangos del sacerdocio; su aparición no excita admiración ninguna. Cuando uno de nuestros amigos viene á apretarnos la mano y decirnos: «¡Adiós! me marchó... voy á las Indias...» nuestro corazón se conmueve quizá, pero nuestra alma no experimenta el choque de una sorpresa. El fenómeno es ordinario.

Podría parecer, Señores, que después del sacrificio de la familia, del porvenir, de la fortuna, después de todos los abandonos y renunciaciones hechas ya por el sacerdote, no exigiría un gran esfuerzo de valor el sacrificio de la patria y del suelo natal. ¡Oh, desengañaos! Yo mismo, yo también puedo recibir á cada instante la orden de partir, y, si esto sucediera, espero confiadamente que con el auxilio de Dios obedecería con intrepidez... Mas cuando me viene el pensamiento de la marcha, y se desarrolla ante mi imaginación la perspectiva de aquella vida nueva, siento que tiembla mi carne y se encoge mi corazón... ¡Oh, no es el honor, ni la fortuna, ni las comodidades de la vida lo que en este caso

cuesta dejar: el arroz de la China bien puede sustituir al queso de Flandes, y lo mismo podría decirse de la India! Pero hay algo mejor que eso en la vida, ¿no es verdad?

Hemos renunciado á la familia, es cierto; pero nos quedan aún nuestros padres, nuestras madres, nuestros hermanos, nuestras hermanas... No vivimos bajo un mismo techo; pero aquí al ménos podemos vernos alguna vez: vienen á visitarnos á nuestras casas, á nuestros conventos, á nuestros locutorios. ¡Oh, y con qué impaciencia se aguarda esa hora! ¡cómo palpita el corazón!... y cuando al fin nos encontramos allí, y sus manos estrechan nuestras manos, y nuestros ojos las contemplan... ¡Ah! vosotros no sabéis, no, no sabéis cuán dulce es, aun á través de las rejas, cuán dulce y consoladora es la vista de una madre!

Hemos renunciado á la familia, es verdad; pero tenemos hermanos y hermanas que tienen hijos á quienes desde pequeñitos han enseñado á pronunciar con veneración y amor nuestro nombre, á quienes hemos visto crecer y desarrollarse, á quienes nosotros mismos hemos tenido en nuestros brazos, que nos sonríen, que nos aman!... y que producen en nosotros la dulce ilusión de la paternidad.

Hemos renunciado á la familia, es indudable;

pero no hemos renunciado á la amistad: «la amistad, cosa rara y divina, decía Lacordaire, la más alta de las recompensas visibles aseguradas á la virtud.» ¡Cuántos corazones han venido á nosotros, heridos á veces y chorreando sangre á causa de los desengaños de la vida, y se han unido á nuestros corazones con dulces y tiernos lazos! ¡Qué de almas se han entrelazado á nuestras almas, y no se separarán jamás de ellas, porque ningún limo terrestre puede deslizarse entre ellas! ¡Y cuántas alegrías nos da Dios á gustar en esa «posesión recíproca de dos pensamientos, de dos voluntades, de dos virtudes, de dos existencias, libres siempre para separarse y que no se separan jamás!»

Ahora bien, Señores, decidme, cuando un día habla Dios al oído del sacerdote y de la religiosa, y le dice: «¡Ven, hijo mío, deja ahí esas últimas dulzuras de tu vida; déjalas ahí y ven!...» ¡Oh! ¿comprendéis la herida que esto debe producir en el alma?

¡Y él va, y parte!... La gran máquina del navío ha lanzado su siniestro silbido; la hélice empieza á dar vueltas levantando con sus ruidosos golpes un mar de agitadas ondas y de blanca espuma. Allí está él, sobre el puente, mirando el sitio desde donde los seres más queridos de su corazón le dan á gritos el último adiós...,

desolados y llorando como ante una tumba... ¡Oh, qué presto se extiende entre unos y otros la mar!... Ya no les oye, su voz para él es ya voz muerta; pero sus ojos gozan todavía de su posesión, ve sus manos que le saludan, ve sus pañuelos blancos agitados... ¡Sacerdote, levanta bien alto tu brazo hacia el cielo para que tu anciana madre le vea una vez más, la última vez de su vida, y para que sepa y comprenda que solo Dios puede exigir semejante martirio al corazón del hombre, y que allí en el cielo, al menos volverás á verla!

¡Oh, Señores; si supierais las tristezas de esas separaciones supremas, de ese adiós sin esperanza en este mundo!...

Antiguamente había en la vida del misionero un sello particular que podía darle cierto encanto humano y algún atractivo real, aunque pequeño. Era como una vida de viaje á través de regiones desconocidas, una vida aventurera, desligada de esos convencionalismos de nuestra vieja sociedad europea que esclavizan; una vida más ancha y más libre, en la que el celo y la iniciativa personal podían tomar vuelo á su gusto. Cuando la mente soñaba en ellas, veía pa-

sar ante sus ojos bosques vírgenes y pueblos de gente sencilla... Todo eso, Señores, hay que relegarlo ya á lo pasado; toda esa poesía ha muerto. ¡Cuántas veces el misionero al desembarcar de su larga navegación se encuentra con que tiene que enseñar rudimentos de latín y de griego allá en Calcuta, en Zika-Wei, en Alejandría, lo mismo que lo hiciera aquí en nuestros colegios seculares! Ya comprenderéis que esto no ofrece una perspectiva muy fascinadora.

Supongamos que tenga la dicha de escapar de ese viejo empleo académico. Vedle en una canoa india, en el campo de un rey de Zambeza, en una aldea de Tonkín ó de Annam: él mismo se construye su cabañita de tierra y madera, levanta con sus manos su iglesita de techo pajizo; predica, le escuchan, convierte, y se forma un rebañito de ovejas; salva almas. ¡Oh, Señores, esto es para él el triunfo y la felicidad! ¡Cuántas gracias da á Dios! ¡cómo le bendice! ¡cuán en poco tiene á trueque de esto todos sus sacrificios y sufrimientos!...

Pero ¡qué de veces también su palabra, sus oraciones, sus esfuerzos caen sobre un terreno estéril! ¡qué de veces, tras de años enteros de predicación, apenas consigue tener un neófito! ¡qué de veces aun en esos mismos casos en que ha trabajado con éxito, en que ha conseguido

formarse una pequeña familia cristiana, el oro de un enviado de las sociedades bíblicas protestantes le arranca una á una esas almas que á costa de tantos dolores había engendrado á la luz!

¡Ah, Señores! esa es una vida ruda, y que requiere corazones fuertes como el acero. Porque allí también llegan á su hora el desaliento y la tristeza, como sucede en toda vida de hombre, bien lo sabéis!... Buscad entonces, os ruego, buscad en derredor del misionero, en aquella soledad de su destierro, buscad un consuelo humano!... ¿Le encontráis?...

¡Yo conozco uno, sí... pero no conozco más que uno: ¡las cartas de Europa! ¡Oh! las muy apreciadas cartas, las dulces páginas escritas por los corazones que dejó allá en Europa, esas son el lenguaje de la patria, el acento de la madre, del hermano, de la hermana, de los amigos, es su alma vuelta á encontrar allí, en aquellos signos mudos en que vive su pensamiento... ¡Oh! sí, las benditas cartas, con qué impaciencia son esperadas, con qué ansia febril son abiertas, leídas, releídas, devoradas, y luego guardadas cuidadosamente como deliciosa reserva para los días malos!... Cuando lleguen luego el desaliento y la tristeza, después de pedir á Dios consuelo, él irá allí á encontrarlas de nuevo, á leerlas otra vez... y aunque estén ya amarillen-

tas, encontrará en ellas todavía una suavidad y una dulzura siempre nuevas; en ellas verá, por un instante al ménos, pasar y repasar ante sus ojos las figuras benditas de aquellos á quienes amaba y ha abandonado.

¡Ah, Señores, las cartas de la patria!... Un día le llega una... yo no sé qué indicio inexplicable le preocupa, un presentimiento cruel le embarga, la abre temblando... á la primera palabra palidece... ¡Oh, oh, muerta!... ¡su madre! ¡allá lejos, lejos de él, sin que él haya podido volver á verla, sin que ella haya podido bendecirle, sin que él haya podido cerrarle los ojos!... Y solo, solo en aquella pequeña cabaña, sin tener á quién abrir su corazón, llora... Al día siguiente en el altar, siempre solo, celebrará él también las exequias de su madre; y si algún salvaje asiste al incruento sacrificio, admirado se preguntará por qué su buen Padre Misionero llora y dice la misa revestido de negro, no habiendo ningún difunto entre sus fieles!

Un pensamiento de fe llega entonces á consolar al sacerdote, el pensamiento de volverla á ver allá arriba. Es el mismo pensamiento que os consuela también á vosotros ante las tumbas de las personas que os fueron queridas; pero ese pensamiento tiene para el misionero una dulzura especial, pues para él la hora de volverse á ver

nunca está muy lejana. La muerte viene bien presto en su vida.

Esa muerte, Señores, es á veces la que Laccordaire llamaba la bella muerte del cadalso, ó el martirio en los degüellos de la China y del Tonkín... Mas, yo no sé, esas muertes tienen un brillo glorioso que parece contrastar con una vida tan solitaria y tan olvidada.

Hay una muerte que me parece la verdadera muerte del misionero.

Francisco Javier había pasado diez años en la India, había introducido la fe en 52 reinos, recorrido en todas direcciones más de 3.000 leguas de terreno, bautizado por su mano más de un millón de neófitos, y aspiraba todavía á más; quería evangelizar la China. Se embarca en un navío portugués que debía conducirle allá. Al llegar frente á la isla de Sanchón cae enfermo con fiebre. Haciéndole sufrir mucho el balanceo de las olas, pide que le desembarquen. Le trasladan á la isla, y allí le dejan en la ribera... con un indio de Goa que estaba á su servicio. Quiso marchar, mas no pudo hacerlo en mucho tiempo... Tuvo que detenerse, y mientras que el goano á través de los grandes bosques corría á buscar socorro, él arrolló su manto para hacer de él almohada, y se acostó sobre el suelo. Delante de él se levantaban en-

vueltas en la lejana bruma las costas de la China, á su izquierda el mar inmenso balanceaba sus murmurantes ondas, en los gigantescos árboles de la costa el viento lanzaba sombríos gemidos, un cielo gris extendía sobre su cabeza su bóveda monótona, ni el menor rumor humano llegaba á su oído en aquella inmensa soledad... vastísima en su profundo silencio, «vasta silencio.» Javier toma en sus manos su crucifijo, le estrecha contra su pecho, y con los ojos fijos en el cielo, sonriendo á la muerte que se le acercaba: «¡Señor—exclama con balbuciente voz—yo había puesto mi esperanza en Vos, y Vos, Vos no me abandonaréis jamás!» Después su hermosa cabeza se inclina sobre la espalda, y solo, en aquella playa desierta, solo, él que había puesto en conmoción á dos mundos, solo, él tan grande que había sido comparado á San Pablo, solo y abandonado de todos, muere!

Á grandes rasgos, Señores, os he trazado la historia del sacerdote y de la religiosa; os he mostrado su ministerio y el papel que ambicionan en la sociedad.

De intento he dejado á un lado cuanto es posible en semejante asunto las consideraciones sobrenaturales.

Mas ¿cómo no recurrir á ellas al presente?

Porque, en fin, yo os pregunto, ¿qué es lo que les puede incitar á ese género de vida?

¿El interés? ¿el deseo de las comodidades y dulzuras de la vida? ¿la sed de fortuna?

Eso sería una locura, ¿no es así?

¿La ambición de las grandes influencias? ¿de los grandes puestos y de los honores? ¿la de dominar y gobernar á los hombres?

Pero hace ya mucho tiempo que el sacerdote se halla despojado de ese poder, y el poco dominio y gobierno que le resta sobre las almas, le viene de la voluntad de estas, siempre libres para sacudir su yugo.

¿Cuál será pues, Señores?

¿El fanatismo?

¡Ah! ¡el fanatismo!... Sería preciso ante todo entendernos acerca del valor de las palabras. He aquí cómo lo define el Diccionario: «Exaltación religiosa que ha pervertido la razón;» y para corroborar esta definición cita las siguientes palabras de Voltaire: «El fanatismo es á la superstición lo que la exaltación es á la fiebre, lo que la rabia es á la cólera.»

Mirad, Señores, en su miserable parroquia de las Ardenas á ese pobre cura pasar olvidado, desconocido, lleno de privaciones, diez años, veinte años, treinta años de su vida; ved á esa

religiosa en su hospital, en su huerfanato; contemplad aquel misionero en su cabaña de junco y paja en las riberas del Ganges, al pie de las montañas Pedregosas... ¿Dónde está la exaltación, el trastorno del espíritu, la rabia?... ¿Dónde está al menos la fiebre y la cólera? Decidme, por vida vuestra, ¿habéis hallado en vuestros anales de patología un caso siquiera de cólera, de fiebre, de trastorno, de exaltación que dure treinta años, cuarenta años, cincuenta años, toda una vida?

Existen, bien lo sé... en los manicomios; pero confesad que para resolver el problema que ofrecen á vuestros ojos los sacerdotes y las religiosas, declararlos á todos locos sería una solución un poco extravagante.

¡Y, sin embargo, Señores, es verdad, somos locos! Sí, somos locos; pero con esa gran locura de San Pablo, que hace tener en nada á vuestro mundo que pasa y que fenece, y que hace apreciar sobre todo el cielo que ni pasa ni fenece jamás. Sí, somos locos, mas con esa locura que trastorna y embriaga al alma para siempre, desde que ha gustado el vino de la fe, de la esperanza y de la caridad divina.

He ahí el secreto del sacerdote y de la religiosa: creen, esperan, aman.

Cuando al dar el primer paso en la carrera eclesiástica corta el Obispo los cabellos al futuro sacerdote, este dice pausadamente:

*Dominus, pars hereditatis meae et calicis mei,
tu es qui restitues hereditatem meam mihi.*

«Señor, Vos sois á quien he escogido como porción de mi herencia; en el cáliz de vuestro amor es donde quiero beber. Yo sé, Dios mío, que Vos me devolveréis un día los bienes á que ahora renuncio por vuestro amor!»

Esto es lo que le presta fortaleza de alma y energía de voluntad, esto es lo que le comunica aliento para todos los sacrificios y esfuerzo heroico para desprenderse de todo; esto es lo que le sostiene al desgarrar su propio corazón; esto es lo que, cuando todas esas dulzuras que á vosotros os encantan, pasan delante de él llenas de atractivo y de fascinación, cuando siente que sus brazos se abren para abrazarlas y que su corazón se precipita á ellas, esto es, repito, lo que le mueve á cruzarse de brazos y rechazarlas murmurando en su corazón:

«¡No, no, más tarde!... ¡En el cielo! ¡en el cielo!»
¡Es que cree, ama y espera!

Os pedía para el sacerdote y la religiosa vuestro respeto: ya os he demostrado que tienen derecho á él.

Os pedía más... os pedía que les amarais: á vuestro corazón deo el decidir si son dignos de vuestro amor; á él los confío, repitiéndoos por última vez:

Vale, nosque ama!

¡Adiós! ¡amadnos!

A. M. D. G.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

CONFERENCIAS FAMILIARES Y BREVES NARRACIONES

Conferencias familiares.

(Morales.)

- TOMO I.—I. *La Ilusión*.—II. *Libertad*.—III. *Los llamados por Dios*.—IV. *La Felicidad*.
- TOMO II.—V. *El Deber*.—VI. *El esclavo de los esclavos*.—VII. *En Africa*.—VIII. *El hijo del pobre*.
- TOMO IV.—XIII. *La Obrera*.—XIV. *Los chicos de la calle*.—XV. *El Valor*.—XVI. *La paz ó la guerra*.
- TOMO V.—XVII. *El Placer*.—XVIII. *La Miseria*.—XIX. *Las Madres*.—XX. *Egotsmo*.
- TOMO VI.—XXI. *El Fuego*.—XXII. *La vida cristiana*.—XXIII. *El corazón del hombre*.—XXIV. *Elevaciones del corazón: I. Aquí abajo*.—II. *Más allá*.
- TOMO VIII.—XXIX. *Desequilibrados*.—XXX. *El Obrero*.—XXXI. *El Patrón*.—XXXII. *Federico Ozanam*.
- TOMO IX.—XXXIII. *Entusiasmo*.—XXXIV. *Deberes de los ricos en la actualidad*.—XXXV. *La Fe*.—XXXVI. *La Familia*.
- TOMO XI.—XLI. *Pobres y ricos*.—XLII. *El mal del mundo*.—XLIII. *El remedio del mal del mundo*.—XLIV. *El despertar de las almas*.

Conferencias familiares.

(Científicas.)

- TOMO VII.—XXV. *Nuestros primos*.—XXVI. *Nuestros insectos* (1.^a parte).—XXVII. *Nuestros insectos* (2.^a parte).—XXVIII. *Nuestras aves*.
- TOMO X.—XXXVII. *Perros y gatos*.—XXXVIII. *El caballo y el asno*.—XXXIX. *La vaca, la cabra y el carnero*.—XL. *Las aves del corral*.

Breves narraciones.

- TOMO III.—IX. *¡Esperando!*—*El Sargento Franck*.—X. *La Granja de las Golondrinas*.—*Berta*.—XI. *Mirando al cielo*.—*¡Que yo vea, Señor!*—XII. *Una distracción en la Iglesia*.—*Entre el cielo y la tierra*.



LA FELICIDAD



OBRAS AMENAS
DEL
P. VICTOR VAN TRICHT
DE LA COMPAÑIA DE JESUS

LA FELICIDAD
CONFERENCIA FAMILIAR

TERCERA EDICION



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO
IMPRENTA DEL CORAZON DE JESUS
Muelle de Marzana, núm. 7

1899

—
ES PROPIEDAD
—



SEÑORAS, SEÑORES:



S han anunciado que me proponia hablaros de la felicidad.

Os habrá parecido quizá extraño que despues de teneros acostumbrados á materias científicas, me salga de repente de la vía que me habia trazado, y me lance á tratar una materia extraña á la ciencia y lindante ya casi con la filosofía.

Para excusarme, os citaré el ejemplo del ilustre Fontenelle, el cual habia hecho ciertamente de la ciencia el objeto predilecto de sus estudios; pero ya anciano, en esa edad en que se comienza á dudar de la felicidad, no pudo resistir á la tentacion de dedicarse á ella, seña-

lándola como el punto principal de sus investigaciones. Ha escrito acerca de la felicidad páginas bellísimas que me tomo la libertad de recomendaros eficazísimamente.

Pero, mirándolo bien, ¿hay verdadera necesidad de excusarme?

¿Quién es el hombre, que en un día dado, no siente en sí mismo aspiraciones hácia un bien que no puede encontrar ni en la ciencia, ni en la literatura, ni en la filosofía, ni en cualquier ocupacion que dé á su entendimiento? ¿Qué hombre hay que, en ciertas horas de desaliento, de pena y de angustia, no oiga allá en lo más hondo del corazon este grito triste y desgarrador: «¡Oh felicidad! ¡felicidad! ¡Quién me dará la felicidad!»

De modo que esta cuestion de la felicidad á nadie, de tejas abajo, es desconocida.

Vosotros y yo, y todos, tenemos sumo interés en estudiar y resolver ese problema de la vida.

Seguidme, pues, y vamos juntos á buscar las condiciones de la felicidad.

Señores: ¿Habeis pensado en lo que es el mundo? ¿Conoceis el mundo? Permitidme que lo dude.

Asombra ver cuán pequeño y limitado es,

cómo desaparece ese mundo con el cual vivimos en continua relacion social, cuando le ponemos en parangon con ese otro gran mundo al cual yo me refiero.

Un duelo os contrista, y un nacimiento os alegra; y tanto del duelo como del nacimiento dais parte al mundo que conoceis. ¿Cuántos ejemplares necesitais de la tarjeta en que participais la triste ó alegre noticia? Preguntémoselo al impresor. Os dirá que los pedidos rara vez llegan á 2.000 ejemplares, que por término medio son de 700 á 800 y que muchas, muchas veces, no llegan á 500. Echad el doble, ó el triple, para calcular las personas que leen aunque no reciban vuestras tarjetas; echad aún el cuádruplo por todos aquellos cuyas relaciones con vosotros no son íntimas; sin duda que habreis conseguido poblar el mundo vuestro, el mundo de vuestras relaciones, con unas tres ó cuatro mil almas. Las demás que habitan en nuestro globo son completamente ó casi completamente desconocidas é ignoradas de vosotros; y si pensais en los demás hombres, es á la manera que pensamos en los antiguos Asirios del tiempo de Sennaquerib y de Teglathalassar.

¡Cuántos mueren que han pasado toda su vida al lado de su hogar, ó que despues de

su padre, de su madre, hermanos y hermanas han visto en el mismo hogar á su esposa, hijos, hijos de los hijos, y fuera de ellos no han conocido ó tratado un centenar de personas! Para estos, este fué el mundo; pero no es esto el mundo.

Venid conmigo á una estrella cualquiera, y desde ella, á través de lo azul, observad cómo va bogando por los espacios iluminado por el sol, á la manera que un navío va bordeando las olas, ese globo á quien llamamos Tierra, y en el cual puso Dios un día la humanidad entera. En él podreis contar ciento treinta y cinco millones, quinientos mil kilómetros cuadrados de suelo firme, como saliendo de las aguas, y recibiendo de ellas la forma de los más delicados y caprichosos contornos. Sobre esa inmensa extension que ahora abarcais de una sola ojeada, hallareis, conforme nos lo enseñan las últimas estadísticas, un millar y cuatrocientos sesenta y nueve millones de hombres. ¡Un hormiguero de hombres!... ¡Mil cuatrocientos y sesenta y nueve millones de hombres!

¿Cuántos estais en este salon? Supongamos que sois quinientos.

Serian menester tres mil novecientos setenta y ocho salones como este para colocar como vosotros, sólo á los habitantes de París; y nece-

sitaríamos dos millones, nuevecientos treinta y ocho mil salones así, para colocar del mismo modo á todos los habitantes del globo.

Quizás hayais visto en alguna de nuestras poblaciones industriales cómo á la hora de mediodía se precipitan por las inmensas puertas de sus fábricas la innumerable legion de trabajadores allí encerrados. ¡Qué agitacion, qué movimiento tan desordenado y febril! Es una ola, son mil olas que van en todas direcciones, se chocan, se mezclan y se confunden. Hombres, mujeres, niños, todos se dan prisa, todos se apuran, se cruzan, se atropellan: pálidos y demacrados en su mayor parte, rebosando salud otros; éstos risueños y alegres, aquéllos serios y tristes. Cantan, hablan, gritan, y en medio de esta barahunda infernal, silba el vapor estridente y comprimido en las llaves de descarga, las campanas de la fábrica anuncian las doce del día, y el reloj de la torre lanza por los aires los doce sonos de su bronco y metálico timbre.

Las calles son negras al pasar esos hombres que las surcan, y en ellas repercute mil veces el murmullo de tantas voces confundidas, y el pisar de los toscos calzados sobre la acera sonora.

Pesados carros abren el paso á través de esa muchedumbre, como á través de alta yerba, por medio de empujones y sacudidas que se van propagando y engrosando como las olas de encrespado mar. Esto es un vocerío que atruena los oídos, es la confusión, el caos; la vista ciega, el oído ensordece y se pierde la cabeza cuando no está uno acostumbrado á semejante estruendo y tropel.

Pues bien; ¿cuántos hombres componen esa multitud? No llegan á cien mil, y nuestra vista no alcanza ni siquiera á diez mil. ¡Qué será el hormigueo de mil cuatrocientos millones de hombres!

Ved, no obstante, á todos esos hombres, hermanos míos, y hermanos vuestros, desparrramados por todo ese globo en que se va perdiendo su vida; vedlos en la diversidad de su aspecto, de su fisonomía, de sus pasiones, lenguaje y pensamientos. Ved al hombre desde el uno al otro polo.

¿Qué hace?... ¿qué hace? Va, viene, se agita, trabaja, busca, tan pronto lleno de alegría, tan pronto cubierto de lágrimas; y su vida con esas alternativas de ir y venir, de agitarse, de trabajar y de buscar, váse consumiendo, consumiendo, hasta que muere, ¡porque en este gran hormiguero todos mueren! Á cada segundo del

dia y de la noche vereis en una ú otra parte de esta tierra un hombre que cae, desfallece, espira y deja para siempre la escena. Ochenta mil seres humanos desaparecen al dia, y ochenta mil ocupan los puestos de los primeros, al modo que en el hogar de una máquina de vapor una nueva paletada de carbon sustituye la gastada momentos ántes.

Volvamos á preguntar: ¿Qué hacen, qué hacen todos esos hombres? ¿Qué han hecho? ¿Qué han hecho todos esos muertos? ¿Qué hacen todos esos vivos?

¿Qué quereis, poetas, cuando en medio de espesos bosques estais oyendo las brisas? ¿Qué quereis, sedientos de oro, cuando fruncís el ceño y clavais los ojos en los cálculos de vuestra fantasía? ¿Qué quieres tú, jóven, cuando ataviada de flores y galas, y radiante de esperanza y alegría, vuelas á las reuniones y espectáculos con que el crudo invierno te convida?—¿Qué buscáis, monjas, en el sepulcro de vuestros silenciosos y monótonos claustros?—Ricos y pobres, grandes y pequeños, hombres todos quien quiera que seais, ¿qué buscáis, qué pretendeis?

¡Ah! Señores míos. No habeis de buscar léjos de vosotros la respuesta. Dentro de vosotros mismos es menester oirla. Esos mil cuatrocientos millones de hombres tienen como vosotros

corazon de hombre; la sangre que por sus venas corre es la misma que corre por las vuestras, y su carne hermana es de vuestra carne; sangre antigua y carne antigua de Adan y de Eva.

Así que, preguntaos á vosotros mismos y hallareis en el fondo de cuanto deseais, en la raíz de vuestros querereres y en la meta de vuestros esfuerzos que sólo la felicidad os hace sonreir y sólo la felicidad os atrae. Siempre, de una manera invencible y fatal ha buscado el alma la felicidad; en todas las cosas sólo ha buscado la felicidad y de todos sólo ha exigido la felicidad. La felicidad es la ley primera, la única ley de todo género humano.

Desde ese infortunado recién nacido que á tientas y abiertos sus diminutos labios, anda buscando y suspirando por el pecho de su madre, hasta aquel otro anciano pálido y sin fuerzas, que alza y baja el pecho con el estertor de la muerte; debajo de todos los horizontes, en todas las razas y en todos los tiempos, sólo se ha buscado, sólo buscan y sólo buscarán la felicidad. Así como la aguja imantada, inquieta y temblorosa sobre el rubí que la sustenta, va y vuelve sin cesar hasta orientar su delicada punta con el Norte, así en el momento en que os estoy hablando, andan por ahí mil cuatrocientos millones de corazones palpitantes, ansio-

sos por orientarse todos hácia un polo, y todos hácia el mismo polo: la felicidad: ¡Ser felices! ¡Dios mio! ¡Ser felices!

¡Y ya hace siglos que viene sucediendo esto!

¿Qué es, pues, esa felicidad por cuya consecucion anda tan loca la humanidad entera de todos los siglos? Ved una pregunta que me pone en grande aprieto, si pretendo contestarla debidamente. Porque sé á docenas las definiciones que han dado de la felicidad los filósofos; mas todas ellas de nada nos servirian; así que, aun sin el ejemplo de Bossuet cuando dice: «tengo en poco la exactitud filosófica,» no pongo ningun empeño en repetirlas aquí.

Cuando me dice Epicuro que la felicidad consiste en la satisfaccion del alma; cuando Platon y los Estóicos me contestan que la felicidad no es otra cosa que la complacencia en el bien, me viene sin pensar á mi imaginacion aquella madre cariñosa á quien su hijo preguntaba: «Madre, ¿quiénes son los Turcos?—Los Turcos son, hijo, los Sarracenos.—¿Y los Sarracenos, madre?—Los Turcos.» ¡Hemos adelantado bastante!

Dejemos, pues, ahí á los filósofos. «Han tratado de la felicidad con mucha extension—dice

»Fontenelle—pero lo han hecho tan filosófica-
»mente, que apenas han podido los hombres
»sacar de ello algun provecho.» Yo prefiero ir
por otro camino; voy á ir contemplando en sus
obras á todos esos amadores de la felicidad.

Así tomo al acaso cien hombres, sean de la
parte del globo que quieran. Estoy seguro de
que todos quieren ser felices, y observo en qué
ha puesto cada uno de ellos la felicidad. ¡Y, Se-
ñores! ¡Qué asombro! Estos hombres no se en-
tenden entre sí. Entre los deseos de los unos
y de los otros, entre los esfuerzos de aquéllos y
de éstos, y entre los modos y maneras de todos
se observa la contradicción más manifiesta y
profunda que pudiese soñar el espíritu humano.

Mientras que ese pobre infeliz está dale que
dale en el banco de su taller, sudando la gota
gorda para ganar una moneda de oro que le
hará feliz, otro derrama el oro á manos llenas
como cosa inútil, y se desvive por la felicidad
que él ve en la dominacion y en el poder.

Y cuando Racine hace hablar á los hombres
de la dominacion y del poder, ¿qué dicen? Es-
cuchad á Asuero:

Croyez-moi, chère Esther, ce sceptre, cet empire
Et ces profonds respects que la terreur inspire
A leur pompeux éclat, mêlent peu de douceur
Et fatignent souvent leur triste possesseur.

«¡Ay, amada Ester; este cetro, este imperio
»y todos esos respetos inspirados por el terror,
»cuán pocos encantos tienen á pesar de su bri-
»llo, y cuántas molestias acarrearán á su descon-
»solado dueño!»

Y dice Gengiskan:

*Ce coeur, lassé de tout, demandait une erreur
Qui pût de mes ennuis chasser la nuit profonde
Et qui me consolât sur le trône du monde.*

«Cansado ya de todo, pedía mi corazón una
»ilusión, un engaño que pudiese echar de mí
»tantos pesares, y trajese algún consuelo al
»que se asienta en el trono más grande del
»mundo.»

Este otro es un hombre que se pasa la vida en trazar líneas y líneas, ordenar números y fórmulas... ¿Qué quiere?... ¿qué busca? La felicidad bajo la forma de la gloria humana. Se habrá quemado las cejas, se habrá secado el cerebro antes de tiempo, ¿qué importa? Pero en cambio oírás decir que es el primer matemático de su tiempo, y en su calva frente y descolorido rostro se verá pintada la fisonomía y sonrisa de la felicidad.

Esa misma gloria busca aquel otro, sólo que no es en el álgebra, ni en la geometría, ni en el análisis donde pretende encontrarla; no, al

campo de batalla, espada en mano, tinto en sangre, cubierto de polvo y negro de pólvora, es adonde va á buscar... ¿qué? Quizás la muerte, ¿pero qué importa la muerte? Luego dirán que ha muerto como un héroe.

Para otro la gloria y la fortuna son nada; su felicidad es el placer sin freno, embriagador y licencioso; mientras que el de más allá, cansado del placer, encuentra amarga la vida, y por hallar la felicidad se arroja en el sueño innober de la más brutal embriaguez.

Aquel espíritu altivo se pinta la felicidad en la adorada independencia de su pensamiento, de su voluntad y de su acción; y aquel otro, quizá más altivo que el anterior, sólo por llegar á la misma felicidad, sacrifica por sus propias manos la independencia de su entendimiento, de su voluntad y de su acción, y doblega su cerviz al yugo de una obediencia infantil.

La felicidad de ese anciano está en poder vivir; la de esa jóven en poder morir.

¿Recordais aquel pasaje de Julio Simon, en que pinta á una obrera pobre que va á cobrar el trabajo de la semana? Ha estado esperando que anochezca para ocultar sus andrajos, y va temblando de que le hagan algun descuento ó de que alarguen un dia más la paga. Á los primeros pasos que da en la calle, se presentan

de golpe á su vista todo el lujo y toda la felicidad del mundo. Los escaparates de los comercios la deslumbran con los diamantes; los adornos más caprichosos la roban sus miradas de inteligente; ve cómo desfilan entre vistosos trajes y espléndidos tocados todas las heroínas del día. Los teatros, los bailes públicos, los conciertos la envían por sus anchurosas puertas oleadas de música... Y ella, infeliz, sin nada, sufriendo: ha estado todo el día llorando metida en su buhardilla entre mezquinos trastos... ¡tiene hambre!... ¡Oh! ¡Cómo se oprime su corazón, y cómo le atormenta todo ese deslumbrador aparato! ¿No es la felicidad todo eso que ella ve por uno y otro lado cabe sí? ¡Ella, desheredada para siempre!... Y mientras que la está ahogando el dolor, y un sollozo la añuda la garganta, ¿qué es lo que yo veo junto á ella? Otra jóven, muy tierna también, y bella como la primera; de esa edad en que se abre el corazón y embalsama la vida, como se abre una flor con el sol de Abril. La veo, y noto que huye veloz de todos los placeres y de todas esas fiestas fascinadoras; la veo echar á un lado los adornos, los encajes, los brazaletes y collares de oro, y todas las alhajas que vanamente la adornaban; la veo ocultar su gracia y hermosura en los toscos pliegues de tela informe;

la veo, como una loca, cortar con preciosas tijeras una cabellera que ántes coronaba su frente; dirigir la última mirada á aquel hogar bendito que tanto la amó... y... ¡todo acabó para ella! ¡Se desprende de cuantos brazos la sujetan, de cuantos corazones se hallan fundidos con el suyo; los desgarrá todos, y... partel... ¡Oh! ¡dejadla partir! ¡Oh! ¡dejadla volar!... ¡Va á buscar su felicidad!... ¡Ha visto su felicidad! La ha visto en la cabecera repugnante de un pobre anciano, y quiere ser en adelante su hermana, la hermanita de todos los pobres. ¡Va á emplear su vida en medio de esos despojos de la vida, frios ya ántes de la llegada de la muerte!

¿Qué es, pues, qué es la felicidad?

Entrad, Señores, entrad dentro de vosotros mismos, y volveos á preguntar otra vez. ¿Qué necesitariais para que fuese completa vuestra felicidad, vuestra vida un encanto y la tierra un paraíso?... Escuchad, que vuestro corazón os va á responder enseguida... ¿No es verdad que os responde?

¡Oh! Sé yo tan perfectamente bien lo que yo habia de contestaros, si me lo preguntaseis... «Esto» y «aquello», y en rigor «esto» bastaria...

¡Oh! si yo lo tuviese, ¡qué bueno seria el vivir!... Pero, Señores, «esto» y «aquello» y «estotro» me guardaré muy mucho de decirlo. ¿Sabeis qué resultaria si fuéramos uno á otro diciéndonos nuestra felicidad? Pues, en cuanto diésemos nuestra contestacion, se llenarian de admiracion y asombro los que nos oyeran. «¡Cómo!... ¿Es eso lo que desea ese?...» Es casi seguro que se echarian á reir. ¡Oh! sí: ¡se reirian! Sucederia una cosa todavía más divertida. Sucederia las más de las veces que la felicidad la pondriais vosotros en poseer una cosa que posee otro, y al oiros éste: «¿Cómo... exclamaria; »la felicidad de este hombre está en esto?... ¡Oh! »¡Dios mio! que el cielo os la conceda... ¡Precisamente es lo que á mí me hace amarga »la vida!»

¡No! Señores. Los hombres no se entienden entre sí al señalar la felicidad.

Pero hay más. No solamente no nos entendemos entre unos y otros acerca de la verdadera nocion de la propia felicidad, pero ni aun con nosotros mismos nos podemos entender. Porque además de que cada hombre tiene, ó se ha formado una idea particular de la felicidad, cambia y muda de parecer tres ó cuatro veces por lo ménos en la vida. La felicidad del niño no es la felicidad del jóven, ni la del jóven es

la del hombre maduro, ni la del hombre maduro es la del anciano.

La felicidad en ese angelito, rojo como la amapola, es su caballito de carton ó de madera; es su carricoche. Se considera feliz sentado en él, con sus minúsculas riendas en una mano y dando con la otra á rodabrazo sendos latigazos en los insensibles miembros de sus corceles.

Sólo tiene un sueño: ser cochero toda su vida. Proponedle cuando tenga veinte años este oficio de postillon, y entónces...

Esa niña de cortos años, ¿en dónde pone su felicidad? En su enorme muñeca, tan alta casi como ella, que aunque sólo tiene verdaderos algunos mechones de blondos cabellos, cuenta con un buen surtido de trapos; que de cuando en cuando dice: «Papá, mamá,» y á ratos parece abrir sus fingidos labios delante del biberon que su mamá le presenta.

Pero á los veinte años... ¡Oh! ¡oh! ¡Á los veinte años! ¿Es la muñeca quien la quita el sueño? No. Ya no es la muñeca...

¿Habrá necesidad de insistir más aún sobre el particular? No. ¿No es verdad?

No obstante; permitidme que os presente esos ancianos tristes y achacosos que á cada paso estamos viendo encogerse de hombros, compadeciéndose y tratando como locuras los

sueños de un jóven elegante. Ya no conservan recuerdos de aquella edad; en ella han acariciado las mismas ilusiones, y han padecido por cierto las mismas locuras. ¡Ya se borraron aquellos recuerdos!

Y con harta frecuencia ocurre que su olvidadiza memoria llega hasta á extinguir en ellos la indulgencia, y pretextando que son prudentes los torna crueles, despiadadamente crueles. Su corazon, viejo ya, comprimido y sin fuego, no comprende ahora nada de la llama que arde en aquel corazon jóven, y abierto á lo largo y á lo ancho á todas las ilusiones generosas.

En suma, Señores, que cada uno de nosotros se forma de la felicidad una idea á su manera, esencialmente variable y compuesta de bienes que no tiene.

Pero, al ménos, esta felicidad tan variable, tal como nosotros nos la hemos forjado, ¿la llegaremos al fin y al cabo á conseguir? La *Imitacion de Cristo* nos dice no sé dónde que vale más sentir la compuncion que saber su definicion. Por lo mismo me atrevo yo á deciros: Poco importa despues de todo, definir la felicidad; pero importa muchísimo alcanzarla.

¿Podemos ser felices?

Abramos la Biblia, esa Biblia en que Dios ha condensado su sabiduría, y dado la debida solución á todas las cuestiones. Oid una de sus más profundas enseñanzas.

«Yo he sido Rey de Israel, y he buscado el
»conocimiento de cuanto sucede debajo de los
»cielos. ¡Tristísima ocupacion señalada por Dios
»á los hijos de los hombres, porque toda esa
»ciencia es vana y afliccion de espíritu! Hablé
»en mi corazon diciendo: He aquí que soy más
»sabio que cuantos me han precedido en Jeru-
»salen; voy á dedicarme ahora á aprender la
»prudencia y la doctrina, porque el prudente
»y el sabio llevan delante la luz, y el ignorante y
»el loco andan entre tinieblas. Mas el prudente
»y el sabio han de morir lo mismo que el igno-
»rante y el loco; y entónces, ¿de qué me servi-
»rán la prudencia y la sabiduría? porque tam-
»bien en ellas encontré afliccion de espíritu.
»Por esto, dije tambien en mi corazon: «Ea,
»vamos á disfrutar de todos los bienes y la
»abundancia de las delicias;» y con esto edificué
»palacios, arreglé jardines; purísimos estanques
»bañaban los pies de mis bosques; en ellos vi-
»vian infinidad de rebaños, y ganados de todas
»clases; amontoné para mí plata y oro, vajilla
»riquísima; tuve siervos y siervas, cantores y
»cantoras; tuve, en fin, cuantas delicias pueden

»disfrutar los hombres. Nada rehusé de cuanto
»me ofreció la vista; nada negué de cuanto el
»corazon apetecia. De modo que ¿quién habrá
»devorado como yo el gusto de los sentidos y
»la satisfaccion del placer?

»Sin embargo, conocí que la risa era men-
»tira, y la alegría engaño; hasta llegó á serme
»fastidiosa la vida, porque no hay nada que ten-
»ga valor debajo del sol. No. ¡Todo es vanidad
»y afliccion de espíritu! ¡Sueñe! ¡sueñe el necio
»con los goces... que el sabio no carecerá de
»pesares!»

¿Es verdad esto, Señores? ¿Es este que nos
enseña Salomon el último fin de todas las cosas?
¡Vana la grandeza!... ¡Vana la gloria!... ¡Vana
la ciencia!... ¡Vana la sabiduría!... ¡Vana la her-
mosura!... ¡Vanos los afectos del corazon!...

Pues entónces, ¿á qué conduce el vivir? No
obstante, Señores, el Rey sabio tiene razon.
Todo es vanidad. Todo es vano en este mundo;
pero vanidad cruel, vanidad amarga. ¡Todo es
vanidad! ¡os repito yo! ¡y apelo á vosotros
mismos!

Cuando ha gustado vuestro corazon estas
cosas... ¡Ah! bien sé yo que habeis experimen-
tado quizá la suavidad de las delicias, y os ha-
brá por ventura enajenado y embriagado el en-
canto del placer... Pero todo aquello fué como

cosa de encantamiento. ¿Y despues? Luego que se pasó ¿cómo se quedó vuestro corazon? ¡Ah! se vió vacío, desierto... Como un antiguo sarcófago guarda el polvo vano del cadáver, así él conserva sólo el polvo vano de sus recuerdos. Esta es la verdad, y nada más.

Pero direis; si así es, si no hay más que lo que acabais de decir, Dios, á quien siempre estamos llamando tan bueno, es cruel y bárbaramente cruel.

¡Haber puesto en el fondo de nuestro corazon, haber plantado por todas las fibras de él, aun las más delicadas y misteriosas, esa sed de felicidad que nos consume y devora á cada instante, y habernos lanzado despues á la ventura por este mundo miserable, en el cual no hay nada que sea capaz de hacernos felices, es horrible!

Quizás hayais alguna vez visto á un niño jugueton y travieso divertirse sin piedad con su perrito, mostrándole en alto un hueso ó un pedazo de carne...; el pobre perro lo mira, se encoge, aguza la oreja, toma carrera y salta. Pero el pícaro del muchacho sube y aparta á tiempo el brazo, y el perro cae al suelo sin coger nada. Repite el chico su diversion dos, veinte y cien veces, y el animalito, con los ojos chispeantes y media lengua fuera, salta, salta otras tantas ve-

ces, en tanto que el chiquillo ríe que se las pela.

¿No es verdad que para un perro hambriento es la diversion dura, y el niño que la prolonga parece no tiene buen corazon?

Pues bien; á mí me parece ver á Dios enseñar desde léjos á la humanidad, y en el fondo de todas las cosas criadas, la felicidad, ese pan del corazon, esa vida del alma. La humanidad salta. Pero Dios retira el brazo y se ríe de nosotros. La humanidad tiene hambre, tiene sed de felicidad. ¡Salta, salta la pobre necia! ¡Y todos esos millones de criaturas lanzadas al mundo sin haberlo ellas pedido, por pura benignidad de Dios, andan por ahí saltando, saltando siempre, fijos los ojos, ansiosas, jadeantes por alcanzar el pan de su alma!... ¡Os aseguro que eso es terrible y cruel!... Porque al fin, ese perro no es más que un perro; pero el hombre tiene un corazon que sufre, que se retuerce, que se desquebraja; el hombre muere en esta lucha. Y Dios... se reirá. ¡Ah! ¡no!

Sin embargo, no tengo mucha lástima de Salomon; porque si no logró la felicidad, tuvo al fin y al cabo todos los placeres, disfrutó de las delicias que en este mundo se pueden encontrar,

y además nos ha dejado el mal ejemplo de quejarse en medio de tantas riquezas y tanta gloria, y á pesar de tantas legiones de esclavos, servidumbres y aun reinas postradas á sus pies.

Tampoco me inspirais compasion la mayor parte de vosotros. Porque si no sois felices, vuestra suerte es á lo ménos llevadera; sois lo que en este mundo se llama dichosos. Y si no decidme: ¿hay alguno entre vosotros que no haya conocido una de tantas almas nacidas al parecer sólo para sufrir?

¡Ah! ¡Pobrecitas, pobrecitas almas! ¡tan puras, tan castas, tan sencillas y tan desgraciadas! ¡Cuántas veces se ha desgarrado mi corazon junto al vuestro oprimido por el pesar y el sufrimiento! ¿Qué hicisteis para que así os tratase el Señor?

Lleváronme un dia, Dios sea loado y yo le bendigo por ello, á la cabecera de una jóven enferma, próxima ya á morirse á los dieciocho años de edad. Su historia es como sigue:

Habiendo nacido en una posicion relativamente acomodada, no careció de dias felices, y su corazon se habia mecido en cuna de halagüeñas esperanzas; así que auguraba en su juventud un porvenir lleno de ventura. Mas, oprimida su familia por el peso de la desgracia, tuvo la pobre enferma que comenzar el aprendizaje

amargo de la miseria y del hambre, empezó á mendigar... y llegando escasa la limosna, vióse precisada á abandonar lugar y patria, por no exponerse á muerte segura. Á los dieciseis años se la encontró un dia envuelta en andrajos, en una pobrísima habitacion sin fuego y sin enseres, acompañando á su madre, á sus hermanos y hermanas... ¡Dos dias llevaban ya sin probar bocado aquellas desgraciadas criaturas!...

Ella era la mayor, y habia recibido de Dios con los dones naturales de la hermosura, un corazon, una generosidad y una nobleza sin igual; sin quererlo, mostraba modales tan finos, lenguaje tan correcto y no sé qué aires de persona distinguida y noble, que formaba todo ello gran contraste con la miseria de aquella reducida morada, sufría, pero en silencio, ahogando en su corazon las lágrimas, y admirando además por su afabilidad á cuantos compasivos acudían á socorrerla. Esperaba... Porque, ¿no podrían volver aquellos hermosos dias en que soñaba? Pues qué ¿no vuelve el sol á renacer en la primavera?

¡Ah! ¡Otra cosa la deshacia más aún que el hambre! De ese hogar tan miserable habia tomado posesion la deshonra, y esa desventurada jóven vióse en la dura esclavitud de recibir el pan que un extraño les ganaba. ¡Ella, hermosa,

pura é inocente veia á su lado, dia y noche y á todas las horas, la infamia viva de una madre, su madre, deshonrada!... Así vivió, si vida se puede llamar, tener ahogada en aquel delicado corazon al lado de tanta amargura y miseria, esa amargura suprema; y para echar un tupido velo sobre el crimen que más la atormentaba, se resignó hasta profanar el nombre de padre. Mas, siempre le quedaba la esperanza.

¡Aún no era bastante! La enfermedad con todos sus horrores y crueldades, cayó sin compasion sobre ella, se cebó en su cuerpo virginal de dieciseis años, y le consumió hasta la médula de todos sus huesos... La pobrecita estuvo largo tiempo luchando, resistiendo con admirable valor; pero un dia, dándose por vencida, se dejó caer en el lecho... para morir. ¡Ya no habia en ella esperanza!...

¡Oh! que aún la veo pálida, consumida, más blanca que las ropas en que descansa su cabeza, y por donde se extienden sus brazos descarnados y lívidos. Que aún la veo, abiertos hácia mí aquellos ojos en que tantas visiones de esperanza se habian pintado y desvanecido, de los cuales tantas lágrimas habian manado, y en los cuales ya próximos á cerrarse para siempre, se reflejaba el sello de la amargura y de la resignacion... Estaba alegre y se sonreia en frente

de la muerte. «Paulina, le dije, ¿por qué no esperas ya?» y con el candor más angelical y desgarrador, y bañados los ojos de desobedientes lágrimas, me contesta diciendo: «¡Oh no, esto ya se acabó; ahora sí que se acabó todo! y luego... me ha cuidado tanto mi pobre madre, que se ha debilitado en extremo, y no puede ya más; si mi padre tiene que sustituirla, ¿quién ganaría entonces el pan para toda la familia? ¡No, ya es hora de morir!...» ¡Al día siguiente ya estaba muerta!

Ya no la volví á ver más; pero la imágen de esta mártir ha quedado impresa para siempre en mi alma.

¡Cuántas almas como esta, cuántas han soñado así con la felicidad y se han quedado con la esperanza, valientes, animosas, resignadas y fieles siempre á la esperanza, consolándose de los dolores presentes con los risueños pensamientos de un dichoso porvenir! Han esperado diez, quince, veinte años... y al cabo de ellos, al llegar la hora deseada, todo se hunde, todo se quiebra como el cristal, y todo se acaba... Se acabó, esto se acabó para siempre. Se irán, desconsoladas y tristes á llorar mientras vivan, aquella felicidad que han soñado y jamás han conocido.

¡No! No compadezco á Salomon, no os com-

padezco tampoco á vosotros; pero sí se conmueve mi corazón al pensar en esas almas; y de esas almas y de la felicidad de esas almas, de ese enigma indescifrable de tantas existencias, se siente uno movido á pedir solución á la tierra ó á los cielos.

Pero, Señores, ¿no es este el gran misterio y el gran negocio de la vida del hombre?

«¿Cómo ha podido un Dios tan bueno hacer tan miserable á una criatura?»

Sí. En esta cuestión viene ocupándose y trabajando la razón del hombre á través de los siglos, y hoy está como el primer día, y en cuanto á la solución del misterio todavía la razón no ha hablado; está muda.

Preguntad al filósofo más profundo, y os contestará (es cosa inaudita que no conteste un filósofo); pero no os dejéis sorprender por los artificios del lenguaje; quitad á sus discursos las galas pomposas y engañosas para averiguar la solución, y vereis en toda su desnudez la quimera de sus pensamientos.

Preguntad también á ese niño que no sabe ni qué es razón, ni qué filosofía; pero que ha aprendido de su madre las palabras de Nuestro Señor Jesucristo; á ese niño que apenas tiene

uso de razon, pero que la tiene iluminada por los resplandores de la doctrina y de la fe de la Iglesia católica, preguntadle por qué sufre tanto la humanidad, y os contestará: «El hombre es »un gran criminal á quien Dios está castigando. »Una falta, un pecado ha manchado á la humanidad en su origen, y el crimen de nuestros »primeros padres nos ha privado de la herencia »de la felicidad.»

Y en todo esto, Señores, está muy léjos de haber la repugnancia que se pretende encontrar. Que juegue un padre y pierda toda su fortuna en los garitos, claro es que ni sus hijos, ni los hijos de sus hijos son culpables de tanta desgracia; pero por la locura de su padre quizás se vean en la sociedad deshonorados y pasen por viles; quizás tengan que mendigar un bocado de pan. Del mismo modo, la felicidad que ahora andamos mendigando con mucha instancia á todas las criaturas, nos la jugaron el primer dia y la perdieron. No es de Dios la falta. Dios concedió al hombre la felicidad, porque la tierra en que amorosa y benignamente le colocó, no fué este pobre mundo en que vivimos, sino la tierra que se llamaba tierra de la felicidad, jardin de delicias, Eden, Paraíso. Leed la Sagrada Escritura y vereis esta escena encantadora.

¡Oh qué hermoso era vivir entónces! ¡Qué encantadora la vida del Paraíso! Dios mismo está entusiasmado con su obra. «Todo es bueno, todo es bueno,» exclama; y fijando su mirada en Adán y en su compañera, exclama: «Todo es bueno en extremo.»

Pero se desliza la serpiente y... ¡Oh! ¡Eva! ¡Eva! ¿Por qué has sucumbido?

Cuidado, Señores; no la culpemos mucho. Ella es la primera en sufrir la pena, y más que nadie participa de su desgracia. ¿Qué hubiéramos hecho nosotros?

El que de cuantos estamos aquí haya sido siempre fiel, y en las luchas y borrascas del corazón entre la pasión y la ley haya seguido siempre la ley y sacrificado la pasión, levántese, porque será el único que tenga derecho para apostrofar á Eva. ¿Quién se atreverá á levantarse?

¿Pero estará todo perdido, y tendremos que renunciar á pretender la felicidad? Vamos á verlo.

Un día, bajo el sol abrasador de la Judea y en aquellas llanuras orientales, en que las anémonas ostentan sus variadas flores y las escabiosas sus azules cabezuelas, se hallaba Jesús

paseando con algunos discípulos. Acababa de dar la bendición y muestras de especial cariño á unos niños que se le habian acercado, y con su candor, sencillez é inocencia le habian sin duda ganado el corazon. Se acerca tambien un jóven (era rico, segun el Evangelio) y le dice: «Maestro, ¿qué he de hacer yo para alcanzar la vida, la felicidad?»—«¿Por qué me preguntas á mí acerca del bien? ¡Sólo hay un bien, Dios!» contestó el Señor.

Sin duda insistió en su pregunta el jóven; porque mirándole Jesus, le dijo: «Si quieres ser feliz, si quieres alcanzar la vida, observa la ley, guarda sus mandamientos.»—«¿Qué ley y qué mandamientos, Maestro?» Entónces hizo Jesus un resúmen de los mandamientos.—«Ya he guardado desde mi juventud esa ley; ¿qué otra cosa es menester?»—«Bien; pues deja todos los bienes de este mundo, porque no sirven de nada para la felicidad, y ven conmigo, sígueme; busca el único bien, Dios, busca al autor y á la fuente de toda felicidad.»

El pobre jóven miró de un modo extraño al Salvador, se quedó pensativo y triste, se alejó de Jesus, y no se le volvió á ver más.

Tambien se quedó triste el mismo Jesus, como nos lo prueba el resto de su discurso. Le habia gustado aquel arranque, propio de una

juventud briosa y no domada aún por los engaños é ilusiones frustradas de la experiencia; le había gustado aquella generosidad, que es la savia fogosa que se desborda de los corazones de esa edad, y su alma quedó afectuosamente inclinada hácia aquel pobre jóven.

Pero... ¡él no volvió más!...

Comprendo bien, Señores, comprendo que se pusiese triste aquel jóven y no volviese más. Le pareció una burla la respuesta del Salvador. Pero, al fin y al cabo, lo que más nos importa no es lo que el jóven hizo. Lo que hace al caso, lo que verdaderamente importa saber es, que Cristo, el Enviado del Padre, el Maestro supremo de nuestra revelacion divina nos ha indicado y señalado de una manera cierta las condiciones que debe tener la verdadera felicidad. «Observa la ley:» *Serva mandata*. Y hay más aún; porque señalar las condiciones de la felicidad es afirmar implícitamente que existe la felicidad y que podemos alcanzarla. ¡Con que no hay que desmayar!

Por otra parte, Jesucristo estuvo más explícito aún en otra ocasion.

Habíanle seguido hombres, mujeres y niños sin número; estaban alrededor de él colocados y desparramados acá y allá, en una de las llanuras de la Judea, en parte pedregosa y en par-

te cubierta de blanda yerba; los hombres sentados y las mujeres con sus niños en brazos, de las mil graciosas y cómodas posturas que en tales casos suelen tomar los orientales. Jesus se hallaba sentado en un altozanito y al pié de un sicomoro de grandes hojas y cuya copa hacia las veces de tornavoz.

Delante de esta multitud silenciosa y atenta, Jesus empezó á decir con toda solemnidad:

«Bienaventurados los pobres de espíritu.

»Bienaventurados los que lloran.

»Bienaventurados los misericordiosos.

»Bienaventurados los que tienen puro su corazon.

»Bienaventurados los pacíficos.

»Bienaventurado el que padece por la justicia.

»Bienaventurado aquel á quien maldicen, persiguen y calumnian.»

¿Qué os parece?

Yo no sé lo que les pasaria á los judíos que rodeaban al Salvador cuando dijo estas palabras, estas raras bienaventuranzas; pero sí sé lo que á mí me pasa, y lo que debe pasar en vuestro corazon, cuando á pesar de los dieciocho siglos trascurridos desde entónces acá, las oimos aún resonar en nuestros oidos.

En los libros sagrados hay una frase que lo expresa admirablemente. «Llegan al alma, la atraviesan, la dividen, la desgarran en dos... *usque ad divisionem animae.*» Hay en el alma que las oye un como sobresalto repentino: todas sus potencias, todos sus deseos, todas sus inclinaciones se amotinan, se sublevan, dan saltos, y claman: «¡No! ¡no! ¡No es esa la felicidad que yo sueño y deseo...; no quiero esa felicidad, me asusta!... ¡No! ¡no! ¡dejadme... dejadme!...» Y si en este tumulto entra la fe y dice: «¡Sí! Cristo Jesús tiene razón,» queda vencida de los sentidos; ó si vence á los sentidos y á las pasiones, no es sino en medio del alboroto de todo nuestro sér, que á grandes gritos clama contra ella.

¿Cómo es posible que sea con eso feliz el hombre? ¡No! ¡vamos, no!; el hombre feliz... hele aquí:

No es, lo confieso, ningun rey que tenga grandes riquezas como el mundo actual pide, pero goza á lo ménos de esa medianía dorada del poeta antiguo, que le asegura un buen pasar y un buen porvenir; su morada es modesta, sí, pero no carece por eso de la elegancia de los poderosos. Tiene tambien con qué distraer honestamente su espíritu: las artes, la literatura y todo lo delicado y sublime tiene allí lugar y recrea la vista y deleita sus oídos. Él es bueno,

honrado, generoso, amable; gusta los encantos de la virtud, y no le remuerde nada, ni acibara su vida lo más mínimo. Goza de la estima de sus conciudadanos y marcha rodeado de respeto y homenajes. ¡Ni la enfermedad ni aun el más ligero dolor se llega á él, ni á su esposa, ni á sus hijos, ni á ninguno de los que forman su familia; porque en derredor suyo todos le tejen como una inmensa y brillante corona de los afectos más apasionados, tiernos, fervorosos y constantes que se pueden encontrar en este mundo!... ¡Oh! ¡qué vida! ¡Es un encanto!

¿No es verdad que es este nuestro hombre feliz?

Pues bien; en todo esto que hace feliz á este hombre no hay una señal siquiera de la felicidad del hombre enseñada por Cristo. Más aún; habeis eliminado de intento todas las señales de la felicidad del hombre de Cristo, porque las teniais como señales evidentes del dolor y del padecimiento del alma.

Pues qué, ¿habeis pedido para él el sufrimiento, el odio, el desprecio, la calumnia, la persecucion? ¡No! ¿No es verdad? Pues Jesucristo pide todo esto.

Vamos á ver, Señores míos; todos vosotros creéis en Jesucristo; creéis que siendo como es la verdad misma, no puede engañarse, y que

siendo la misma bondad no quiere ni puede engañaros. Creéis todo esto, y de tal modo, que moriríais ántes que dudar un momento de vuestro Salvador.

Esto sentado, mirad. ¿Queréis la felicidad? Pues aquí la teneis, acudid presurosos á buscarla.

Si queréis ser felices, apartad vuestro corazón de las riquezas.

Si queréis ser felices, buscad las lágrimas, esa sangre de vuestro corazón.

¿Queréis ser felices? Pues sacrificadlo todo: vuestro oro, vuestros placeres, vuestros honores y vuestra vida, sacrificadlo todo á la justicia.

¡Con que queréis ser felices!... Pues, cristianos, desead que os calumnien, que os maldigan; ¡suspirad por los calabozos y prisiones! Bienaventurado el que llora. ¡Dichoso aquel á quien calumnian! ¡Feliz aquel á quien maldicen, y feliz aquel de quien dicen todo mal!

¿No es verdad que así se divide el alma? ¿No es verdad que así se desgarrá el corazón?

¡Y con todo eso, la razón y la verdad está por Jesucristo! Sí, bien lo sabeis, no dudais de ello un instante y no necesitáis que yo os lo diga. Mas, á fin de fortalecer más y más vuestra fe, á fin de armarla mejor contra vuestro corazón agitado y rebelde y contra vuestra razón

trastornada, permitidme exponeros algunas teorías ó descubrimientos nuevos acerca de la felicidad, emprendidos ha medio siglo por una escuela de economistas franceses, sin ningun determinado motivo de religion.

Hácia los años 1829 ó 1830, Pedro Le Play, senador y consejero de Estado en el segundo Imperio, ideó el método de las investigaciones sociales con que voy á entreteneros. Le han dado el nombre de método experimental porque han visto en él aplicado el método científico al estudio de las cuestiones económicas.

Inútil nos parece advertir que al usar todas estas palabras de método, procedimiento, etc., no hemos de tomarlas en su sentido estricto; y así como tomadas en el sentido en que se las emplea en la ciencia, expresan con exactitud lo que se desea, así dejarían de expresar lo que con ellas se pretende declarar, si las usáramos con más extension de lo que es justo.

Los procedimientos que ponemos en práctica en el estudio de las ciencias experimentales están perfectamente explicados por Cláudio Bernard en una de sus mejores obras, titulada: *Introduccion al estudio de la Medicina experimen-*

tal; son tres, á saber: la observacion, la experiencia y la contraexperiencia.

La observacion del hecho, atenta y desinteresada, aunque sea meramente pasiva, despier-ta en nuestro entendimiento una presuncion, á saber: la causa obrando el efecto que estamos observando.

Viene despues la experiencia que nosotros hacemos, y consiste en poner la causa presunta en condiciones de obrar el efecto, para sacar nosotros como consecuencia que aquel efecto procede de aquella causa.

Por último viene la contraexperiencia, que consiste en no poner la causa en condiciones de obrar, y sacamos por consecuencia que aquel efecto anteriormente observado no se produce sin la presunta causa.

¿Podremos emplear estos mismos procedimientos cuando queramos estudiar las cuestiones sociales, tal como las empleamos al estudiar las ciencias exactas? En rigor, uno solo puede emplearse: la observacion. Yo voy á decirlos de qué manera aplican la observacion al estudio de las condiciones que ha de tener la felicidad, y vosotros notareis, sin que yo insista en ello, que en la debida proporcion es legitimo ese procedimiento.

Mr. Le Play y su escuela observa las socieda-

des humanas. Observa, sí; pero fijaos bien, su observacion no es como la del que hace un viaje de recreo por diversas provincias ó naciones, ligero, rápido y sin interés, estudiando las costumbres de los pueblos desde el vagon del ferrocarril con la misma velocidad con que ve los parajes porque atraviesa, y describiendo las leyes de la sociedad á vuela pluma, como describe las vueltas y revueltas de un arroyuelo por entre peñas. No, de ningun modo. La observacion de estos hombres es la observacion propia del sabio, quiero decir, íntima, minuciosa, profunda y sosegada. Pues atended; la observacion de una sociedad es, para Mr. Le Play y su escuela, el resultado de una série de observaciones parciales y elementales, digámoslo así, de todas las familias que la componen, y la observacion completa de una familia sola, forma lo que él llama una monografía.

Para que se graben bien las ideas, supongamos que queremos estudiar un pueblo cualquiera de Flandes. Vedle, es un pueblecito pequeño situado en medio de una llanura, uniforme sí, pero variada por el diferente verde de sus campos, alamedas y cercados. La aguja de la iglesia sirve como de centro á mil, dos mil ó tres mil almas, agrupadas en familias. Estas familias pertenecen á categorías distintas, por nu-

merosas que sean; porque allí vereis la familia del labrador propietario y la del labrador jornalero, la familia del artesano y la familia del maestro, la familia del empleado del Gobierno y quizás tambien la familia de algun antiguo castellano que ha conservado en su fortaleza y entre la galería de sus antepasados algunos restos nobilísimos de los honores y grandezas y consideraciones de otros tiempos mejores. El estudio completo de un pueblecito de estos es la monografía de una familia tipo para cada una de estas categorías. Así que la familia tipo es el elemento primordial de las investigaciones de Mr. Le Play.

En suma, el conjunto de su trabajo representa los usos y costumbres, recursos, necesidades, deseos, trabajos ó felicidad de un pueblo entero, estudiado en cada una de las diferentes categorías que le componen, por la observacion de una de las familias que forman las categorías.

El modo de hacer una monografía es este: El primer capítulo ha de ser para describir el lugar, luego viene la organizacion industrial de la comarca y, por fin, el estudio de la familia misma.

El estudio de la familia comprende á su vez el estudio de su religion, de sus costumbres y relaciones que unen entre sí á sus miembros, de

los medios de subsistencia que pueden procurarse, de su riqueza mueble é inmueble, de su ordinaria alimentacion, de sus diversiones, etc., etc., hasta su genealogía é historia.

Entre todos estos pormenores y datos hay que buscar y fijarse bien en aquellas costumbres y en aquellas instituciones que aseguran el bienestar físico y moral de toda esta familia, objeto del estudio.

Hay que estudiar en qué elemento vive y qué influencia recibe de él, qué partes tiene la constitucion social por la cual se rige y gobierna; en una palabra, hay que averiguar y profundizar las causas que ejerzan accion sobre ella.

Y aquí es, Señores, donde comienza la tarea delicada del economista.

¿Está satisfecha y contenta con su suerte esta familia? ¿Quisiera cambiar de suerte procurando aumentar su bienestar ó su felicidad?

Si está satisfecha, ¿por qué lo está?; y si no, si sufre y se ve inquieta por aspirar á mayor felicidad, ¿por qué razon sufre?

¿Cuáles son las causas que la hacen feliz, ó cuáles las que la hacen desgraciada?

Como veis, estas son cuestiones capitales, predominan por toda la monogrofia y son el objeto y fin únicos de la misma. Pero os será muy fácil entender cuán naturalmente se des-

prende y manifiesta por los mismos hechos anotados la contestacion que han de tener todas estas preguntas.

Me parece que así descrita una familia, la tendreis por bien conocida. Tambien me concedereis que si pudiéramos describir de la misma manera la monografía de todas las clases de un pueblo, conoceriais en el mismo hecho ese pueblo; conoceriais sus deseos, sus necesidades y sus trabajos, y saldria á la vista de todos vosotros el estado moral del mismo.

Pues bien, Señoras y Señores: la obra de Mr. Le Play se compone á estas fechas de más de dos mil monografías de estas, sacadas de todos los grados de la escala social, aunque con preferencia de las clases más humildes, así del antiguo como del nuevo mundo. Sólo la coleccion de las monografías de los obreros europeos comprende cinco tomos bien abultados en octavo, y en este momento tiene la escuela de Mr. Le Play infinidad de partidarios, diseminados por todos los puntos del globo, recogiendo con suma docilidad y respeto verdaderamente filial la miés que su maestro les pide para aumentar el monton.

Por incompleto que os parezca un edificio de este género, ¿hay, decidme, algun ejemplo semejante á esto en la historia? Por imperfecto que sea, ya nos deja entrever desde sus primeros trabajos mucha luz. Porque todas esas familias por ese método estudiadas, las podemos clasificar para nuestro caso en dos grandes grupos.

En el primero, sean del país que quieran, hablen ésta ó la otra lengua, tengan ésta ó aquella religion, podremos ver reunidas todas las familias contentas con su suerte, todas las familias felices. En el segundo pondremos á todas las familias oprimidas, inquietas, descontentas de sí mismas y de las demás, soñando no sé qué progreso ni qué cambios en revoluciones inciertas, todas las familias desgraciadas.

En todas las familias dichosas nos da á conocer la observacion ciertas costumbres, ciertos usos y ciertas tradiciones constantes y siempre iguales á pesar de la diversidad de las formas que les imprimen ora el clima, ora la nacion y hasta las religiones, y que aparecen á todas luces como la causa eficiente de su felicidad. En todas las familias desgraciadas se descubren otras tradiciones y otras costumbres contrarias á las primeras, que nos revelan ser la verdadera causa de la desgracia.

Y ahora me preguntareis: vamos á ver, y ¿qué es lo que se ha descubierto? ¿Cuáles son esas causas, esas costumbres, esas tradiciones que aseguran la felicidad?

Voy á decíroslo, porque no hay más que una. No es la riqueza. No son los placeres. No es tal organizacion del trabajo ó de la industria. No es tal ó tal forma de transmitirse la propiedad ó el terreno. No es tal ó cual forma de la familia. No es tal grado de cultura ó de civilizacion. ¡No! ¡no! ¡no! nada de esto es. La condicion esencial y fundamental de la felicidad, la que ha salido, como luz, de todas esas investigaciones llevadas á cabo con tanta independencia y sin ninguna preocupacion religiosa, la que ha aparecido como el único cimiento en que descansa la felicidad, es:

La observancia exacta del Decálogo. 1

«¡Señor, Señor! ¿Qué debo hacer para llegar á la felicidad? — *Serva mandata.* — ¡Cumple la ley! ¡Observa los mandamientos!»

En todas las familias felices se respeta el Decálogo, en todas las familias desgraciadas se desprecia.

Y en verdad que no me admira. Porque la felicidad sólo habita allí donde mora la paz, y la paz sólo mora al lado de la justicia. ¿Y quién no sabe que la justicia no es otra cosa que ese

antiguo Decálogo, ese eterno Decálogo que aprendimos de nuestra madre, sentados en sus rodillas, estrechados contra su pecho y halagados con sus dulces caricias?

No es admirable, Señores, que tantas investigaciones imparciales y la observación sincera de los hechos mismos lleven á tantos sabios de todas las religiones, aun á los mismos librepensadores, al mismo punto precisamente en que Jesucristo contestó al jóven: *¡Serva mandata!* ¿No es esto una prueba más evidente y gloriosa de las divinas enseñanzas del Evangelio?

Pero, yo os he hablado de familias felices, ¿no es verdad?

De modo que, según eso, ¿hay familias felices?

¡No! y necesito desengañaros. Nadie ha encontrado, nadie encontrará jamás, ni familia feliz ni aun hombre feliz, con esa felicidad completa, sin lagunas, sin mezcla, que nuestro corazón apasionado ve pasar delante de sí fascinadora y engañosa. ¡No! Esa felicidad no es de este mundo, y lo que yo he llamado felicidad, esa felicidad que gozan los pueblos sometidos al Decálogo, es más bien yo no sé qué especie de satisfacción, resignada y tranquila, que va

poco á poco engendrando la virtud en un corazón moderado en sus deseos.

¡La felicidad, la verdadera felicidad del hombre está más arriba!

Dios hizo al hombre para la felicidad; de aquí ese grito pertinaz de la naturaleza llamándola y pidiéndosela á todas las criaturas. Pero la humanidad, infiel ya en su cabeza, perdió esa divina herencia... y de ahí la cruel imposibilidad de las criaturas para hacernos felices.

Sin embargo, Dios no nos ha quitado toda esperanza. Esa felicidad que en su ira nos arrebató, nos la tiene reservada por su bondad, pero ha de ser en premio de una prueba y en recompensa de nuestra fidelidad á la fe.

Ahora comprendo la respuesta de Jesucristo al jóven del Evangelio, y ahora entiendo también hasta las bienaventuranzas de Jesucristo. Ah, sí; cierto es que el hombre en ellas pintado, no es el hombre feliz, sino el hombre que en su día lo será. No está en el término, es verdad; pero el camino por donde va paso á paso, con los pies chorreando sangre y desgarrados, es el camino real y el único que puede llevarle á la felicidad.

Y esta recompensa que Dios nos tiene reservada, no lo está tanto que no nos proporcione algunos goces anticipados en el tiempo de la

prueba; esta felicidad relativa, esa satisfacción resignada y tranquila de que hablábamos antes y que se puede encontrar entre nosotros, es ya, como hemos visto, premio de nuestra fidelidad á la ley. De modo que hasta como condición de nuestra felicidad de acá abajo, hemos de poner la observancia de los mandamientos.

En vista de todos estos datos, pregunto yo, ¿cuál debe ser nuestra conducta?

Procurar ante todo, en primer lugar y con todas nuestras fuerzas, asegurar la felicidad completa é imperecedera de la vida futura. ¿Qué es esta felicidad pequeñísima de la vida presente comparada con la de la vida futura? ¡Oh! ¡Si yo pudiera insistir en este punto y enseñaros y haceros palpar como con la mano la locura del hombre! ¡Sí, la locura del hombre!... vuestra locura, y mi locura al poner en peligro tan tontamente y con tanta ligereza esa felicidad imperecedera y única, á cambio de yo no sé qué sombras ó fantasmas de que se prenda nuestro corazón en la oscuridad, pero que se desvanecen con la luz, sin dejar en el alma más que la huella de un amargo recuerdo.

Permitidme, sin embargo, notar que no hay nada ni en la razón ni en la fe que nos mande dejar esa corta y legítima felicidad de la vida presente. Dios nos la concede; ¿por qué no he-

mos de gozarla? Nunca será tan grande que queramos desperdiciar alguna parte de ella.

Así, pues, gocemos de la felicidad lo mejor que podamos. Y si me lo permitís, voy yo á ayudaros á ello con este intento, resumiendo á Fontenelle.

La idea de la felicidad completa, tal como nosotros la fantaseamos en nuestras horas de locura, abraza dos cosas: exencion absoluta de todo trabajo, de todo mal, y goce absoluto de todo placer, de todo bien.

Pero la vida humana no es así, sino que es una mezcla en partes desiguales de trabajos y placeres, de males y bienes. Para nosotros la vida feliz es aquella en que reinan los bienes; si por el contrario reinan en ella los males, la llamamos desgraciada y miserable. Pero así como no hay vida exenta por completo de trabajos, tampoco la hay completamente desprovista de bienes.

El más feliz de entre vosotros tiene momentos en que parece que se le ahoga y desgarrá el corazón; y el más pobre de todos esos pobres que encontramos muchas veces, medio muriéndose de hambre, tiene también horas deliciosas

en que se olvida de su miseria y ve inundado de gozo su corazón.

En suma, que hay que tomar la vida como es, como una tierra triste, sembrada aquí y allá como de florecillas y frutales de algún que otro placer que la alegran un poco, y dan nuevas fuerzas al hombre para sobrellevar nuevos trabajos.

Es, pues, evidente que el secreto de la felicidad consistiría en disminuir, si fuera posible, nuestros trabajos y multiplicar nuestros gozos; y si no se puede conseguir esto, en quitar alguna amargura por lo ménos á nuestros dolores y en prolongar algo nuestras alegrías.

Ahora bien; ¿podemos llegar á esto? Vamos á verlo. En primer lugar, yo observo que hay buen número de males en que no tomamos parte nosotros y que de grado ó por fuerza no tenemos más remedio que sufrir cuando nos los presenta delante la suerte; por ejemplo, la enfermedad, si así queremos llamar la mano de la Providencia, y otros muchos de este género. ¿Puedo yo evitar la enfermedad? ¿Puedo yo librarme de la muerte? ¿Puedo yo evitar la enfermedad y la muerte de aquellas personas á quienes amo?

¿Puedo yo, por ventura, evitar que me desestimen ó que haya en el mundo gente que se

complazca en mancillar mi buen nombre? De ningun modo. Lo propio sucede con otros muchos males que son del todo inevitables. Y entonces, ¿qué hemos de hacer?

De un filósofo estoico atormentado de gota, se cuenta que dijo apretando los dientes y los puños: «No diré yo, á pesar de estos dolores, que eres un mal.» Expresion la más extravagante que han pronunciado los labios de un filósofo. Por empeño sistemático niega un dolor agudísimo, á la vez que le manifiesta con el esfuerzo que hace para negarle. ¡Oh! Seria ridículo no confesar que sufrimos cuando estamos cargados de desgracias y de males. Suframós y lloremos, si á mano viene; sí, lloremos, que el llanto alivia.

Pero tengamos cuidado y pongámonos en guardia.

¡Cuántas veces nos acontece añadir á los males que estamos sufriendo, circunstancias imaginarias forjadas allá dentro de nosotros á capricho para hacer más vivo nuestro dolor! Temo citaros algunos ejemplos de esto, que podriais vosotros mismos ver con vuestros ojos; pero conocí en otro tiempo á un hombre muy honrado, extraordinariamente sordo. Lloraba de sentimiento... que daba lástima; mas no porque es-

tuviese sordo, sino... porque era el primero de su familia que á su edad se habia quedado sordo. Nunca me ha sido posible entender el consuelo grandísimo que hubiese tenido aquel hombre con pensar solamente que descendia de algun sordo. Porque, vengamos á cuentas; si despues de cien atacados del cólera me toca á mí el contagio, ¿por qué he de ser ménos digno de compasion que si yo hubiera sido el primero ó el único atacado?

Una de las circunstancias que parece que nos complacemos en añadir á nuestras aflicciones, es la de considerarnos inconsolables; con lo cual sufrimos no sólo por el dolor actual, sino tambien por ese mismo dolor que vemos como perpetuarse, pasando de un año á otro y cada vez más vivo.

Esta idea de *irreparable*, que es el *non plus ultra* del dolor en el hombre, es generalmente un fantasma. No tenemos aún la perfeccion necesaria para estar siempre afligidos; sino que hallamos cierta, yo no sé si llamarla satisfaccion ó dulzura, en considerarnos sin consuelo; ó bien damos con ello testimonio de delicados, de fieles, de constantes, es decir, nos deshacemos en alabanzas propias.

Pero hay aún más; además de añadir á nuestros trabajos reales circunstancias imaginarias,

nos forjamos, aun en medio de nuestras alegrías, males que por todos lados son solamente imaginarios.

Cierto artista que yo pudiera citaros por su nombre propio, porque no es de este pueblo ni de esta provincia, ve recompensado su talento con la condecoracion de una Orden célebre. Alegría y satisfaccion sin igual; ¡para él la vida sólo tendrá ya encantos!... Figuraos... Es caballero de... Al año siguiente, esta vida tan risueña está completamente cambiada... ¿Cómo? ¿Pues qué ha ocurrido?... ¿Le han quitado, por ventura, la condecoracion?

No... ¡Nada de eso! Sino que... ¡oh suerte fatal! ¡Han dado á otro la misma cruz de la misma Orden!... ¿Cómo y de qué manera, os ruego, se ve comprometida la felicidad del primero con la felicidad del segundo?

Una madre bondadosísima y cariñosa está ahora gimiendo y llorando porque el año anterior tuvo gravemente enfermos á tres de sus hijos, y ahora los tiene á su lado frescos, rollizos y coloradotes. Pues aquí teneis á una mujer desgraciada á causa de un trabajo que hace un año pasó.

Otra persona se está consumiendo de pena; y ¿por qué? Pues porque ya es de bastante edad, va á morir, y despues de su muerte pasa-

rá su hacienda á los herederos por línea colateral... ¡si lo fuera por línea recta!... ¡Aquí tenéis una persona desgraciada, hace ya años, á causa de un sentimiento que sólo ha de comenzar cuando ella muera!

¡Oh! ¡Cuánta necedad hay en todo esto!

¡Pues todavía hay más! Ved ahí al señor Duque de Saint-Simon, ahijado de Luis XIV y de María Teresa de Austria. Su fortuna es mayor de lo que necesita; su gloria, grande; ha conquistado insignes lauros en la milicia, aun aquí mismo en Namur, y en la corte; es uno de los hombres ilustres de Francia. Sin embargo, el Duque llora, se queja y acusa á la Providencia; se cree el hombre más desgraciado del mundo, tiene en la mano su espada, está á punto de atravesarse el cuerpo con ella... Pero ¿qué ha pasado?

¡Ah!... Que no ha podido llevar la palmatoria esta mañana y alumbrar al rey cuando se echaba de su régio lecho para vestirse.

En verdad, ¿hombres de este temple no tienen bien merecido sufrir de la manera que sufren?

Seamos justos y obremos por razon, que demasiado grandes son nuestros males sin que nosotros pongamos en ellos nada para aumentarlos.

Sin embargo, en frente de estos males podremos considerar también diseminadas aquí y allá en nuestra vida algunas horas, aunque raras, de felicidad y algunos placeres, aunque momentáneos. Acerca de los cuales mi consejo será contrario.

Es menester pararse á gozar la felicidad y la alegría que de cuando en cuando Dios nos concede; es preciso gustar y saborear bien esos momentos de placer, con calma y con satisfacción; hay que apurarlos, hasta llegar á lo más hondo; y sobre todo, hay que conservar un recuerdo de esos gustos, como un frasco de cristal conserva el perfume de las olorosas aguas que le han embalsamado.

¡Conservar el recuerdo de días felices! ¡Es tan bueno, es tan fácil! Cuando Dios os concede por gracia un día ó una hora siquiera de felicidad, ¿por qué no conserváis un recuerdo de ese día ó de esa hora? Bien sea una ramita, bien una flor, una yerbecita, una pluma de algún pajarillo enredada en una zarza, una tirita de papel... ¿qué sé yo? lo que queráis: y por la tarde, ó con el silencio de la noche, en vuestra casa, guardad esa ramita, esa flor, llenos de fe dentro de un sobre, y escribid encima una fecha, una palabra, una letra... engañosa, si os parece, para desorientar al curioso, pero elo-

cuenta para vosotros, únicos que la entendeis. Consagrado de este modo ese papel misterioso, encerradle y ponedle bien seguro en lo más oculto de vuestro armario, adonde sólo entren otros recuerdos como este. ¡Oh! ¡qué consolador acopio para los días aciagos! ¡Cuando vengan despues esas horas de tristeza, en que el cielo parece de bronce y la tierra sombría, en que la soledad pesa sobre nosotros como el plomo y el dolor va cayendo, cayendo sobre el corazon como las menudas lloviznas de invierno caen sobre nosotros y nos hielan la sangre; id, corred y buscad esas hojitas, esos papelitos tan apreciados, registradlos y leedlos uno por uno, contempladlos, preguntadles, que ellos traerán á vuestra memoria una série de embelesadores momentos y formarán una historia completa de vuestra felicidad!

Pero no basta ese recuerdo, es menester además aumentar y multiplicar incesantemente la felicidad que disfrutemos, con esos placeres tranquilos y puros que dejamos escapar de nuestras manos, por decirlo así, ó porque no los conocemos ó porque no sabemos apreciarlos.

«Puesto que hay tan pocos bienes—dice Fontenelle—no hay que despreciar ninguno de los que podamos disfrutar. ¡Y, sin embargo, usamos de ellos con despilfarro, como si los tuvié-

»ramos en grande abundancia! Esos bienes tan
»pequeños que muchas veces despreciamos,
»¿quién sabe si serán los únicos que se nos re-
»galen ó que se nos ofrezcan?

»Si está uno casi bien — continúa diciendo —
»ya hay que considerarse completamente bien.
»No hay cosa tan delicada ni tan frágil como un
»estado feliz, porque es peligroso tocarle aunque
»sea con pretexto de mejorarle.»

Y ahora sí, Señores míos; ¡ahora sí que he
llegado á la gran llaga de nuestro corazon! No
tenemos paciencia, ó no sabemos resignarnos;
queremos siempre más y mejor suerte, cada vez
más y más... todavía más... sin notar que vamos
perdiendo la felicidad actual por la codicia de
alcanzar la felicidad lejana que cada vez se va
apartando más de nosotros. El bien que tene-
mos en la mano nos parece de ningun valor;
sólo le estimamos, sólo le avaloramos por el
que nos falta.

¡Resignarse!

Cuenta Julio Simon que un dia se le acercó
una pobre anciana á pedirle por favor que so-
corriese á una vecina suya enferma y casi muer-
ta de hambre. Accedió, y despues de haberla
socorrido, volviéndose á la anciana que le habia

enseñado la habitación, dijo: «¿Y V., buena mujer, y V. no necesita nada?»

«¡Oh, Señor! yo no necesito nada, estoy muy contenta. Á Dios gracias, hasta los sesenta años que cuento no me ha faltado un pedazo de pan para el día, ni una cama para la noche.»

¡Ah! direis; ese ejemplo no tiene que ver nada conmigo ¿no es verdad? Está bien, pero... oid.

Entre los buenos amigos que me han honrado y han contribuido á embellecer mi vida con su amistad, hay uno que nunca puedo recordar sin conmoverme profundamente. Este amigo, hallándose en toda la fuerza de su vida, recibió de las manos de Dios una de esas terribles pruebas en que el varon más resignado se reconoce sin fuerzas y sin alientos. Atacado de una parálisis completa, se vió como clavado en una butaca que todavía no ha dejado á estas fechas desde hace veintiseis años. Resentida con este golpe su salud general, se ha visto desde entónces en mil y mil vicisitudes.

Yo iba á visitarle con toda puntualidad en determinados dias, y le encontraba allí delante de su mesita hojeando los diversos libros que le llevaban de bibliografía, literatura ó historia; me alargaba tembloroso la mano, yo me sentaba á su lado y nos poníamos á hablar.

Allí se me pasaban las horas sin sentir, sólo

oyendo su conversacion tan dulce, serena, agradable y variada, y tan propia de esos hombres delicados y finos, formados por el trato continuo de autores célebres y grandes pensadores.

En los dias buenos le llevaban á paseo al campo, rodando la butaca y poniéndole en sitio á propósito, bien junto á una roca, bien al lado de una cascada, ó algunas ruinas, de lo cual sacaba magistralmente ó el dibujo ó la acuarela. Esto era su delicia. Y, Señores, podria apelar á su esposa, á sus hijos y á sus amigos; nunca, nunca jamás, en los veintiseis años que está fijo, inmóvil en su sepulcro movible, saludando cariñosamente á los que le cuidan, nunca, ni aun en las horas de crueles padecimientos, han oido de sus labios la más mínima queja. Ahí está siempre sereno, risueño y sufriendo los dolores con admirable resignacion.

Un dia que estábamos hablando de los milagros de Lourdes, le dije: «Pero ¿por qué no pide V. un milagro?»

«¡Oh! me contestó... Yo... estoy convencido »de una cosa, que quizás le parezca á V. muy »singular. Yo soy de parecer que en este mun- »do tiene cada familia que llevar su parte en los »trabajos. En la mia la llevo yo solo; si Dios »me aliviase en algo, puede ser que recayese »sobre mi esposa ó sobre mis hijos!... y... ¡pre-

»fiero ser yo solo! No, no pediré ningun milagro.»

¡Aquí teneis! ¡un milagro tan hermoso como los más hermosos de Lourdes! ¡Qué hermoso espectáculo! ¡Un hombre sufriendo de ese modo, y resignado á sufrir con alegría! Ciertamente, y convenbamos en ello, que esta resignacion no extingue el dolor, ni aleja los padecimientos, que como implacable espada van atravesando el corazon. No; en medio de la resignacion quedará vivo el dolor y se desbordará con frecuencia en todas las circunstancias de nuestra vida. Pero es preciso hacerle rostro, con valor, y saber pelear con él. Es menester, y ¡ay! esto es el resumen de lo mejor que yo he encontrado en el estudio de la felicidad, es menester estar dispuesto para sufrir y saber sufrir.

Dispuesto para sufrir. Y ¿cómo ha de ser de otro modo? ¿Qué hay á nuestro lado en todo el universo? Tres cosas: la materia, las almas y Dios; pero Dios visto desde lejos, como la solucion de un problema, *in enigmaté*. ¿Qué pueden estas tres cosas en orden á nuestra felicidad?

¿Necesito, por ventura, detenerme mucho en la materia? ¿Qué contento, qué felicidad puede

darme á mí todo este mundo material? ¿Se ha hecho, por ventura, nuestro corazon en un molde tan estrecho que puede satisfacerse con ese polvo inerte? Cuando buscamos oro, nos parece que no hay nada en el mundo que valga ese oro. Pero el oro es nada; vale tanto cuanto vale el contento que con él compramos.

Berryer, el célebre Berryer había librado tres veces en los tribunales de justicia á un labrador desgraciado acusado de incendio: éste, agradecido en sumo grado, se presenta á su defensor y le entrega veinte mil francos. Era todo su caudal. «Tomad diez mil francos, dijo Berryer, »para dotar á vuestra hija, y estos otros diez »mil guardadlos para colocar á vuestro hijo. Á »mí bástame la satisfaccion de haberos librado.»

Se trataba, pues, de veinte mil francos, y la felicidad de estos dos corazones resultaba precisamente de que se desprendian de ellos... Tomad vosotros veinte mil francos, Señores, y ponedlos delante de vosotros, y estaos contemplándolos toda la vida; no encontrareis en ellos ni la sombra siquiera de una satisfaccion tan noble y tan pura y tan grande como la de Berryer.

No hay duda, yo mismo lo he dicho ya, que la contemplacion de este mundo material, de sus bellezas, de sus leyes y de su armonía nos ofrece encantos y satisfaccion; pero para gustar-

los, se necesita que el alma esté ántes tranquila, en calma y como inclinada á estos dulces placeres; se necesita tambien que nuestro corazon, si quiere gozarlos, se forje una especie de engaño inocente; es menester así como dar vida á esta naturaleza, darla cierta conciencia de sí misma, sentimientos, deseos, pasiones; es menester que la oigamos hablar y cantar. Pero... ¡ay!... Esto no puede ser... Esa naturaleza es inerte, está muerta, no habla, no canta, no ama, y todo cuanto á mí me plazca adornar por medio de la imaginacion con los hermosos ropajes de la poesía, es en el fondo solamente movimiento de moléculas agrupadas ciegamente y más ó ménos alteradas, como yo veo que se agrupan y se alteran en la retorta de un laboratorio.

Me engaño cuando me pongo á fantasear así; y mucho más aún, cuando sabiendo todo esto, persisto en mi engaño.

Esas brisas que suspiran dando sus gemidos con las hojas del otoño; ese arroyuelo que va de piedra en piedra saltando y al tocar su fresco musgõ murmura la misma cancion; esa tímida y pura flor que abre su capullo al rayo del sol que la acaricia... Pero ¡ay! ¡que todo es locura! Si yo fuese consecuente conmigo mismo deberia extasiarme al contemplar la fórmula de las

vibraciones sonoras, ó la ley de Torricelli, ó la formacion de un compuesto químico.

¡Pero las almas! ¡Oh! En las almas ¿no podré yo entrever la felicidad? ¿No podré yo esperarla de los hombres puesto que en todos ellos, lo mismo que en mí, observo yo esa luz divina que ilumina mi pensamiento y esa llama generosa que abrasa mi corazón?...

¡Oh! ¡Sí! El trato con los hombres será mi encanto y la felicidad de mi vida. Juntos irán nuestros entendimientos derechamente á la verdad, nuestras voluntades al bien y nuestros corazones en pos de las cosas grandes y generosas. Juntos, olvidándonos de nosotros mismos y viviendo para los demás, gozaremos mejor de nuestras alegrías, y nos amaremos con esa amistad soberana de la cual se ha dicho que es dulce remedio de la vida y de la muerte: *Medicamentum vitae et immortalitatis*.

¿Es verdad esto, Señores? ¿Es verdad? ¿Es cierto que el entendimiento humano es tan amante de la verdad?

¿Es cierto que el corazón humano se sienta tan arrebatado por las empresas grandes y generosas? ¿Es verdad que es tan olvidadizo de sí mismo y de su propia utilidad? ¿Tan fiel en el trabajo, y tan constante en el amor?

¡No, esto no es verdad!

¡No! ¡no! no creais á los hombres; no esperéis nada de los hombres.

Porque su inteligencia es limitada, corta y perezosa.

Porque los hombres no aman la verdad que los ofende, ni la virtud que los condena.

Porque la sinceridad se les hace dificultosa.

Porque se cansan del esfuerzo generoso, si ofende su delicadeza.

Porque olvidan en el dolor á aquellos á quienes amaban en la fortuna.

Porque su amor efímero y poco fundado se va poco á poco debilitando hasta que muere.

Porque sus almas están devoradas por una lepra terrible; ese egoísmo negro y bajo que está en ellas oculto y enmascarado, trabajando en las sombras cobardemente por derribar á los demás con tal de poder levantar sobre sus ruinas un «yo» despreciabilísimo y vergonzoso.

¡Ah! No quisiera yo decir mal de la humanidad. Supongamos que me he equivocado; supongamos que los corazones todos de los hombres son grandes, puros, fieles, tiernos y resignados hasta el sacrificio de su vida. Pues atended á lo que será el corazón de un hombre que ha llegado á la cumbre del amor. «Considerad—dice el autor ha poco citado—uno de esos corazones que se ha entregado entera-

»mente, y á pesar de todo, á otro, sin reserva ni
»segunda intencion; que sólo respira y vive para
»aquél á quien ama y admira con entusiasmo;
»que se tiene en nada con tal de ser amado; que
»tiene por dicha el sacrificio, y se juzga incapaz
»de volverse atrás; fiel, á pesar de todo, aun
»despues de una traicion ó de un desprecio,
»para derramar todos estos tesoros de amor á
»favor de un cuerpo sin atractivos, de un espí-
»ritu enfermo y de un corazon ingrato.» ¿No es
esto el amor del hombre en toda su fuerza y
en toda su grandeza?

Pues este amor, tan grande como queráis,
es impotente para hacer feliz al hombre. Es de
tal manera nuestra alma que, despues de ha-
ber disfrutado por algun tiempo los encantos
del amor, luego, con la larga costumbre, se
muestra indiferente, no saborea su dulzura, le
empalaga y llega al fin un dia en que se cansa
de amar.

Mas supongamos todavía que me engaño.
¿Qué puede hacer un corazon amante de esta
especie para defenderse y librarse de la desgra-
cia, de la enfermedad y de la muerte?... Puede
él mismo morir; puede dar su sangre, toda su
vida, como si fuera una gota de agua, y nada
más... ¿Y despues? ¡Ah! ¡El fruto de amor tan
esforzado será quizás añadir á la primera triste-

za algunos años más de dolor y de pena, echando sobre ellos á manera de crespon el duelo de la muerte! ¡Verdaderamente es cruel la impotencia del hombre para hacer feliz al hombre!

¡Resta solamente Dios!

Pero á Dios yo no le veo; y yo necesito ver unos ojos que se bañen en mis ojos, y unas lágrimas que se mezclen con mis lágrimas, así como necesito ver unos labios que se sonrían con mis gozos y con mis esperanzas.

Á Dios... yo no le oigo; y yo necesito cuando estoy sufriendo y padeciendo oír á modo de música divina, esas palabras tiernas y amorosas que llevan al corazón juntamente con su cariño el aliento y la fortaleza.

Á Dios... yo no le siento ni le palpo; y yo necesito del abrazo de la amistad fortalecedor; necesito reposar sobre su seno mi frente dolorida.

¡Así que únicamente queda el sufrir! ¡Oh! ¡Ya os lo he dicho! ¡Sí! sufrir; esta es la verdadera suerte del hombre sobre la tierra. ¡Sufrir!; pero no sin esperanza ni mérito.

No sin esperanza, porque nos queda aún Dios y el cielo; no sin mérito, porque la paciencia resignada y animosa es el gran tesoro, la grandeza suprema del hombre.

Al preguntarse Platon á sí mismo cuál es el mayor honor del hombre, contesta que la justicia; y al preguntarse cuál es el mayor honor del hombre justo, dice que sufrir. Escuchad ahora de qué manera pinta al hombre justo y acordaos de las bienaventuranzas de Jesucristo.

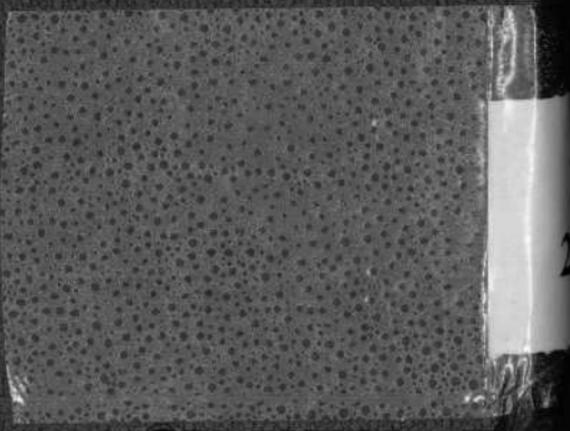
«Es bueno, sencillo, generoso, fiel, pero sin
»que haya pretendido parecerlo. Es menester
»que sea despojado de todo ménos de la justi-
»cia, para que se vea bien que es justo sólo por
»la justicia misma, no por los bienes y honores
»que son su recompensa y le han sido arreba-
»tados. Sin ser culpable, ha de pasar por el más
»perverso y criminal de los hombres; su amor
»á la justicia se ha de poner á prueba con la in-
»famia; es menester que sea azotado, puesto en
»tortura, cargado de cadenas, clavado en la cruz,
»y que vaya por el camino de la muerte con
»paso firme, siempre virtuoso y siempre apare-
»ciendo como criminal.»

Y cuando á Jesucristo le llegó la hora y quiso llevar la pesada carga de la vida, y sentir en su pecho un corazon humano, ¿hizo, por ventura, otra cosa? Todo lo dejó ménos la justicia; de todo le despojaron ménos de la justicia. ¡Sufrió! Le calumniaron, le despreciaron, le azotaron y le crucificaron.

¡Oh vosotros que sufrís; oh vosotros que sois despreciados; vosotros, los que sois calumniados; vosotros, los que sois atormentados; corazones amantes y desdeñados, fieles y vendidos; ¡oh vosotros, los desheredados de este mundo, mis pobres amadísimos; alegraos, regocijaos y levantad muy alto vuestra frente! Regocijaos porque allá arriba está el cielo y está Dios para defenderos y para premiaros. Levantad vuestra frente, porque lleváis en vuestra alma el sello divino y la sagrada semejanza de Jesucristo.

A. M. D. G.





2



D-2

23602